

Eva Gonzay & Julia C. Brown

Me
prohíbo
mirarte así

ME PROHÍBO MIRARTE ASÍ

EVA GONZAY
&
JULIA C. BROWN

Copyright © 2026 Eva Gonzay & Julia C. Brown
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

X: @EvaGonzay

TikTok: eva.gonzay

X: @JuliaC_Brown

Instagram: @juliabrown_writer

TikTok: juliabrown_writer

Safe creative: 15/06/2026

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Juliette Baxter aprieta la mandíbula con fuerza y tiene que esconder ambas manos detrás de su espalda para que no se note el temblor que le recorre los antebrazos hasta llegar a los dedos. Está de pie, justo al lado de la puerta, y la mirada fija en un cuadro colorido que decora la habitación.

—Siempre te has creído mejor que todos nosotros —señala la anciana desde su cama con los dedos torcidos y la voz ronca—. No tienes derecho a hacerme esto, soy tu madre y mira dónde me tienes —.

Juliette quisiera decirle que por una vez en la vida no se equivoca. Es cierto lo que dice, que es mucho mejor que ella y que cualquier miembro de la familia Baxter, si es que queda alguno con vida.

—Una hija siempre debería cuidar de su madre —sigue bramando Clarice, mientras tose como si estuviera a punto de morir—. No tenerla aquí en este nido de ratas.

Ese nido de ratas, como Clarice Baxter llama al Evergreen Medical Residence, cuesta más de nueve mil dólares que Juliette tiene que ingresar cada mes para que su cálida y amorosa madre tenga personal médico las veinticuatro horas del día, comida caliente, un fisioterapeuta y mejores vistas de las que cualquier ciudadano promedio se puede permitir en la ciudad de Nueva York.

Aunque no lo parezca, la mente de Clarice funciona perfectamente; es su cuerpo el que no va del todo bien o, en realidad, nada bien. Tiene un problema grave de movilidad que ha ido empeorando con los años hasta el punto de que no puede valerse por sí misma. Necesita ayuda profesional para absolutamente todo y Juliette, que ni siquiera vive en Nueva York desde hace más de veinte años, no puede dársela. Primero, porque su trabajo no se lo permite; tiene que estar en la oficina, viajar o pasar horas en reuniones demasiado tediosas y, segundo, no sería capaz de pasar con su madre más de una hora en la misma habitación. Es por eso por lo que paga esa cantidad desorbitante de dinero y, aunque su madre no haga más

que quejarse y echarle en cara cualquier cosa que le pase por la cabeza, vive mejor incluso que ella misma.

—Nos vemos pronto, mamá —contesta Juliette, como si tuviera diez años y aún viviera bajo el yugo de Clarice.

—Eres una desagradecida, Juliette Baxter —dice, y ella cierra la puerta de la habitación con cuidado, pero no puede evitar escuchar las últimas palabras de su madre—. Por eso estás así de sola —.

«Sola».

La frase que se repite en bucle en la cabeza de Juliette porque, aunque le joda y sepa que su madre no tiene razón, lleva muchos años más sola de lo que nunca imaginó, y le duele admitirlo.

Juliette sale del pasillo y camina hacia la puerta de la misma forma de siempre, con la barbilla levantada, la mirada fija en algún punto frente a ella y con un paso firme que retumba a metros de distancia. Esa es Juliette Baxter, directora ejecutiva de Axis Integration Group en los Estados Unidos, no la pequeña niña que estaba hace minutos en la habitación de su madre, vulnerable y con ese maldito mutismo al que la empuja su mente en momentos como esos y que la hace incapaz de hablar.

A sus cincuenta años, Juliette ha construido una carrera sólida que genera un respeto poco habitual a su alrededor en el campo en el que se mueve. La mayoría de sus iguales son hombres a los que, por solo dar dos opiniones sacadas de alguna búsqueda rápida en internet, se les aplaude con intensidad, mientras que ella ha tenido que luchar para hacerse notar y vaya si lo ha logrado. Juliette tiene una forma de vestir poco convencional; sus trajes tweed a medida hacen creer que ese tipo de vestimenta fue elaborado exclusivamente para ella cuando se creó el universo. Su gesto siempre serio, sus tacones altos y la aguda habilidad para resolver problemas la han posicionado como una de las mujeres más deseadas de Chicago, la ciudad a la que se mudó cuando apenas tenía veinticinco años. Hace media vida.

—Señora Baxter —la llama Charlotte, una vecina que, casualmente, sale a la calle cuando Juliette va a entrar a la casa familiar.

Juliette se gira y se encuentra con esa desdeñosa mujer que siempre creyó estar por encima de los demás por estar casada con un magnate del petróleo, para terminar completamente sola criando a tres hijos porque su marido la dejó por su secretaria. Es una buena

amiga de su madre —Dios las cría y ellas se juntan— y cada vez que Juliette va a Nueva York, Charlotte inicia un interrogatorio que ella no tarda en cortar.

—¿Cómo está Clarice? —pregunta con gesto abatido—. Pobre mujer, allí sola en esa residencia.

Charlotte cierra los ojos y niega con la cabeza como si su madre estuviera en las pailas del infierno —donde sí debería estar— pagando terribles penitencias.

—Está bien, muy contenta —dice Juliette con su mismo gesto contraído de siempre, y Charlotte no está segura de lo que significa.

—No se puede estar bien lejos de casa y de la familia —contesta la vecina con los ojos muy abiertos—. Mi Jake vive aquí conmigo porque quiere cuidarme hasta que yo no tenga nada más que hacer en este mundo.

—Charlotte, Jake vive contigo porque es un vago y un inútil que prefiere aguantarte mientras lo mantengas con tal de no levantar el trasero del sofá —dice Juliette, y hace una pausa para mirarla con el mismo desprecio con el que Charlotte la observaba a ella cuando tenía diez años y se sentaba sola en el porche de su casa—. Solo está esperando a que te mueras para quedarse con tu casa y con tu pensión.

Charlotte abre la boca con la piel de la cara enrojecida y la vena del cuello latiendo con fuerza, pero Juliette no le da tiempo a hablar. Se gira y sigue caminando hasta la puerta para entrar en esa casa que tanto odia.

Cuando atraviesa el umbral, el olor familiar la golpea y la traslada al pasado. Su madre lleva varios años en la residencia y Juliette ha conservado esa casa —pagando religiosamente a una empresa de limpieza para que la mantenga impoluta— no precisamente porque le guste, sino porque Clarice se niega a vender y, según sus propias palabras, Juliette tendrá que esperar a que ella esté a seis metros bajo tierra para poder hacer algo con su propiedad. El día que su madre entre en el horno —Juliette ha decidido la cremación a pesar del pánico de su madre por el fuego—, esa maldita casa estará vendida.

Revisa su móvil de pie en la cocina sin tocar nada; todavía se pregunta por qué demonios nunca se va a un hotel en vez de venir a este sitio, sobre todo porque Juliette solo se queda una noche, salvo que tenga que reunirse con algún cliente en la ciudad y alargue su

estancia un día más. Comprueba que su vuelo sigue en hora y decide sacar su ordenador para ponerse a revisar el último comunicado que ha mandado el presidente de Axis sobre la regulación que está llevando a cabo la empresa.

—Heather, ¿qué es lo que estoy viendo? —pregunta Juliette por videollamada a su asistente en Chicago.

—La lista depurada que el señor Long ha mandado esta mañana —explica Heather refiriéndose al presidente de Axis USA—. Pide veinticinco personas en Nueva York. Cinco, son las que se han elegido después del análisis, y veinte a criterio de —la chica hace una pausa mientras busca un nombre—, Vivianne Fox, directora de la oficina de Nueva York.

Juliette empieza a mover la pierna derecha sin darse cuenta. Estaba informada de esto, incluso le dijeron que participaría personalmente en estos recortes de personal, pero pensar que tiene que estar en Nueva York, cerca de todo aquello que tanto detesta durante un mes o incluso más, la garganta se le cierra y las palabras no le salen.

—¿Juliette?

Heather la mira con el ceño fruncido; lleva siendo su asistente tres años y ha aprendido a distinguir los estados de ánimo de su jefa a la perfección, y también esos momentos en los que parece entrar en un letargo profundo del que le cuesta salir, como ahora.

—Envíame todo lo que tengas sobre Vivianne Fox —pide Juliette agradeciendo que las palabras salgan con fluidez—. Si tengo que lidiar con ella durante un mes, al menos tengo que saber cómo dirige su oficina.

—Te lo acabo de mandar a tu correo —contesta Heather, eficiente como siempre—. Si necesitas algo más, llámame —.

Juliette asiente y Heather cuelga sin esperar a que le agradezca nada porque su jefa no es de las que se comunica con facilidad y, en vez de un simple «gracias», a final de año, Heather tendrá un bono o unas pequeñas vacaciones pagadas por su buen trabajo.

Juliette no es la tirana que todo el mundo cree —un poco sí, porque estar a su lado es el equivalente a correr desnudo por el Polo Norte— es una mujer que ha necesitado crear una versión de ella con una armadura incrustada que la protege, pero que también es observadora y sabe recompensar a aquellos que le facilitan la vida.

Revisa el correo que le ha mandado Heather y, cuando da dos golpecitos al botón izquierdo del ratón, se abre un archivo llamado «Vivianne Fox_NY». La punzada que atraviesa a Juliette le deja la boca completamente seca. Una foto de medio cuerpo de una mujer de unos cuarenta años, pelo corto y ojos marrones, abarca la mitad de su pantalla. No la reconoce; el organigrama de la empresa es inmenso y ella siempre lo tiene en una carpeta donde guarda todo lo que no le aporta, pero hay algo en esa mirada y en esa sonrisa que se ha quedado a medio camino, que el pulso de Juliette se dispara sin control.

Lo peor es que tendrá que estar al lado de esa mujer, trabajando codo a codo por más de treinta días y, si su cuerpo ha reaccionado así por una simple foto, verla en persona será un completo desastre.

Capítulo 2

Vivianne mira el informe que tiene en la pantalla y se frota los ojos, agotada. Lleva con él prácticamente todo el día y las cifras siguen sin cuadrarle. Veintitrés páginas de análisis financiero que deberían ser cristalinas como el agua y que, sin embargo, parecen estar escritas en arameo por alguien con un tremendo dolor de cabeza, porque lleva horas con él y todavía no sabe por dónde abordarlo.

—Joder —murmura agobiada, apartándose de la mesa y frotándose los ojos, que le pican de tanto mirar la pantalla.

Se acerca a la ventana y se asoma para intentar despejarse. Lleva rato incómoda porque sabe que se le está olvidando algo y no logra identificarlo porque tiene la mente saturada por culpa de ese informe nefasto que mañana en la reunión que tiene programada piensa exponer —sin nombrar al autor, ya se dará por aludido— como ejemplo de lo que no se debe hacer jamás.

El móvil le suena y Vivianne vuelve a la mesa para cogerlo y, cuando ve el nombre de la pantalla: Oliver (agente), recuerda de golpe lo que se le estaba escapando. Se suponía que tenía que estar en una dirección para ver un apartamento a las seis, y son las seis y cuarto.

—¿Señora Fox? —dice el agente inmobiliario, con un tono demasiado alegre para alguien a quien han dejado colgado.

—Sí, Oliver, lo siento, se me ha ido el tiempo por completo. Si no tienes prisa, puedo estar ahí en veinte minutos, de lo contrario, tendremos que reprogramar la cita —contesta, y se muerde el labio con rabia porque si hay algo que no soporta, es llegar tarde a los sitios.

—No hay problema, señora Fox. La espero aquí, estoy seguro de que le va a encantar este apartamento. Dos dormitorios, cocina americana renovada, y la vista...

Vivianne se desconecta y cierra los ojos. Oliver es un hombre amable y agradable, pero todo lo que tiene de buena persona, lo tiene

de pesado.

—Perfecto. Nos vemos allí —lo corta ella—. Gracias por esperarme.

Veinticinco minutos después, Vivianne está parada en el centro de lo que Oliver insiste en señalar como un espacio abierto y acogedor. Ella lo definiría más bien como una caja de zapatos con ventana, porque la cocina americana ha resultado ser diminuta, con mármol de granito y electrodomésticos que parecen sacados de mil novecientos noventa y cinco. La vista da a un callejón donde el edificio de enfrente está a apenas dos metros de distancia.

—Como puede ver —sigue Oliver, señalando el espacio con una sonrisa que Vivianne no puede comprender—, la luz natural es fantástica.

—¿Luz natural? —pregunta Vivianne, desconcertada.

Oliver sonríe con amplitud y levanta las cejas como si Vivianne no fuera capaz de ver lo mismo que él.

—Pasemos al segundo dormitorio —dice, señalando una de las puertas.

A Vivianne le entra una especie de tic en el ojo cuando ve ese espacio tan pequeño. Ella quiere tener un dormitorio de invitados en condiciones, pero esto no valdría ni para hacerse un pequeño despacho.

—¿Qué le parece? —pregunta Oliver.

Vivianne quiere decirle la verdad, que le parece una basura que no se ajusta en nada a lo que ha pedido y que no puede permitirse perder el tiempo en visitas así, pero está agotada, y Oliver la mira con sus mejillas sonrojadas que lo hacen parecer más bonachón de lo que probablemente es, y se siente incapaz de hablarle mal a este hombre.

—Es muy pequeño, quizá deberías tomar nota de nuevo de lo que busco exactamente.

Diez minutos después se despide de Oliver en la puerta del edificio y, por un momento, Vivianne se siente desorientada, como si no supiera a dónde ir. Mira el reloj: todavía es temprano, así que decide ir a tomar una copa antes de marcharse al apartamento de Sloane, donde ocupa la habitación de invitados, que sí que es decente.

El taxi la deja en la puerta del Billi's y Vivianne la empuja con ímpetu, como si en la calle se estuviera asfixiando y solo pudiera refugiarse en este bar para sobrevivir.

—Mira quién ha llegado —dice Bill, y Vivianne de repente se siente un poco más relajada.

Conoce a Bill Truman desde hace años, porque este es el lugar que ella y Vicky Bob eligieron como su refugio para desahogarse cuando necesitaban una copa. Cuando su mejor amiga vivía en la ciudad, solían venir al menos dos veces a la semana después del trabajo y, aunque ahora ya no está, Vivianne no ha perdido la costumbre de venir y se pasa al menos una vez cada quince días.

—¿Whisky? —pregunta Bill mientras Vivianne se sienta en uno de los taburetes de la barra.

—Doble, por favor.

Bill sonrío y asiente mientras inclina la botella sobre el vaso con su mano rechoncha y su calva brillando. El bar en sí mismo, no tiene nada de especial, es el típico con mesas altas de madera pegadas a la pared, algunas normales al fondo y taburetes que suelen cojear de una pata. No es el tipo de lugar que hubieran elegido las dos amigas si se lo hubieran mostrado por catálogo, pero entraron una vez estando de paso por la zona, o más bien buscando refugio para una tormenta que las sorprendió sin paraguas, y lo que las dejó atrapadas y convertidas en clientas habituales fue la calidez de Bill.

—¿Un mal día? —pregunta Bill, desplazando un vaso generoso hacia ella.

Vivianne suspira y asiente mientras lo coge.

—Malo en la oficina y malo cuando he ido a ver un apartamento y me han enseñado una caja de zapatos.

Bill suelta una carcajada profunda y la barba larga y blanca de la que está tan orgulloso, vibra con su risa.

—No te preocupes, tu hermana es demasiado buena como para echarse de casa.

Vivianne sonrío y asiente tras dar un trago. Sabe que podría quedarse el resto de su vida en casa de Sloane y ella jamás le diría que se fuera. Hasta hace poco, Vivianne no tenía mucha prisa por mudarse, pretendía buscar apartamento con calma y marcharse cuando encontrara algo que realmente le gustara, pero Sloane ahora sale con Jenna, y Vivianne es muy consciente de los problemas de su hermana para habitar un espacio que no pueda controlar, así que, si quiere que Sloane tenga una intimidad tranquila con su chica, ella tiene que desaparecer cuanto antes.

—Seguro que no.

—¿Cómo está? Hace tiempo que no viene por aquí —dice Bill, sirviéndose un vaso de agua porque siempre tiene la sensación de

tener la boca seca.

—Bien, ya la conoces, con sus manías y sus cosas, pero está mejor que nunca. Prometo hacer que me acompañe la próxima vez —dice Vivianne.

Aunque este bar es el refugio de ella y Vicky Bob, Sloane también suele venir de vez en cuando. Vivianne está a punto de añadir que Sloane sale con alguien, porque sabe que Bill se alegrará, pero el estruendo de toda una vajilla contra el suelo hace que se sobresalte, y Bill suspira resignado y mira hacia la puerta de entrada de la cocina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Vivianne.

—Meryl, eso ha pasado.

—¿Meryl?

—Es la nueva camarera, Andrea se marchó la semana pasada, y digamos que Meryl tiene ciertos problemas de torpeza, pero es una chica encantadora y me sabe mal echarla sin darle una oportunidad —explica Bill.

De repente, la puerta de la cocina se abre y una chica de unos treinta años, con el pelo rizado recogido en una cola alta y despeinada, aparece detrás de la barra con las mejillas tan rojas que parecen un sarpullido.

—Lo siento, Bill... —dice, mostrando sus manos en alto como si fueran las culpables del desastre—. Te lo pagaré, no me quejaré si me lo quitas de la paga semanal.

—No te preocupes, me basta con que lo recojas, pero no te cortes, ¿eh? —advierte mientras se da la vuelta y empieza a servir a otro cliente.

La tal Meryl se queda ahí, quieta durante unos segundos, con expresión desconcertada, como si lo normal para ella fuera que alguien le gritara y ahora no supiera qué hacer. La chica mira un momento hacia Vivianne, que no puede apartar la vista de ella: algo en esa cola despeinada le recuerda a Jenna.

—Gracias, Bill. No volverá a pasar —dice al fin.

Él hace un gesto con la mano quitándole importancia y la chica se da la vuelta y regresa a la cocina.

—Pasaré de nuevo antes de acabar la tarde —asegura Bill cuando pasa por delante de Vivianne.

Ella suelta una carcajada profunda y concluye que ha hecho muy bien en venir aquí, porque todo el malhumor del día se le ha pasado gracias a este hombre.

—¿Qué tal la visita al apartamento? —pregunta Sloane en cuanto Vivianne cruza la puerta al llegar.

—Mejor no hablemos de eso, que ahora estoy de buen humor — responde, dejando el bolso en el primer hueco que encuentra y dejándose caer en el sofá.

Sloane quiere reírse por el comentario de su hermana, pero no puede porque sus ojos se han clavado en el bolso y ahora no puede centrarse en nada que no sea levantarse para cogerlo y colgarlo en el perchero. Vivianne la observa moverse y sonríe. Pensó que le costaría más adaptarse a las manías de su hermana pequeña en versión adulta —porque cuando eran pequeñas simplemente lo normalizó— pero es más fácil de lo que había pensado, y también más divertido, porque Vivianne se lo pasa bomba provocándola con su desorden.

Capítulo 3

Juliette cruza la avenida esquivando un gran charco de agua que por poco la salpica y le mancha el impoluto traje de color claro que ha elegido para hoy. Odia Nueva York, no del todo, pero sí lo suficiente como para haber maldecido la ciudad en la que nació desde el segundo en que la alarma de las cinco de la mañana la ha despertado con el cielo aún oscuro.

Ha tenido que quedarse en casa de su madre, sí, lo sabe, al parecer es una especie de masoquista a la que le gusta sentir dolor real, pero el punto es que Juliette no tiene la riqueza que posee porque alguien se la ha regalado sin más. Ha trabajado muy duro desde que era una adolescente y no ha despilfarrado lo que ha ganado jamás, menos ahora que tiene que encargarse por completo de su madre, y eso no solo incluye el Evergreen Medical Residence, sino el mantenimiento del hogar familiar. Quedarse en un hotel le parece un gasto absurdo y una maniobra que la sacaría de sus casillas, porque estar en un sitio donde no puede hacerse ni siquiera una taza de café, además de escuchar día y noche el trajinar de otros huéspedes, la volvería loca.

—El hotel lo paga Axis, Juliette —le dijo Heather con esa paciencia que la caracteriza.

—Lo pago yo y luego Axis me lo reembolsa, no es lo mismo —contestó completamente convencida de tener la razón—. Además, prefiero elegir un apartamento de esos que se alquilan por semanas. Anoche estuve revisando el plan de recortes y dudo mucho que solo esté un mes en Nueva York; he calculado al menos dos.

La conversación murió ahí con su secretaria apretando los labios y seguramente haciendo todo el uso de su fuerza interior para no negar con la cabeza y poner los ojos en blanco.

Esa mañana ha tenido que esperar más de media hora por un taxi porque se ha negado a subirse al metro, aunque sabe que es lo más rápido en Nueva York, y mientras estaba en la calle, su vecina Charlotte ha salido —otra vez casualmente— y le ha mirado con rabia y desconfianza. Juliette se ha ajustado las gafas de sol y ha seguido

caminando. Una razón más para abandonar la casa de su madre y, además, encontrar algo más cerca de la oficina.

—Señora —escucha Juliette a su espalda—. Señora, no puede pasar sin identificarse.

Juliette se detiene. Está acostumbrada a la oficina de Chicago, donde Axis no ocupa una triste planta, sino que tiene un edificio entero y todo el mundo la conoce. Aprieta el maletín y se dirige al mostrador de seguridad.

—Soy...

—Indique sus datos aquí... aquí... y aquí —una mujer con cara de no haberse despertado con buen pie le señala los puntos que debe rellenar mientras golpea la hoja con un bolígrafo azul.

Juliette la mira, pero la mujer simplemente la ignora. Suspira. Nueva York siempre hace que todos parezcan estar en su contra. Lo arrastra desde siempre y no soporta cómo el nudo se le instala en la garganta.

—No la pierda —la mujer deja sobre el mostrador una tarjeta blanca con el logo de Axis y unas palabras medio borrosas: «Visitante»—. Cuando deje el edificio, tiene que devolverla. No puede quedársela de recuerdo.

¿Quién coño quiere hacer eso? Juliette coge la manoseada tarjeta —puede ver con claridad que cientos de personas la han usado— y la cuelga de un extremo del maletín.

No se despide, no dice buenos días porque simplemente Juliette Baxter no hace cosas que no quiere —menos tener que ver a su madre, eso sí que lo sigue haciendo— y se dirige al ascensor. Pulsa la planta catorce y espera con las manos a los lados mientras el ascensor la impulsa hacia arriba.

No es la primera vez que Juliette está en la oficina de Axis Nueva York, aunque sí la primera en esta sede. Sus comienzos en la compañía fueron en la ciudad, pero para entonces solo era un despacho con diez trabajadores. Estuvo durante unos años y aprendió la base de todo lo que hoy sabe; entonces le ofrecieron un puesto en Chicago con frases como «si quieres crecer profesionalmente, este es tu sitio» y a ella le daba igual, solo quería huir de todo lo que la atormentaba y, aunque no lo ha logrado del todo, ha ganado mucho más que dinero.

—¿La oficina de Vivianne Fox? —pregunta Juliette cuando encuentra a un hombre saliendo de un pequeño despacho.

El tipo la mira durante un segundo y abre los ojos como si hubiera visto al mismísimo rey del pop en vez de a una mujer rubia vestida con un traje espectacular.

—Juliette Baxter —dice impresionado, y extiende una mano—. Soy Jason Park, un placer conocerla.

A ella no le suena ese nombre y, por supuesto, tampoco lo reconoce. Normalmente es así; por su cargo en la empresa, los empleados suelen saber quién es Juliette, nunca al revés.

Estrecha la mano del tal Jason, que la sigue mirando con ilusión y carraspea como un pequeño recordatorio de su pregunta.

—Le acompaño a la oficina de Vivianne —se ofrece Jason con entusiasmo.

—No hace falta —contesta de una manera tan fría que el hombre se detiene por completo—. Solo necesito que me diga dónde es; este sitio no es tan grande como para perderme.

Cada palabra es como un corte hecho con una navaja afilada, uno mínimo, pero bastante doloroso.

—Sí, claro —Jason no borra esa maldita sonrisa—. Al final de este pasillo, a la izquierda.

—Gracias —contesta Juliette, y ya se aleja de Jason sin volver a mirarlo.

Juliette ha aprendido muchas cosas a lo largo de su carrera, pero la más importante es a detectar al típico lamebotas que se pega como una garrapata solo para buscar algún beneficio. Gente demasiado amable que, sin conocerla, ya le está haciendo una ovación, alguien como Jason Park.

Juliette sigue caminando y nota cómo la gente va girando cabezas. Algunos de forma disimulada, otros descaradamente. Es habitual; pocas veces se ve a una ejecutiva vestida con un traje masculino a medida, entallado en un cuerpo delgado y bien trabajado, porque Juliette no quiere ser presumida, pero a sus cincuenta años, madrugar para ir al gimnasio, hacer pilates y jugar partidos nocturnos de tenis han mantenido sus músculos fuertes y su piel tan brillante como hace una década.

—¿En qué puedo ayudarla?

Juliette supone que esa es la asistente de Vivianne Fox. Una chica joven y al parecer bastante formal que la mira con una sonrisa amable sin parpadear.

Ella sigue caminando; está claro que hoy su educación se ha quedado guardada en el sótano de la casa de su madre.

La puerta de madera con el nombre de la mujer que ella busca está entornada y Juliette no titubea. La empuja, no con fuerza; es un acompañamiento que hace que la puerta se abra por completo. Hay varias cosas que pasan al mismo tiempo —Juliette no va a contar el leve estremecimiento en su sexo— cuando observa a Vivianne, que está sentada en su silla detrás del escritorio con el ceño fruncido, leyendo algo en una carpeta mientras destroza la punta de un bolígrafo con los dientes. Lo primero es un olor a canela que se cuela en sus fosas nasales. Lo segundo es el desorden que hay en esa oficina y, tercero, pero sin duda no menos importante, es la belleza que irradia Vivianne en persona, aún más impactante que en las fotos.

—Ahora no, Amber —murmura Vivianne sin levantar la vista.

Juliette no dice nada, sigue caminando hasta llegar a la pulida mesa y se sienta en una de las sillas.

Vivianne levanta la mirada, esta vez con una mezcla de enfado que desaparece en cuanto reconoce a la mujer que está sentada frente a ella. Hay unos segundos en los que la jefa de la oficina de Axis en Nueva York busca el motivo por el cual la directora ejecutiva de la empresa está en su despacho. Entonces sus ojos se estrechan ligeramente porque huele la trampa de inmediato. Se suponía que le avisarían cuando alguien de la sede central viniera a la ciudad. Esto le parece una emboscada.

—Directora Baxter —dice Vivianne, con la voz seca mientras se endereza y apoya la espalda en su silla.

—Juliette —la corrige—. Directora suena a que dirijo un colegio para monjas.

Vivianne levanta imperceptiblemente una ceja, pero no se ríe ni hace ningún comentario al respecto.

—¿A qué debo el honor? —lo pregunta con un toque de ironía que no le pasa desapercibido a Juliette—. Nadie me ha avisado de su visita.

A Juliette le molesta el tono y se niega a reconocer que la excita también. Su reputación la precede y nadie le habla con ironía. Puede que a sus espaldas la gente diga que es una maldita tirana, pero de frente, la respetan.

—Como bien has dicho, Vivianne, soy la directora, no tengo por qué avisarte de que vengo a Nueva York —Juliette se deleita con el leve movimiento en la mandíbula de la mujer, evidenciando su molestia—. Estoy aquí para supervisar los recortes que la empresa está exigiendo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Vivianne, porque necesita calcular cuánto tendrá que aguantar a esta mujer por sus pasillos.

Juliette se pasa la mano por la solapa de su chaqueta clara como si tuviera motas invisibles de polvo. Luego levanta la mirada y la clava en Vivianne.

—El necesario —suelta, y cruza una pierna—. Aunque espero que no sea más de un mes.

La directora ejecutiva sabe perfectamente que estará allí más tiempo, pero con estos detalles no le gusta ser demasiado precisa: el factor sorpresa siempre funciona —como es el caso de Vivianne, que ni se imaginaba que la mismísima Juliette Baxter se personaría en Nueva York— y que los empleados no sepan durante cuántos días deben comportarse como personas modélicas le ofrece una visión clara de a lo que se enfrenta.

—Trabajaremos en esa lista que no has entregado —Juliette continúa hablando y suelta ese comentario directo porque, en efecto, Vivianne no ha dado a conocer los nombres de los candidatos al despido—. Veinte personas de las que examinaré el cumplimiento de objetivos y normas internas de Axis. Actitudes conflictivas o agresivas, errores frecuentes o trabajo de baja calidad. Sobre todo, esos puestos redundantes que en la empresa no necesitamos.

—¿Puestos redundantes? Créame, Juliette, en Axis Nueva York tenemos a los empleados necesarios para cada función.

—Eso ya lo veremos —responde, y saca su móvil del bolsillo interior de su chaqueta para pedirle a Heather varias cosas.

Vivianne aprovecha el momento para observar a Juliette. La ha visto en fotos a lo largo de los años en las comunicaciones internas de la empresa según iba subiendo de rango en el organigrama, e incluso una vez de refilón cuando fue a Chicago a una de las reuniones anuales, pero así de cerca, nada tiene que ver con la mujer que ha visto a través de una pantalla. El pelo rubio está cortado y peinado perfectamente, está ligeramente maquillada y viste un traje espectacular que solo a mujeres que realmente saben llevarlo —como ella— les queda bien. Vivianne se ha reunido con muchas ejecutivas y

todas visten igual, incluida ella misma, con chaqueta y falda larga o pantalón recto femenino, como si las hubieran llevado a la misma tienda para elegir el uniforme. Juliette Baxter ha ido en contra de esa norma no escrita, luciendo impecable sin importarle lo que los demás puedan pensar.

—Necesito una oficina para poder trabajar —Juliette guarda el móvil y se pone de pie—. Una cerca de tu despacho, pasaremos mucho tiempo juntas.

—Me complace saberlo —Vivianne no ha podido frenar su lengua ni el tono sarcástico—. Le diré a Amber que haga las gestiones para que pueda instalarse lo antes posible.

Juliette podría decirle que tenga cuidado con esa boca, pero el pensamiento solo hace que se imagine esos labios donde no debe. Se maldice y aprieta la mandíbula para controlarse.

—Mañana a las ocho estaré aquí y espero tener el despacho listo —coge el maletín, lista para marcharse—. Y Vivianne, tutéame. Me gusta el respeto, pero detesto las formalidades cuando no tocan.

Vivianne quiere preguntarle a qué tipo de respeto se refiere, porque, por muy directora ejecutiva que sea, entrar a su despacho de esa manera, sentarse frente a ella como si alguien le hubiera otorgado el poder para controlar su existencia durante el próximo mes y hablarle de esa forma tan desagradable, constituyen todo lo que representa una falta de deferencia grandísima.

—Claro —carraspea Vivianne—. Hasta mañana, entonces.

Juliette atraviesa la puerta y desaparece sin emitir una sola palabra, y Vivianne Fox piensa en lo maleducada que es esa mujer.

Se lleva las manos a la cabeza porque presiente que su vida está a punto de cambiar. Esa maldita lista que lleva meses generándole una ansiedad de la que no ha podido librarse porque, a pesar de que tiene varios nombres apuntados —que sin duda se merecen el despido— la mayoría de las opciones están sin rellenar. La gente de su oficina es bastante trabajadora, su nivel de rendimiento es bueno y considera que no merecen irse a la calle solo porque Axis ha tenido un mal año y quiere deshacerse de gente buena. Eso sumado con la búsqueda infructuosa de apartamentos y que su mejor amiga sigue a miles de millas lejos de ella, harán que Vivianne monte su campamento base en Billi's para poder soportar todo lo que se le viene.

Capítulo 4

Vivianne sale del edificio a las seis en punto de la tarde. Aunque tiene trabajo pendiente, se ha negado a quedarse un minuto más del necesario en el despacho, porque desde que Juliette Baxter ha irrumpido en él con ese aire soberbio y la intención clara de demostrarle quién manda, no ha podido sacudirse el malhumor del cuerpo ni tampoco el nerviosismo excesivo que se ha apoderado de ella, haciendo que destrozara por completo la parte superior del bolígrafo y estuviera a punto de morder el tubo de tinta.

Para postre, no ha podido desahogarse con su hermana, porque en días como este la hace llamar y Sloane se sienta frente a ella y la escucha mientras tamborilea los dedos sobre su pierna para contener las ganas de levantarse y ordenarle la mesa, pero su hermana hoy ha estado todo el día fuera porque ella y Jenna han acudido a una reunión con Crest Bank para hacer demostraciones de todas las funciones del proyecto para dar los últimos retoques antes de entregarlo.

Empieza a caminar a pasos rápidos por la acera y, cuando llega a la boca del metro, duda entre entrar a la estación y dirigirse a la parada más cercana al Billi's o seguir caminando hasta el apartamento de su hermana. Al final, sigue caminando, no porque no le apetezca pasar por el bar y beberse un par de copas para relajarse, sino para no tener que meterse en un vagón con cientos de personas que se pegarán a su cuerpo y la harán sentir acorralada, cosa que hoy no puede soportar.

Llega a la puerta del edificio con los pies destrozados por los tacones, pero, al menos, la caminata le ha servido para calmar una parte de esa energía furiosa que la ejecutiva de traje masculino le ha dejado en el cuerpo.

—Hola —dice Jenna cuando Vivianne abre la puerta.

Está sentada en el brazo del sofá, con el bolso colgado al hombro y el móvil entre las manos.

—Hola, Jenna. ¿Y mi hermana?

—En el baño. Hemos vuelto hace un rato de la reunión y la he convencido para ir al cine.

Vivianne arquea una ceja.

—Suerte cuando empiece a buscar palomitas entre los asientos antes de sentarse.

Jenna suelta una carcajada, y Sloane, que acaba de salir del baño, se cruza de brazos en la entrada del pasillo.

—Yo no busco palomitas, lo único que pido es poder sentarme sin llenarme el pantalón con las babas de alguien.

—Claro —dice Vivianne, dejando caer el bolso sobre una silla con tan poco cuidado que se cae al suelo.

—Joder, Viv —se queja su hermana cuando Vivianne pasa de largo para abrir el mueble bar y sacar una botella de whisky y un vaso—. Al menos podrías recogerlo —murmura, agachándose para hacerlo ella.

—Iba a hacerlo ahora, pero te has adelantado —contesta sin mirarla.

Jenna las mira a las dos y deja su bolso en el sofá cuando Sloane se sienta en una de las sillas, con los ojos fijos en su hermana mientras vierte un chorro generoso en el vaso.

—¿Queréis? —pregunta, mirándolas de soslayo.

—No, gracias —dice Jenna, intentando recoger en una coleta todos los mechones despeinados que le caen sobre la cara.

—¿Quieres unas horquillas? —pregunta Sloane, dispuesta a ordenar esa cabeza enmarañada.

—No, ya está bien así —dice Jenna, y Vivianne mira automáticamente a su hermana para ver cómo se controla para no peinarla ella misma.

—¿Tú quieres, Sloane? —insiste Vivianne, acercándose el vaso a los labios para beber casi la mitad de un solo trago.

—No, yo tampoco. No quiero ver la película borrosa. ¿Qué te pasa? Vivianne la mira y da otro sorbo antes de contestar.

—Nada. ¿No tenéis que ir al cine?

Sloane mira su reloj y de inmediato a Jenna, porque apenas falta media hora para el inicio de la película y sabe que, si no salen ya, no llegarán a tiempo.

—Podemos ir a la siguiente sesión, no te preocupes —dice Jenna, y Sloane le sonríe.

—¿Entonces? —pregunta Sloane, mirando a su hermana.

Vivianne se vierte un chorro más y coge el vaso para ir hasta el sofá, lanzando un cojín hacia el sillón —a propósito— que aterriza torcido y hace que a Sloane le entre un tic en el ojo antes de acercarse, colocarlo bien y sentarse.

—Hoy he tenido una visita sorpresa en la oficina —explica Vivianne.

—¿Sorpresa? —dice su hermana.

—Juliette Baxter, no sé si sabéis quién.

—Claro que sí —responde Jenna como si estuvieran jugando a un juego de preguntas y respuestas—. Es la directora ejecutiva de Axis en Estados Unidos.

—¿La conoces? —pregunta Sloane ante su énfasis.

—No —Jenna sonríe—, pero está en el organigrama, ¿es que nunca lo miras?

—Sí, claro. Es que pensaba que tú no mirabas esas cosas.

Vivianne las mira y da un trago largo mientras piensa que no pueden ser más diferentes y, aun así, parecen encajar como si fueran dos piezas consecutivas en un rompecabezas.

—¿Para qué ha ido a verte? —pregunta Sloane.

—No se trata de para qué, sino de las formas —suelta Vivianne, con la imagen de esa mujer sentada frente a ella clavada en la mente.

—No te entiendo —dice su hermana.

—Ha entrado en mi despacho sin llamar y se ha sentado en la silla como si mi tiempo le perteneciera desde que ha puesto un pie en el edificio. No ha preguntado, ha ignorado a mi asistente y simplemente se ha dejado caer en la silla con ese aire de suficiencia que la envuelve.

Vivianne da otro trago y el vaso se queda vacío.

—Yo te lo lleno —se ofrece Jenna antes de que su jefa tenga tiempo de moverse.

—Gracias.

—¿Ha sido maleducada? ¿Eso es lo que dices? —intenta entender Sloane.

—Maleducada y grosera. Ha insinuado que no he hecho mi trabajo.

Sloane parpadea y, de repente, suelta una carcajada.

—No sé de qué coño te ríes —se ofende su hermana mayor—. Eres la primera que no soporta a la gente petulante.

—Cierto, pero me hubiera encantado verte sentada frente a ella, mordéndote la lengua porque es tu superior y no podías mandarla a la mierda —Sloane se sigue riendo, y Vivianne ve que Jenna también lo hace cuando le entrega el vaso lleno de whisky casi hasta el borde.

—Dios mío, Jen, ¿quieres emborracharla? —pregunta Sloane, espantada.

—Está en casa, no ha de conducir, y parece necesitarlo —dice la programadora, sentándose al lado de Vivianne.

—Y lo peor es que viene para quedarse un mes por aquí. Me ha pedido que le prepare un despacho cerca del mío. Estoy por ponerle una mesa a mi lado —dice con sarcasmo—, porque estoy segura de que va a pasar más tiempo en el mío que en el suyo.

—¿Por qué va a estar un mes aquí? —se adelanta Jenna a la pregunta que Sloane tenía en la punta de la lengua.

—Quiere supervisar la lista del personal susceptible de ser despedido.

—La lista que todavía no has completado —dice Sloane.

Vivianne se deja caer hacia atrás y apoya la cabeza en el respaldo, mirando hacia el techo un momento.

—Esa lista simplemente no debería existir —murmura, casi para sí misma—. En nuestra oficina no vamos sobrados de personal precisamente, los despidos deberían realizarse en las sedes donde realmente sobra gente y no en todas en general.

—Eso no depende de ti, Viv. Tienes que hacer lo que te piden —dice Sloane.

—Lo sé, pero puedo hacerlo sin una niñera que se piensa que siempre tiene la razón.

Jenna y Sloane cruzan una mirada divertida, pero Sloane decide intentar cambiar de tema para que su hermana se despeje un poco.

—Deberías salir.

Vivianne la mira.

—Iba a ir al Billi's, pero no tenía...

—No me refiero al Billi's, me refiero, ya sabes.

Su hermana ladea la cabeza como un perro cuando no entiende una orden.

—Pues no, no sé —dice Vivianne.

—Creo que lo que tu hermana quiere decir es que necesitas echar un polvo. Eso seguro que te hace olvidarte de esa mujer.

Sloane la mira, al principio sorprendida por el atrevimiento de Jenna al hablarle así a Vivianne, porque a pesar de que se ven mucho en un contexto que no es laboral, sabe que su novia se siente muy intimidada por su hermana. Le guiña un ojo y se dirige hacia Vivianne, que se ha quedado pensativa.

—Justo a eso me refiero. Sal por ahí, conoce a algún tío y date una alegría.

—Lo último que me apetece ahora es estar con un hombre, Sloane.

—No digo que te cases con él, solo pásatelo bien una noche y después cada uno a lo suyo.

Vivianne no dice nada, porque lo primero que le ha venido a la mente ha sido ese porte masculino de Juliette Baxter, que, por alguna extraña razón, le ha parecido odiosamente sexy en esa mujer de ojos profundamente azules y melena tan rubia que parece platino.

—Ya veré —dice, zanjando una conversación que la está poniendo nerviosa.

Capítulo 5

Juliette se despierta tan sobresaltada que se lleva una mano al pecho. El corazón le late con fuerza, veloz, y ella necesita unos segundos para entender dónde está. Gira la cabeza de un lado a otro intentando centrarse, pero la oscuridad no la ayuda, así que tira un manotazo a su izquierda intentando buscar una mesilla, un interruptor, lo que sea. Le da un golpe a algo, ¿un vaso? No lo sabe, pero hace un ruido seco y de repente se estrella contra el suelo. Empieza a hiperventilar; la ansiedad empieza a asfixiarla y no encuentra manera de calmarse. No sabe cómo, pero sus dedos rozan el móvil y la pantalla se ilumina. Con los ojos entrecerrados observa que son las dos y media de la madrugada, pero sigue sin saber dónde está. Levanta la mano y alumbra con el poco brillo que produce su teléfono; reconoce el sitio: es su habitación, en la casa de su madre. La nueva información no la tranquiliza; todo lo contrario, la acelera más.

«No ves que puedo morirme, Juliette».

«Tu madre siempre es lo más importante, recuérdalo».

«No seas tonta, niña; ser agradecida es una debilidad».

La voz de Clarice Baxter resuena en su cabeza con una nitidez tan asombrosa que Juliette apunta su móvil hacia la puerta. No hay nadie; está sola. Ahora lo recuerda. Ha venido a Nueva York porque Axis está haciendo un recorte de personal y quieren que ella lo supervise personalmente.

Intenta moverse, pero no puede. Ese entumecimiento que la atrapa cuando sus nervios se disparan se ha hecho presente en el peor momento. Piensa en llamar a emergencias porque está aterrada, pero antes abre la boca y ocurre lo de siempre, lo que ya se temía: la voz no le sale.

Cierra los ojos y respira: inhala durante cuatro segundos, retiene el oxígeno y lo suelta poco a poco. Parece una tontería, pero ningún terapeuta con sus novedosas técnicas pudo ayudarla; la que lo hizo fue una profesora de yoga monísima que conoció en un bar en

Chicago y que acabó regalándole un orgasmo maravilloso. Ella fue la que le enseñó que, a base de controlar las respiraciones, podría calmar su cuerpo y lograr relajar su mente.

—Vamos, cálmate —le ha salido la voz, y esa es la primera señal de que está empezando a recuperar el control.

Cuando sus músculos empiezan a destensarse y su mirada deja de estar ligeramente borrosa, Juliette encuentra con facilidad el interruptor en la pared y enciende la luz. Sale con cuidado de la cama, esquivando los cristales rotos, y baja a la cocina a beberse un vaso de agua. Cuando pasa frente al espejo que está al pie de la escalera, se queda un momento viendo su reflejo; así vestida con un pijama sencillo, descalza y el pelo alborotado, su mente evoca a la joven Juliette que aún vivía en esa casa, soñadora y harta de estar ahí al lado de una mujer que quería controlar toda su existencia, convirtiendo su vida en un papel de víctima eterno que tenía a Juliette completamente enferma.

Va encendiendo todas las luces mientras decide que empezará a buscar un apartamento. No importa si se queda tres semanas o tres meses en Nueva York; Juliette no puede seguir durmiendo en este sitio. No lo soporta, y se enfada consigo misma porque su cerebro —a veces demasiado complejo incluso para ella— la empuja a tomar decisiones absurdas en vez de eficientes y razonables, como estar lejos de aquí.

A las siete y media de la mañana está sentada frente al portátil, perfectamente vestida y peinada, con una taza de café en la mano.

—No te preocupes, antes del mediodía tendrás una lista actualizada —le dice Heather al otro lado de la pantalla—. ¿Quieres que llame a las inmobiliarias para descartar algunas y que solo te quedes con las interesantes?

Juliette mira a su asistente, que a esa hora está tan pulcra como ella misma, y piensa algo que nunca verbalizará: Heather le hace la vida infinitamente más fácil cada día.

—Sí, no me gustaría perder el tiempo con gente que no sabe hacer su trabajo —Heather asiente mientras toma algunas notas.

—¿Necesitas algo más?

—Asegúrate de que los apartamentos estén lo más cerca posible de Axis. Los taxis en esta ciudad son un caos y no me gustaría subirme al metro cada día.

—Lo tengo —contesta la chica—. Llámame si se te ocurre alguna cosa más.

Juliette asiente y Heather se despide con un educado «que tengas buen día», y la videollamada finaliza.

Se pone de pie, guarda su portátil y revisa la aplicación de coches en su móvil. Esta vez ha optado por eso en vez de llamar a un taxi, esperar fuera y no poder controlar el momento exacto en que tenga que poner un pie en la calle para evitar a la vieja chismosa de Charlotte.

El coche llega puntual esta vez. El conductor, un hombre con un turbante y una sonrisa amable, intenta darle conversación a Juliette. Ella lo mira solo una vez, y es lo único que necesita para que el hombre se concentre en conducir y cierre la boca.

Cuando llega al edificio donde Axis tiene su oficina, Juliette se acerca al mostrador, a la misma mujer que el día anterior la miró como si le diera exactamente igual quién era ella.

—Necesito una tarjeta que no sea de visitante hasta que mi oficina me entregue una que funcione aquí —la mujer levanta la mirada y se encuentra con el gesto frío de Juliette Baxter.

Hace un sonido odioso con la boca.

—Señora...

—¿Tengo que repetírselo? —la corta Juliette—. ¿O es que le resulta muy complicado hacer su trabajo?

La que Juliette supone es una agente de seguridad o algo parecido la mira con los ojos muy abiertos. Ya no tiene esa mueca desagradable en la cara; ahora parece incluso asustada. Rebusca en un cajón que tiene a su derecha y luego teclea algo en su ordenador.

—¿Es usted Juliette Baxter de Axis Integration Group? —pregunta la mujer con la voz contenida.

—Así es.

Vuelve a teclear y hace varios movimientos que Juliette no puede ver desde su posición. Un minuto después, la mujer coloca una tarjeta igual de desgastada que la primera, pero con las letras «Empleado» en color negro.

—Esta puede usarla hasta que le entreguen la definitiva. No tiene que devolverla al final del día.

Juliette hace lo mismo que la primera vez: coge la tarjeta y la cuelga en su bolso.

—Bien —es lo único que dice la directora ejecutiva de Axis.

Camina hacia el ascensor. Mientras espera, un tipo la mira de arriba abajo. Juliette hoy lleva un traje de tres piezas color marfil, con un chaleco ceñido a sus pechos, tacones oscuros y el cabello recogido en una cola alta. Ella le devuelve la mirada e imita el gesto, paseando sus ojos por el traje barato que lleva. El tipo decide subir por las escaleras.

Cuando llega a la planta catorce, va directamente a la oficina de Vivianne Fox; avanza sin detenerse, haciendo que su secretaria vuelva a tensarse.

—La directora no está —dice Amber con la voz estrangulada. Esta mujer la asusta.

Juliette eleva una ceja mientras la observa.

—Está en una reunión con un cliente —explica la asistente—. Volverá en unas dos horas.

—¿Mi oficina está lista? —Juliette a veces intenta modular su tono, pero sobre todo cuando está fuera de su zona de confort le cuesta muchísimo. Y sin duda Nueva York es zona hostil para ella.

—Claro, señora Baxter —Amber se pone de pie y Juliette quiere estrangular con sus propias manos a todos los que siguen llamándola señora—. Venga conmigo, por favor.

Juliette al menos está complacida porque una de sus peticiones se ha cumplido. Amber apenas avanza unos metros y abre una puerta que está muy cerca de la oficina de Vivianne, pero Juliette tiene que apretar la mandíbula ante el sitio en el que debe trabajar durante el próximo mes. Es un espacio minúsculo, con una ventana que parece la de un baño de un bar clandestino. Apenas entra la luz y lo único que tiene en el centro es un escritorio en el que ella calcula que podrá poner su portátil y poca cosa más.

—Estaré en mi mesa por si necesita algo —Amber empieza a huir cuando la voz seca de Juliette Baxter la detiene.

—¿Quién ha elegido este despacho para mí?

Amber traga saliva y sus ojos se mueven nerviosos, pero Juliette la mira con esa expresión aterradora que le dice que, como no conteste de inmediato, estará despedida antes de que pueda tomar el desayuno.

—La directora Fox —confirma lo que Juliette se imaginaba—. Era el único sitio disponible que había, y...

Juliette la corta levantando su mano derecha.

—Que venga a verme cuando regrese —exige Juliette; da un paso dentro del agujero en el que supuestamente debe trabajar y le cierra la puerta en la cara a la pobre asistente.

Aprieta el asa de su maletín mientras sus ojos lo recorren todo de nuevo. Vivianne Fox parece que quiere declararle la guerra, y eso, más allá de molestarla, hace que su vientre vibre con una fuerza que creía olvidada. Muy poca gente le lleva la contraria o es capaz de intentar ningunearla; en cambio, Vivianne lo hace de forma natural: la reta, la mira con esos ojos marrones que desestabilizan a Juliette y le demuestra que no le tiene miedo. Es lo más excitante que ha vivido desde... no lo recuerda.

—Contrólate —se dice en voz baja mientras se acerca a la mesa y saca el portátil.

Ella siempre ha sabido exactamente dónde meter las manos y ha tenido muy claro que cualquier tipo de acercamiento no profesional con alguien de su misma empresa es un error garrafal. Juliette ha visto con sus propios ojos cómo directores y responsables de grandes cuentas —hombres casados, sobre todo— salían de Axis con la cabeza gacha después de que un tórrido romance con sus secretarias o compañeras saliera a la luz. Ella no comete ese tipo de errores; ella es una mujer más inteligente que eso.

Abre el portátil y la pantalla negra le devuelve un reflejo de su rostro. Nadie que pudiera verla ahora sabría que Juliette apenas ha dormido, que ha tenido uno de esos terrores nocturnos que a veces la azotan con tanta fuerza que le cuesta mucho recuperarse. Nadie puede ver a la niña rota en ella; solo ven a la mujer adulta —a la señora— vestida con un traje hecho a medida, un rostro que no aparenta cincuenta años y una seguridad que muchas veces no siente.

Capítulo 6

—Hola, Amber —dice Vivianne, atravesando a paso rápido la antesala de su despacho.

—Espere, señora Fox —Amber se levanta como si quisiera saltarle encima.

Vivianne respira hondo; está teniendo una mañana de mierda, o mejor, una semana de mierda. Ayer tuvo un pequeño encontronazo con Juliette Baxter cuando Amber le dijo que pasara por su despacho en cuanto regresó de su reunión. Vivianne dejó sus cosas sobre la mesa de su asistente y avanzó con parsimonia hasta la puerta del despacho de la directora ejecutiva de Axis. Se quedó frente a la puerta unos segundos, regocijándose en su propia satisfacción al pedirle a Amber que ordenara prepararle ese despacho en concreto.

Justo al lado, entre ese y el suyo, hay otro que está vacío. Vivianne procura no asignárselo a nadie si puede evitarlo porque así logra que el sonido de la persona que lo ocupa no atraviese la pared y la desconcentre. Podría haberle dado ese a Juliette Baxter; es casi tan grande como el suyo, con un ventanal de pared a pared y sol por todas partes, no ese cubículo con un ventanuco que se construyó pensado como pequeño almacén para los despachos de ese pasillo, pero decidió que una cura de humildad a lo mejor le venía bien a esa ególatra de trajes entallados y educación más bien escasa.

Vivianne llamó un par de veces con los nudillos, pero no esperó a que su jefa le diera paso —igual que hizo Juliette con ella— y, mientras se colaba en el habitáculo, una punzada de odio hacia sí misma le atravesó el pecho: era una hipócrita actuando del mismo modo solo por venganza.

Juliette estaba al teléfono cuando entró, girada hacia la pared, sentada en esa silla desgastada y algo coja que Vivianne se aseguró de que trajeran para ella del almacén donde acaba todo el material viejo de oficina. La mujer se giró de repente, todavía con el móvil pegado a la oreja, y Vivianne contuvo la respiración cuando los ojos azules de la ejecutiva se clavaron en los suyos, se mantuvieron ahí

una fracción de segundo, o eso le pareció a ella, y después bajaron por su cuerpo —desde su cara hasta sus pies— para volver a subir muy despacio de nuevo hasta sus ojos. Una especie de corriente la atravesó, algo que no supo cómo explicar porque jamás había sentido nada parecido, pero se mantuvo serena y caminó hasta la silla al otro lado de la mesa que Juliette le señaló con un dedo de uñas cortas y pulcras que la dejó desconcentrada por un segundo.

—Dígale que pasaré a verla esta semana, no puedo concretar el día.

Juliette colgó sin despedirse y dejó su móvil sobre la mesa despacio antes de levantar la mirada hacia Vivianne, que ya se había sentado.

—¿Querías verme? —preguntó Vivianne.

Juliette tardó en contestar; solo la miraba como si su pregunta fuera estúpida o quisiera estrangularla. Vivianne no supo determinar cuál de las dos cosas era.

—¿Qué opinas de este despacho? —preguntó la directora.

Vivianne parpadeó para intentar distraer a su cerebro y que este no diera la orden de que sus labios se curvaran, pero le costó contenerse y su comisura izquierda tembló de ganas. Juliette también se dio cuenta, porque enfocó su mirada azul como el cielo en la boca de Vivianne, y la jefa de oficina de Axis Nueva York habría jurado que la mirada de Juliette se oscureció cuando lo hizo.

—Es un despacho acorde para alguien que está de paso —espetó Vivianne—. Pediste estar cerca del mío, y este lo está.

Juliette se recostó contra la silla —por un momento olvidando dónde estaba sentada—, pero el respaldo emitió un chirrido que la hizo paralizarse un segundo temiendo que se partiera.

—A mí me parece un despacho acorde para un becario al que no sabes dónde colocar mientras decides si lo despides o lo dejas en plantilla.

—¿Tú crees? —Vivianne no fue capaz de controlar su lengua, ni tampoco el tono sarcástico.

Juliette arqueó una ceja y se inclinó hacia delante —la silla volvió a chirriar— apoyando los brazos en la mesa mientras tiraba de su corbata corta hacia su pecho como si quisiera mantenerla pegada a la camisa y no rozando el borde de la mesa.

—No juegues conmigo, Vivianne. Si me desafías, perderás.

No lo dijo en tono amenazante; tampoco mencionó su cargo — muy superior al de Vivianne—, pero no hizo falta. Vivianne sabía que le bastaba con chasquear los dedos para meterla en esa lista de personal a despedir sin tener que dar explicaciones.

—¿Eso es todo lo que querías? —preguntó, poniéndose de pie.

—Sí, quería compartir mi opinión contigo, pero no te he dado permiso para marcharte. Siéntate —ordenó, con un gesto de la cabeza.

Vivianne apretó la mandíbula y se sentó de nuevo en la silla, cruzando una pierna sobre otra mientras esperaba a que la perra de Juliette Baxter le continuara contando cuánto la irritaba estar en esa pocilga de despacho.

—Ya puedes irte —dijo de pronto, y Vivianne parpadeó, incrédula y rabiosa porque esa mujer de la coleta tan apretada y una mirada que le provocaba algo que le hacía vibrar el cuerpo le había dado una orden estúpida solo para hacer una demostración de poder.

Se levantó con ímpetu, empujando la silla hacia atrás con tanta fuerza que se volcó. Juliette levantó una de sus cejas perfectas y sonrió con petulancia.

—Deberías aprender a modular tus impulsos, Vivianne; solo te generan doble trabajo y no hacen nada para calmar tu mal humor. Recógela antes de salir, y cierra la puerta.

Vivianne cogió la silla para levantarla y tuvo que contener las ganas de ladear el cuerpo y lanzarla contra la mujer que la miraba con una sonrisa estúpida mientras ponía la silla en su sitio. Salió del despacho sin despedirse y cerró de un portazo, y desde entonces tiene un malhumor instalado en el cuerpo que ni siquiera las dos copas de whisky que se sirvió cuando llegó a casa de su hermana lograron quitarle.

—Si no es urgente, déjalo para después, Amber; tengo otra reunión en diez minutos y necesito sentarme y no pensar en nada.

Vivianne se cambia de brazo la blazer que se ha quitado en la reunión y se abre otro botón de la camisa porque está sofocada.

—No es urgente, pero...

—Entonces después —zanja Vivianne, y se gira hacia la puerta de su despacho.

La abre sin mirar y la cierra en cuanto entra. Está a punto de colgar la blazer cuando algo la deja congelada: primero la imagen que su cerebro tarda en procesar, y después el perfume, un olor dulce

con un toque ácido. Es muy sutil, y debe reconocer que le gusta; lo que no le gusta es saber a quién pertenece.

—Buenos días —dice Juliette cuando Vivianne se gira.

Lo que ve la deja más petrificada de lo que estaba, tanto que ni siquiera cuando la blazer se le escurre de la mano y cae al suelo se mueve para recogerla.

—¿Qué coño...? —dice desconcertada.

Frente a su mesa, dejando un espacio de apenas metro y medio, hay otra mesa exactamente igual que la suya, y Juliette está sentada al otro lado con su portátil y sus cosas —en una silla nueva que no cruje— mirándola con esa soberbia que parece tener reservada para ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Vivianne cuando logra articular una frase completa.

—Este despacho es espacioso, tiene luz natural y me deja justo donde debo estar: cerca de ti, para no tener que llamarte cada vez que necesite algo —explica Juliette—. Simplemente he resuelto un tema que me irritaba. Espero que no te importe.

—No puedes instalarte aquí —resopla Vivianne, que está maldiciendo internamente a esa mujer de todas las formas que conoce.

—¿No? —la ceja izquierda de Juliette se arquea de un modo tan elegante que Vivianne se desconcentra unos segundos.

—No, claro que no, esto es...

—¿Qué es, Vivianne? —Juliette se levanta y a Vivianne se le corta el aliento.

La mujer parece que tiene el mismo calor que ella, porque lleva uno de sus pantalones entallados con una camisa blanca remangada, un botón más de lo razonable desabrochado y la corbata aflojada colgando hacia un lado. Vivianne no puede pensar. Sus ojos permanecen fijos en el cuerpo de esa mujer insoportable y su pulso tan acelerado que se sobresalta cuando siente un par de latidos entre las piernas.

—Estoy esperando. ¿Tienes algo que decir o podemos ponernos a trabajar?

Vivianne quiere gritar de frustración, y también gritarle que salga de su despacho ahora mismo, pero sabe que no puede; que cuanto más provoque a esa mujer, más la joderá. Y parece que Juliette

Baxter tiene recursos para ello; lo peor es que disfruta viendo la desesperación de Vivianne.

—Puedes trabajar en lo que quieras; yo tengo una reunión en dos minutos —dice, agachándose para recoger la blazer y salir corriendo antes de que le dé un ataque de nervios.

—Cancélala.

Vivianne se detiene en seco frente a la puerta, sin estar segura de haber oído bien.

—¿Perdón?

—Ya me has escuchado. Estoy en Nueva York para aclarar temas contigo; si no estás aquí, alargas mi estancia y me haces perder el tiempo. Cancélala si no es urgente, y si lo es, muévela.

Vivianne se queda quieta mientras la mira, pero comprende que su jefa —que al parecer está tan mal follada como ella— está hablando en serio. Resignada y tratando de calmar sus nervios mientras reza para que ese mes pase lo más rápido posible, abre la puerta y mira a Amber, que la observa con expresión culpable: no había podido hacer nada cuando la directora ejecutiva le pidió esa mañana que instalaran todo lo necesario en el despacho de Vivianne para convertirlo también en el suyo.

—Y asegúrate de que tengo muebles decentes —se lo dijo con un tono tan helado que Amber supo de inmediato que su puesto de trabajo dependía del nivel de satisfacción que sintiera esa mujer al sentarse en su nueva silla.

—Cambia mi reunión a esta tarde —dice Vivianne.

—¿Ahora? —Amber abre mucho los ojos—. Pero si ya está todo preparado; la gente está esperando a que...

—Cámbiala, Amber.

Vivianne cierra la puerta dejando a su asistente descolocada y se gira hacia Juliette.

—¿Qué necesitas?

—Que traigas tu silla y tu portátil aquí —dice, señalando a su lado.

Vivianne camina hasta detrás de su mesa mientras los ojos de Juliette se recrean en su cuerpo, y se regaña a sí misma: no puede tener ese tipo de pensamientos con Vivianne Fox, pero no puede evitarlo: tiene un trasero que se muere por apretar, una cintura a la que desea agarrarse con firmeza y una lengua afilada que desea silenciar con su boca.

—Aquí me tienes —murmura Vivianne, sentándose a su lado.

Juliette siente un escalofrío por el torso que le baja hasta el vientre. Claro que quiere tenerla, pero no precisamente sentada a su lado; le gustaría tenerla sentada encima.

—Vamos a ponernos con la lista de candidatos. He revisado los pocos nombres que has propuesto, entre ellos el de Scarlett Bolt, a la que no sé por qué no has despedido antes.

Vivianne suspira y cierra los ojos un segundo, mordiéndose la lengua para no contestarle.

—Yo he añadido otros que quiero que repasemos juntas. Cinco personas más de las que podríamos prescindir si reubicamos a otras y trasladamos algún proyecto abierto a otra oficina con menos carga de trabajo que esta.

—¿Qué nombres? —pregunta Vivianne, girándose hacia el portátil de Juliette, que teclea su contraseña con esos dedos fuertes y a la vez elegantes.

Abre un archivo y gira un poco la pantalla hacia la mujer que tiene al lado. Los diez primeros nombres de la lista están en negro y son los que ha propuesto ella; debajo hay otros cinco en color rojo seguidos de un interrogante cada uno. Vivianne intenta leerlos todos, pero no lo consigue porque el corazón se le sube a la garganta cuando llega al segundo: Sloane Price.

—¿Qué opinas? —pregunta Juliette, pero las palabras le llegan a Vivianne como desde cincuenta metros de distancia.

Piensa en gritarle, en preguntarle si se ha vuelto loca o si simplemente es una venganza, pero entonces recuerda que su jefa no tiene ningún motivo para saber que Sloane es su hermana pequeña porque no comparten apellido, y porque duda mucho que esa mujer con el palo metido por el culo haya sido capaz de socializar con alguien de la oficina lo suficiente como para que se lo hayan contado.

—¿Me estás escuchando?

Vivianne levanta la mirada de la pantalla, y Juliette frunce el ceño porque los ojos marrones de Vivianne Fox parecen derretidos y su expresión es de completo desconcierto.

—¿Estás bien? —pregunta Juliette, realmente interesada.

—Sí —la palabra sale como un suspiro de los labios de Vivianne, que decide que por ahora no va a decir que Sloane es su hermana, porque lo sea o no, es una de las piezas clave que mantienen en pie esta oficina, y necesita demostrarlo sin que Juliette Baxter piense

que lo que defiende es su parentesco con la jefa de proyecto de Crest Bank.

Capítulo 7

—Hija de puta —masculla Vivianne Fox dando un sonoro pisotón al suelo del ascensor.

Son casi las ocho de la noche y no es hasta esa hora que ha podido salir de la sede de Axis. Juliette Baxter la ha tenido entretenida —por no decir esclavizada— desde el momento en que llegó a su despacho y tuvo que revisar esa maldita lista donde aparece su hermana, hasta que ha salido de la reunión que ella misma le ha exigido mover y la ha vuelto a sentar a su lado como si ya no hubiera tenido suficiente en todo el día.

Las puertas del aparato se abren y Vivianne avanza a paso rápido, sin mirar a los lados. No tiene ganas de hablar con nadie, sobre todo con Kevin Richardson, el gerente de la empresa que tiene sus oficinas en la planta dieciocho y siempre encuentra la mágica manera de coincidir con ella cuando acaba su jornada. Normalmente, Vivianne lo saluda con educación y rechaza cortésmente su burda insinuación de tomar una copa para luego llevársela a la cama, pero está segura de que, si se tropieza hoy con él, lo mandará a la mierda y le pedirá que él y su mal aliento dejen de insistir en algo que no ocurrirá.

Bufa porque se siente como una auténtica bruja, casi al mismo nivel que su jefa, pero no puede evitarlo. Esa mujer le pone la piel de gallina de igual forma que la desquicia. Lo que más le molesta no es solo que Juliette sea una tirana, sino que hay algo en su actitud y en la forma de clavar sus ojos azules en ella que hace que Vivianne se estremezca sin entender el motivo exacto.

—Que tenga buena noche, señora Fox —dice alguien a su lado, y Vivianne gira el cuello para encontrarse con la mirada amable de uno de los vigilantes nocturnos.

Intenta sonreírle, pero le sale una mueca que la hace parecer una vampira a punto de atacar. La cara de horror del pobre hombre lo dice todo, pero ella hoy no puede hacer mucho más.

Cuando pone un pie en la calle, de alguna manera, el ruido del tráfico la tranquiliza. Ese bullicio familiar que tiene la ciudad de

Nueva York que Vivianne ama y odia a partes iguales, pero que esa noche la hace anclarse a la tierra y sentir que no merece la pena ir a prisión por asfixiar a Juliette Baxter con sus propias manos y envolverla en bolsas de plástico negro de las que nadie echará de menos.

—Hablando del diablo —susurra Vivianne cuando sus ojos se encuentran con ese traje perfecto que le queda irritantemente bien a su jefa.

Juliette está de espaldas a la puerta, revisando el móvil que tiene en la mano derecha mientras aprieta el asa del maletín con la izquierda. Vivianne aprovecha que la directora ejecutiva de Axis está distraída para observarla de manera descarada. La mujer parece que acaba de salir de su casa porque, a pesar de la hora, sigue luciendo impoluta con la melena recogida sin una hebra de cabello fuera de lugar y ni una arruga en su vestimenta. Vivianne piensa que jamás podría ponerse un traje masculino como ese, no porque le parezca feo, sino porque a ella le quedaría francamente espantoso.

Chasquea la lengua, enfadada consigo misma por pensar en cosas tan absurdas como lo bien que le queda esa chaqueta a la insoportable de Juliette Baxter. Mira la hora en su reloj, sabe que Jenna está en casa con su hermana y Vivianne está harta de interrumpirlas porque esas dos están en la etapa de la relación en que un beso tonto se convierte en un polvo larguísimo y muy ruidoso.

—Lo siento, Vivianne —dijo Sloane, completamente roja y con los labios hinchados—. No nos habíamos dado cuenta de la hora.

Vivianne había llegado de ver un piso —este parecía una pequeña celda de torturas— y solo quería darse una ducha para luego sentarse a beber cantidades ilegales de whisky, pero lo que se encontró fue a Jenna Callahan completamente desnuda cabalgando sobre su hermana. Por fortuna, Sloane estaba tumbada en el sofá y el respaldo la cubría por completo, porque si no se hubiera mudado a Júpiter esa misma noche.

Decide ir al Billi's porque necesita una copa, escuchar algo de música suave y relajarse. Si tuviera su propio piso, todo sería diferente, pero de momento tiene que aguantarse.

—Mira a quien tenemos de nuevo por aquí —saluda Bill Truman mientras coloca unos vasos en la estantería que tiene detrás de la barra—. Déjame servirte un whisky doble. Pareces necesitarlo.

Vivianne gruñe y se sienta en uno de esos taburetes que cojean, pero que hoy no le molestan. Pone un codo sobre la barra e inclina la cabeza sobre su mano. Está agotada física y mentalmente.

El hombre le sirve la bebida y, en cuanto abre la boca para preguntarle qué le pasa, la voz de Meryl, su camarera, lo interrumpe.

—Bill, te buscan —dice la mujer, y señala a dos hombres jóvenes con pinta de mafiosos.

Bill parece no reconocerlos, así que le hace una mueca a Vivianne y la deja con su bebida.

—Ahora vuelvo —dice, y desaparece tras la puerta lateral.

Una hora después, Bill no ha vuelto y ha sido Meryl la que le ha rellenado el vaso dos veces. Vivianne se siente mucho mejor, esa tensión que lleva dos días sintiendo en el cuello parece haberse disipado y la sonrisa empieza a salirle más fácil.

—Te invito una copa, dulzura —dice un hombre a su lado mientras le señala el vaso—. Lo tienes vacío.

El tipo le sonríe con lo que Vivianne supone que es su sonrisa seductora. Lo mira durante un segundo: es delgado, con algo de barba, y viste un traje azul espantoso con una corbata de rombos más fea todavía. Su mente la traiciona y evoca a Juliette Baxter, con su ropa entallada, la mirada de acero y su rostro cincelado. Vivianne se sobresalta; la punzada en su entrepierna ha sido tan inesperada como inquietante, porque no existe relación alguna entre la jodida bruja de su jefa y el deseo sexual repentino que ha empezado a quemarla.

Suelta una carcajada que no ha podido frenar y el hombre frunce el ceño, descolocado. Vivianne sigue riendo y él decide alejarse de esa perturbada con la que solo quería pasar un buen rato.

—¿Estás bien? —Bill por fin vuelve y su mirada baila entre el rostro de Vivianne y el vaso de whisky vacío.

—Estoy genial, Bill —sonríe contenta—. ¿Por qué no me sirves otro?

El hombre la mira con desconfianza, pero igualmente coge el vaso de la barra.

—Siéntate en aquella mesa —le señala una que está en una esquina, la que habitualmente elige cuando va al bar—. Ahora te lo llevo.

Vivianne no pregunta, solo asiente y se baja del taburete. El mareo la golpea con tanta fuerza que tiene que aferrarse a la madera con las

dos manos. Cierra los ojos un instante y coge su maletín para caminar hasta la mesa.

Unos minutos después, Bill se acerca a ella con el móvil en la mano y una botella de agua. Vivianne frunce el ceño; si quisiera agua se la hubiera pedido, pero antes de que pueda quejarse, el hombre le ofrece el teléfono.

—Es Vicky —le anuncia en voz baja—. Habla con ella, te vendrá bien.

A Vivianne se le humedecen los ojos y Bill le regala una sonrisa. Ella asiente, coge el aparato y se lo lleva a la oreja.

—Joder, cómo te echo de menos —es lo primero que dice, y Vicky suelta un bufido.

—Yo también, cielo, pero más echo de menos un buen coño. Necesito volver a casa ya —Vivianne suelta una carcajada que de inmediato la hace sentir mucho mejor—, pero ese tema lo dejamos para otro día. ¿Cómo estás? Bill me ha dicho que llevas días yendo y que hoy no se te ve especialmente bien.

Vivianne bufa. Son tantas cosas las que la asfixian últimamente que no sabría ni por dónde comenzar.

—La búsqueda de piso está siendo un infierno, hace unos días interrumpí a mi hermana con su novia mientras lo hacían en el sofá y mi jefa ha venido desde Chicago a hacer mi vida más miserable —Vivianne hace una pausa—. La detesto.

Vicky sonríe al otro lado de la línea; su amiga tiene un carácter de esos que no sabes cuándo te puede estallar en la cara, pero difícilmente odia a alguien.

—¿Qué te ha hecho? —pregunta Vicky—. Porque algo tuvo que orquestar para que acabaras emborrachándote sola en el Billi's.

Vivianne empieza a contarle a su mejor amiga desde el momento en que Juliette Baxter irrumpió en su despacho como si fuera la mismísima dueña de la empresa. La forma en que le da órdenes sin ningún tipo de educación y cómo, tras el pequeño acto de venganza de Vivianne poniéndola en una oficina minúscula, la directora ejecutiva de Axis se ha instalado en su propio despacho.

—Joder, menuda perra —suelta Vicky al escuchar toda la historia—. ¿Cuánto tiempo se queda en la ciudad?

—En principio un mes, pero eso no es lo peor, Vicky —dice Vivianne, y su voz suena ahogada. Da un buen trago a la botella de agua—. Es que en la lista que trajo de Chicago figura Sloane.

Victoria Bob hace un sonido de terror, muy parecido a cuando alguien te asusta por la calle y terminas llevándote la mano al pecho.

—Pero si Sloane es de las más capacitadas que hay en tu oficina, Viv —dice Vicky con conocimiento, porque ha intentado reclutar a la hermana de su mejor amiga durante años—. En cualquier caso, no se va a quedar sin trabajo, eso te lo aseguro porque si Axis decide echarla, yo la contrato.

Vivianne niega con la cabeza y bebe más agua.

—No se trata de eso, Vicky. Ya conoces a Sloane, le cuesta adaptarse a los lugares y, después de algún tiempo, ha logrado sentirse cómoda en Axis —explica—. Además, que su novia trabaje con ella parece que ha hecho que esté más relajada; no sé, la veo diferente. No es justo que quieran prescindir de ella porque la empresa no ha ganado este año lo que habían pronosticado.

Vicky entiende perfectamente a Vivianne, pero siendo una de las socias mayoritarias de su propia empresa, sabe que hay decisiones que son más estratégicas que justas. Se trata de dejar ir al personal prescindible y muchas veces al más costoso, como está muy segura de que es Sloane, porque tanto la experiencia que tiene como la formación académica hacen que le cueste a Axis un buen pico al año.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Vicky, sin querer darle su visión a Vivianne para no agobiarla más.

—Voy a hacer que Juliette Baxter me explique punto por punto los motivos por los que la han elegido a ella entre tantos empleados para ser despedida —Vivianne lo dice mientras va dando golpes secos a la mesa con su dedo índice—. Además, no solo es Sloane, hay otras personas en esa lista que no se lo merecen.

Hablan durante unos minutos más hasta que Vicky tiene que despedirse; a pesar de que en Nueva York son las diez de la noche, en Tokio son las once de la mañana y ella tiene que entrar a una reunión.

—Te he llamado a un taxi —dice Bill, acercándose a la mesa unos minutos después de que Vivianne cortara la llamada.

—Muchas gracias, Bill —Vivianne le devuelve el teléfono con un gesto avergonzado—. Y siento todo esto.

El hombre posa una de sus manos rechonchas en el hombro de Vivianne y lo aprieta con cariño.

—Prefiero que vengas siempre aquí cuando te sientas así —le dice con el rostro muy serio—. En este bar estarás siempre segura.

Vivianne sonríe porque Bill es uno de esos hombres con los que haces un tipo de amistad diferente, alguien con el que nunca quedas o hablas por teléfono, pero que sabes que siempre estará ahí cuando lo necesites.

El taxi llega y Vivianne se medio tambalea cuando se levanta. Bill la acompaña y se asegura de que se suba en la parte trasera. Luego intercambia un par de palabras con el taxista y el coche arranca y se incorpora al tráfico de Nueva York.

Vivianne cierra los ojos, se siente todavía alterada por el alcohol, aunque un poco más ligera después de haber hablado con su mejor amiga. Tiene la mente nublada, pero con los ojos azules de esa inquisidora grabados en el pensamiento, Vivianne decide que mañana Juliette Baxter va a escucharla.

Capítulo 8

—Viv, ¿no te levantas? —pregunta Sloane, asomándose a través de la puerta entornada de la habitación de su hermana.

Vivianne abre un ojo, desorientada; lo tiene como si estuviera lleno de arena.

—¿Qué hora es? ¿Adónde hay que ir? —pregunta con voz rasposa.

Sloane frunce el ceño, abre la puerta del todo y entra en la habitación, haciendo una mueca de asco cuando nota el olor a whisky: eso explica por qué su hermana parece no saber en qué día vive ni dónde se encuentra.

—Hay que ir a trabajar, ¿cuánto bebiste anoche? —pregunta, encendiendo la luz de la mesilla.

Vivianne se tapa los ojos con el antebrazo y los va abriendo muy despacio, adaptándose a la luz.

—Solo me tomé un par de copas en el Billi's.

—¿Un par? —Sloane se cruza de brazos, mirándola, y Vivianne resopla.

—A lo mejor me tomé tres.

Su hermana se ríe y niega con la cabeza.

—Ve a ducharte, haré café y te dejo una pastilla al lado de la taza. Nosotras nos vamos ya, no quiero llegar tarde.

La jefa de la oficina de Axis Nueva York asiente y se deja caer, sintiendo que todo está desordenado en su cabeza además de dolerle como si le hubieran dado con un martillo. Se levanta y se tambalea un momento, mareada, y tras parpadear un par de veces, se va al baño y se mete bajo la ducha. Pone el agua tibia, más bien tirando a fría, y eso la despeja lo suficiente como para que el día de ayer le venga de golpe a la cabeza.

Decide apartar de inmediato la visión de la impertinente de su jefa, porque está en la ducha, está desnuda y pensar en ella la pone nerviosa. Se envuelve el pelo con una toalla y se seca el cuerpo con otra mientras paladea con asco el sabor a whisky rancio. Se lava los dientes y se siente infinitamente mejor, pero le sigue doliendo la

cabeza y está irritada porque no ha oído el despertador y ahora va a llegar tarde a la oficina, cosa que nunca hace.

El café que su hermana le ha preparado antes de irse está en el punto perfecto cuando Vivianne entra en la cocina, vestida con uno de sus trajes, peinada de forma impecable y maquillada algo más de la cuenta para tapar la palidez que le ha dejado la resaca y las marcas oscuras bajo sus ojos.

Toma un sorbo de la taza y suspira de placer; el líquido no quema, pero sí está en ese límite donde un grado más de calor haría que tuviera que apartar los labios de inmediato, está justo como le gusta. Se lo toma con calma porque beber rápido no hará que llegue a tiempo, se toma la pastilla y coge una más para meterla en su bolso porque está segura de que le hará falta para soportar a su jefa.

Pide un taxi para ir a la oficina porque en su estado resacoso y con ese dolor punzante que le atraviesa las sienes con según qué movimientos, no se siente capaz de subir al metro. El trayecto no la ayuda; el movimiento del vehículo le revuelve un poco el cuerpo y el resultado es que cuando se baja del coche se siente mareada como si acabara de tomarse la última copa.

Entra en el edificio con visión de túnel, saludando al de seguridad solo porque lo oye, no porque lo vea. En el ascensor, apoya la espalda en la pared del fondo y deja que el frío le atraviese la tela de la blazer, produciéndole un poco de alivio.

En cuanto las puertas se abren y sale al pasillo, mira su reloj: pasan cuarenta minutos de su hora habitual de llegada, lo que tampoco le parece tan grave teniendo en cuenta todas las veces que llega antes de tiempo porque está muy cargada de trabajo y necesita adelantar, pero entonces recuerda que Juliette le dijo que se reunirían a primera hora para seguir hablando de la lista, y el pulso se le acelera.

—Mierda —masculla para sí, haciendo que sus tacones repiqueteen por el suelo mientras camina a toda velocidad, o a la que le permite su resaca.

Saluda a Amber con la mano y avanza hasta su puerta, pero su asistente la detiene.

—Señora Baxter —dice, de nuevo levantándose de su silla.

Vivianne se detiene en seco y se gira. Quiere decirle que tiene prisa, pero recuerda que Amber intentó avisarla de que Juliette Baxter había colonizado su despacho —y se arrepintió de no haberle

prestado atención—, porque al menos no se le habría quedado la cara de pasmo que se le quedó cuando la descubrió allí dentro, pero, sobre todo, no le habría dado el placer a esa perra de disfrutar de su desconcierto. Así que, aunque necesita entrar en su despacho de inmediato, se toma un momento para atender a Amber.

—¿Qué pasa? No me digas que también duerme aquí —dice de pronto.

Amber abre la boca, sorprendida, pero enseguida se le pasa y se muerde ambos labios para no reírse.

—No es eso, bueno —duda—, no sabría decirle, ya estaba aquí cuando he llegado.

Vivianne levanta las cejas y mira un momento hacia la puerta. No le sorprendería entrar y encontrar a esa mujer acostada en el suelo o durmiendo en un sofá que hubiera hecho traer sin su permiso. De repente, se la imagina tumbada y despeinada, vulnerable, y a Vivianne se le seca la boca, aunque decide atribuirlo a la sed de la resaca.

—Entonces, ¿qué es? —pregunta impaciente.

—Las gafas —Amber se señala sus propios ojos.

Vivianne, que tiene la cabeza abotargada, no es capaz de comprender a la primera. Se queda mirando a su asistente sin entender de qué le habla, porque Amber no usa gafas.

—Las tuyas, jefa, lleva puestas las gafas de sol.

Los ojos de Vivianne se abren de par en par y se lleva la mano a la cara: ahí está el motivo por el que todo el edificio le parecía tan oscuro.

—Joder —dice suspirando—. Gracias, Amber —se gira hacia la puerta y pone la mano en el pomo, pero se detiene antes de entrar—. ¿Puedes traerme un café muy cargado? Y una botella de agua —Amber asiente, divertida—, de las grandes.

—Por supuesto.

Vivianne abre la puerta y entra.

—Buenos días —dice, dejando su bolso con parsimonia, como si no pasara nada.

—Llegas tarde —la voz afilada de Juliette le atraviesa la columna.

Se gira: ahí está, sentada tras su mesa con los ojos azules fijos sobre Vivianne.

—Se me ha complicado la mañana, he tenido...

—No te estoy pidiendo explicaciones, no las necesito. Lo que necesito es que seas responsable y estés aquí a tu hora. Tienes el cargo más alto de esta oficina, y también el sueldo; debes dar ejemplo y demostrar que lo mereces, de lo contrario, a lo mejor es tu nombre el primero que deberíamos incluir en la lista.

Vivianne intenta procesar lo que acaba de escuchar, incrédula. ¿Cómo se atreve esta desquiciada a decirle todo eso si ni siquiera la conoce? El bolso se le cae porque su resaca la tiene completamente torpe y no atina a colgarlo a la primera, pero no se molesta en recogerlo; lo que sí hace es caminar hasta la mesa de su jefa y apoyar las dos manos en la madera.

—Si me quieres incluir en la lista, no te cortes; al fin y al cabo, para eso estás aquí, ¿no? Para hacer limpieza. Haz lo que debas, pero ni se te ocurra volver a insinuar que no estoy comprometida con este maldito trabajo. Me quedo más horas que nadie y vengo antes de mi hora la mayoría de los días, así que antes de abrir esa boca y soltar tu lengua viperina, te sugiero que investigues un poco al personal antes de meterlo en esa lista de mierda que tanto te gusta.

Juliette podría decirle muchas cosas ahora mismo, porque en una situación así, a ella le da igual si la persona que tiene delante es la más rentable de la empresa. Nadie le habla así, primero porque no se atreven y segundo porque si lo hacen, lo hacen solo una vez, pero Juliette está atragantada, agarrada con las dos manos a los reposabrazos de su silla porque al inclinarse hacia delante, la blusa de seda blanca de Vivianne cuelga ligeramente hacia abajo, y como la mujer tiene la mala costumbre de no abrocharse los botones superiores, el resultado es que Juliette Baxter tiene una visión perfecta del escote de Vivianne, y no es de piedra —aunque lo parezca— y solo puede pensar en cuánto le gustaría pasar la lengua entre sus sugerentes pechos.

—¿Me has escuchado? —ladra Vivianne, que siente que la cabeza le da vueltas, probablemente por la mezcla de la resaca con los nervios y la desesperación que le produce esta mujer.

—Perfectamente —reacciona Juliette—, y si te atreves a hablarme otra vez en ese tono...

La puerta se abre tras un par de golpes que ninguna ha atendido, y Amber entra con una bandeja en la que lleva una jarra de café recién hecho, dos tazas, azúcar, un cartón de leche y la botella de agua que Vivianne le ha pedido.

—Perdón por interrumpir —dice, haciendo malabares para sostener la bandeja sin que algo se le caiga—. ¿La dejo aquí? —pregunta la asistente mirando a su jefa, señalando la esquina de la mesa de Vivianne con la cabeza.

—Sí, Amber, ahí mismo. Gracias —dice Vivianne.

La chica asiente y abandona el despacho con rapidez, cerrando la puerta al salir.

—¿Ahora has convertido esto en un hotel? —lanza Juliette—. Amber está ahí para facilitarte el trabajo, no para que...

—No me agobies, joder —la corta Vivianne, y de inmediato se da cuenta de que se acaba de pasar, pero la cabeza la está matando y cada vez que Juliette Baxter le habla, siente un ligero temblor en el cerebro que le provoca descargas de dolor constante.

Juliette, impresionada e irritada a partes iguales, se levanta y rodea la mesa sin saber exactamente lo que va a decir, pero dispuesta a poner a esta mujer en su sitio y a dejarle claro que una insubordinación más y le pondrá la carta de despido delante en menos de una hora.

Vivianne separa las manos de la mesa —donde todavía estaba apoyada— y, cuando se incorpora y se gira para ir hacia la suya y hacerse un café, un mareo repentino y muy poco oportuno la hace trastabillar y tropezar con sus propios pies. El resultado es que se tambalea hacia un lado, el equilibrio perdido por completo, segura de que esto acaba con ella en el suelo para regocijo de la perra, que se deleitará observándola desmadejada sobre la moqueta en una pose de todo menos digna. Eso lo piensa Vivianne en una fracción de segundo, pero la caída nunca llega a producirse porque una mano firme se cierra sobre su brazo izquierdo y tira con fuerza de ella hasta que impacta con el cuerpo de Juliette Baxter, que le pone la otra mano en la cintura para estabilizarla.

Vivianne no sabe cómo explicar lo que pasa cuando levanta la mirada y se encuentra con los ojos azules de Juliette frente a los suyos. Por inercia y porque todavía no se siente muy segura de su propio cuerpo, ella se agarra con las dos manos a la cintura de la mujer, y los pulmones se le vacían en una exhalación que suena como un jadeo: Juliette le está mirando la boca. Es Vivianne la que se mueve hacia delante —probablemente poseída por el embrujo de esta mujer o porque todavía hay demasiado alcohol en su cuerpo que no la deja pensar con claridad— y estrella sus labios contra los de su

jefa, y Vivianne no puede responder a todas las preguntas desconcertantes que pasan por su cabeza mientras eso sucede: la primera, ¿por qué no se aparta? Ha cometido un error, eso está claro, pero sus labios siguen pegados a la boca de Juliette, que al principio se ha quedado congelada un segundo, aunque ha reaccionado enseguida y su lengua se ha abierto paso entre los labios de Vivianne.

La segunda, y la que más le preocupa, es entender por qué tener la lengua de esa mujer dentro de su boca le está gustando tanto. Vivianne tiene el abdomen apretado de pura tensión y siente un cosquilleo demasiado agradable entre las piernas mientras una de sus manos —que al parecer tampoco controla— se ha pegado a la nuca de Juliette para asegurarse de que el beso no se detiene. A ella le gustan los hombres, Vivianne jamás ha pensado en una mujer de este modo, y eso que ha acompañado a Vicky Bob decenas de veces a locales de ambiente y se ha movido mucho en un entorno de mujeres lesbianas porque su hermana y su mejor amiga lo son.

La mano de Juliette en su cintura se aprieta y Vivianne siente una descarga eléctrica cuando la mujer jadea contra su boca. Entonces suena el teléfono de su mesa, pero Vivianne está tan entregada a ese beso que jamás debería haberse producido que necesita que suene tres veces antes de reaccionar y apartarse.

Ninguna se mueve de inmediato y el aparato deja de sonar, dejando a Vivianne con un zumbido en los oídos y todo el cuerpo vibrando con una necesidad que reconoce muy bien y que no puede explicar. Levanta la mirada al cabo de unos segundos y se encuentra a Juliette en el mismo sitio que la ha dejado, mirándola fijamente con una severidad que le aprieta la garganta.

—Te he besado —dice, como si necesitara confirmarlo porque todavía no se lo cree.

—Sí —responde Juliette.

A Vivianne le iría bien que esta mujer no fuera tan parca en palabras en este momento, que tomara las riendas de la situación y dijera cualquier cosa que acabara con esa incomodidad.

—No sé por qué lo he hecho, anoche salí y tengo la cabeza...

—Me da igual lo que hagas fuera de aquí —la corta Juliette—, pero sí me importa lo que haces aquí. No puedes ir por la oficina besando a la gente.

Los ojos de Vivianne, que hasta ahora permanecían medio entornados porque los párpados le pesan, se abren de golpe.

—Yo no voy por ahí besando a nadie...

—¿No? —pregunta Juliette, arqueando una ceja perfecta que convierte su expresión pétrea habitual en algo más relajado y provocador al mismo tiempo—. No es lo que me ha parecido.

—Tú también me has besado, me has... —Vivianne duda un segundo—. Me has devuelto el beso.

—Soy educada.

—¿Qué? —Vivianne piensa que esto tiene que ser una pesadilla.

—Escúchame bien —se acerca Juliette con ese tono que utiliza cuando quiere sonar amenazante—. Me da igual que estés resacosa y que eso no te permita comportarte como una mujer adulta, aquí se viene a trabajar. No vuelvas a llegar tarde, no vuelvas a venir en este estado y no vuelvas a besarme. ¿Lo has entendido?

Vivianne asiente, porque está tan desconcertada con lo que ha hecho que no puede detenerse a analizar el comportamiento extraño de esta mujer. En algo sí que tiene que darle la razón: no puede venir a la oficina en este estado y desde luego no puede ir por ahí besando a la gente, y mucho menos a ella. ¿Qué coño le pasa?

—Lo siento —dice, mirándola a los ojos.

Juliette traga saliva y se mete las manos en los bolsillos de su pantalón entallado para esconder el temblor que esa mujer ha dejado en su cuerpo.

—Bebe café y despéjate, nos reuniremos más tarde para seguir con el trabajo pendiente.

Juliette coge su chaqueta y sale del despacho, dejando a Vivianne a solas con su desconcierto. Piensa en llamar a Vicky Bob porque necesita contarle lo que acaba de pasar, pero recuerda el cambio horario y maldice a su mejor amiga por haberse marchado del país. Decide ir a ver a Sloane y contárselo a ella, pero se lo piensa mejor y se sirve un café antes de sentarse en su silla. Antes de hablar con nadie, debería descubrir por qué demonios ha sentido el impulso de besar a esa mujer, pero por más vueltas que le da, Vivianne no encuentra la respuesta, o no está preparada para asimilarla.

Capítulo 9

Juliette camina a largas zancadas, con las dos manos en un puño y la barbilla levantada. El corazón le late con tanta fuerza que le duele el pecho y no encuentra la forma de calmarse. No sabe adónde ir y por un momento se detiene en medio del pasillo donde solo se oyen los tecleos y un eventual murmullo. Mira de un lado a otro y decide caminar hasta el fondo; recuerda haber visto un baño y, si no lo encuentra, cualquier despacho le puede servir, incluso el que Vivianne le asignó como si ella fuera una becaria del departamento de Recursos Humanos.

Agradece su buena memoria porque cuando gira en la esquina, se encuentra de frente con la puerta de los servicios. La empuja y observa una hilera de seis lavamanos y, frente a estos, unos cubículos. El pensamiento es estúpido, pero Juliette Baxter lleva años sin entrar a uno de estos en Axis. Su despacho tiene un baño privado y en todas las oficinas a las que van le asignan un despacho que incluye uno que solo ella pueda usar. La única que se ha atrevido a denigrarla ha sido Vivianne Fox y eso va a pagarlo muy caro a pesar de... mierda.

Se encierra en uno de los pequeños cubículos y pega la espalda a la pared. Tiene calor, mucho, así que se afloja el nudo de la corbata y se desabotona el chaleco.

—Cálmate —susurra, y el mero hecho de escuchar su propia voz la tranquiliza; ha podido hablar y eso ya es buena señal.

Vivianne Fox, la directora de la oficina de la ciudad de Nueva York, esa morena imponente de rasgos finos y unos pechos que parecen un manjar, la ha besado. No ha sido un beso cualquiera, un error, un tropiezo; no, ha sido con lengua, con dientes y unos cuantos jadeos incluidos. El sexo le palpita y cuando levanta las manos las ve temblando tanto que tiene que sacudirlas para intentar estabilizarse. Busca en su cabeza un solo motivo para que su traicionero cuerpo le haya devuelto el beso a esa mujer, porque Juliette Baxter no es de las que pierden el control por un par de tetas por muy espléndidas que

parezcan. Ella es una persona creada bajo el más estricto control, de las que saben detener cualquier situación, sobre todo de este calibre, y perderlo de esa manera la trastorna hasta hacerla sentir enferma. Tiene que buscar la manera de enderezar esta situación, volver a tomar las riendas, y mientras lo analiza llega a una conclusión: a pesar de lo atractiva que le puede parecer Vivianne, Juliette reaccionó de esa manera porque su cuerpo lleva mucho tiempo sin sentir una piel caliente a su lado. A ella no le cuesta encontrar compañeras para pasar un buen rato en la cama, pero últimamente no ha tenido tiempo ni ha estado especialmente entusiasmada, sin contar el fracaso rotundo de sus últimas dos citas. Tiene que ser eso, claro que es eso: una mujer atractiva que la reta y luego la besa; cualquiera en su lugar habría actuado igual. Sabe que tiene que recomponerse de alguna manera, así que saca su teléfono móvil y decide llamar a la única persona que la va a escuchar, no la juzgará y seguramente la zarandeará tan fuerte que Juliette entrará en razón.

—Tienes que estar metida en un problema muy gordo para que hayas decidido llamarme, Juliette Baxter —es lo primero que escucha cuando, después de dos tonos, su interlocutora contesta el teléfono.

Juliette cierra los ojos un segundo; quiere y odia a esa mujer, no a partes iguales porque tiene la sensación de detestarla más, pero de una u otra manera Elizabeth Thompson ha estado allí para ella desde que apenas era una joven de veinte años completamente perdida sin saber qué hacer con su vida.

—Dime que estás en Nueva York —le pide la directora ejecutiva de Axis.

—Veo que estás completamente jodida —resopla la mujer, y el aire frío de su voz le llega a Juliette de lleno—. Sí, estoy en casa. Pásate a la hora de la cena; te estaré esperando.

La llamada se corta y Juliette suspira y parte de ese agobio que empezaba a mermar su existencia se va serenando. Se toma unos minutos y, mientras recuerda a aquella exuberante instructora de yoga, repite los ejercicios que le enseñó hace ya algún tiempo.

Cuando la puerta del despacho de Vivianne Fox se abre de nuevo, la mujer que entra no es el manojo de nervios que ha salido hace minutos con una mano invisible estrangulándola con fuerza. La que entra es la directora ejecutiva de Axis USA con la mirada encendida y el gesto afilado, sin mirar a la morena que está allí fingiendo estar concentrada trabajando. Se sienta en su silla, desbloquea su portátil

y teclea. Al cabo de dos segundos la odiosa música que identifica una llamada entrante suena llenando el silencio que hasta ahora había.

—Buenos días, Juliette —saluda Heather cuando la pantalla se ilumina y aparece la asistente personal—. ¿Qué necesitas?

—Necesito que redactes un comunicado y lo tengas listo esta misma tarde —dice Juliette mientras Heather asiente—. La semana que viene tengo una de las reuniones quincenales para revisar el avance del plan de recortes.

Heather baja la mirada y apunta lo que su jefa le va diciendo.

—La directora de la oficina de Nueva York no ha entregado la lista que se le ha pedido, por lo que se me está haciendo difícil empezar a cumplir con los plazos —Juliette nota cómo Vivianne levanta la mirada, pero ella la ignora—. No está siendo todo lo colaborativa que se esperaba, así que tomaré las riendas y seré yo quien elabore esa lista.

—Necesitarás el registro de todos los empleados de esa oficina —dice Heather mientras sigue escribiendo—. Espero poder enviártelo en una hora.

Vivianne siente que el suelo bajo sus pies se va abriendo y el calor quema porque debajo está el infierno y la reina del inframundo, frente a ella. ¿Juliette está tomando represalias poco profesionales por el beso? No sabe qué pensar ni mucho menos qué hacer porque es la primera vez que está en una situación como esta.

—No olvides incluir a los empleados temporales —pide Juliette con tranquilidad, como si estuviera solicitando una taza de té.

—Me pongo a ello —anuncia la chica—. Llámame si necesitas algo más.

Juliette asiente y cuelga. De reojo, la figura tensa de Vivianne se pone de pie y enseguida sus tacones repiquetea hasta quedar frente a su mesa.

—Si lo que estás haciendo...

—Lo que estoy haciendo es mi trabajo —Juliette se pone de pie y se ajusta la corbata sin apartar los ojos de los de Vivianne—, algo que tú, por lo visto, ignoras por completo.

Vivianne da un paso hacia atrás; ese olor dulce con toque ácido le inunda las fosas nasales y la desestabiliza por un momento.

—Te sugiero que cuides esa boca, Vivianne —Juliette lo suelta, y sus ojos hacen una rápida bajada a sus labios; Vivianne siente el

calor en el vientre—, te ocupes de tus asuntos y me dejes hacer lo que he venido a tramitar en esta oficina.

Y con esa última frase, Juliette vuelve a sentarse en su silla y se centra en su ordenador. Vivianne vacila unos segundos sin saber qué hacer y entonces decide volver a su mesa porque la resaca aún está ahí y no siente que tenga la fuerza necesaria para enfrentarse a todo lo que está ocurriendo hoy.

A las seis de la tarde, Juliette se sube en un taxi con un suspiro cargado de alivio. Le duele el cuello y los músculos de la espalda por la cantidad de horas que ha estado en tensión. Tras ese breve intercambio con Vivianne, el despacho se ha mantenido en silencio durante un largo rato hasta que la morena se ha puesto de pie y le ha entregado la maldita lista que llevan pidiendo desde Chicago al menos dos meses. Juliette ha tomado la decisión de revisarla ella primero y mañana la discutirá con Vivianne, porque hoy ha llegado a su límite y lo único que necesita es un buen vaso de whisky y relajarse.

Cuando el taxi entra al vecindario de Forest Hills Gardens, a la mente de Juliette vienen muchos recuerdos de golpe. No puede contar las veces que estuvo allí, cómo soñaba vivir en un sitio como ese algún día y lo bien que la hizo sentir Elizabeth en esa época. Juliette la conoció cuando tenía diecinueve años y trabajaba horas sueltas en una empresa de catering que pagaba bien y que podía compaginar con sus estudios. Ya había tenido algunas experiencias con otras mujeres, incluso se había enamorado una vez, pero cuando Elizabeth le habló con ese tono bajo y firme, supo que estaba completamente perdida. Durante un año tuvieron una tórrida aventura; Juliette recuerda noches enteras sin parar de follar con una mujer que, aunque veinte años mayor que ella, tenía una libido que la dejaba exhausta. La relación jamás prosperó: Elizabeth se encargaba del millonario negocio familiar ante la prematura muerte de su padre, no había salido del armario ni tenía tiempo para embarcarse en un romance, y de alguna manera a Juliette no le importó porque surgió una amistad que hasta ahora perdura. Elizabeth se convirtió en su mentora y con eso en la única persona que realmente conoce a Juliette.

—Agradécele a la vida esos buenos genes y que esa pinta horrible que tienes es temporal —es el saludo con el que la recibe Elizabeth—. Anda, pasa.

Juliette le besa la mejilla y sigue caminando. A sus setenta años, Elizabeth Thompson sigue siendo una mujer atractiva y condenadamente directa, pero que adora a Juliette por sobre todas las cosas.

—¿Dónde está Tina? —pregunta Juliette cuando se sienta en uno de los sofás y su amiga en una butaca frente a ella.

—Visitando a su nieto —Elizabeth mueve la mano como si estuviera espantando a una mosca.

Después de pasarse media vida detrás de chicas bastante más jóvenes que ella, una muy heterosexual afroamericana de su misma edad atrapó por completo a Elizabeth en medio de la compra de un grupo empresarial que haría competencia al marido de Tina. La mujer acabó rompiendo su matrimonio y yéndose a vivir su idilio lésbico, que después de dieciocho años sigue intacto. Ahora pasa algunas tardes visitando a su nieto y Elizabeth se queda en casa; no es demasiado cercana a los niños.

—Pero cuéntame, ¿qué ha pasado? —Elizabeth señala el vaso de whisky perfectamente colocado sobre un recuadro de madera en la mesa baja—. No es habitual que me llames de esa manera. ¿Es Clarice?

Juliette niega con la cabeza y toma un sorbo de su bebida. Cierra los ojos un segundo y el ardor le baja despacio por la garganta.

—Mi madre está bien; sigue internada culpándome de todo lo que se le ocurre, pero bien.

—Esa vieja bruja no se morirá nunca —Elizabeth lo dice como si estuviera hablando de cualquier cosa menos de la madre de la mujer que está frente a ella.

Juliette sonríe porque su amiga siempre ha estado de su lado y, sobre todo, es la persona que más odia en el mundo a Clarice Baxter.

—Es algo del trabajo —lo suelta porque no puede seguir callándoselo—. He tenido un acercamiento... con alguien.

Elizabeth levanta una ceja y bebe de su agua con gas. Hace dos años el médico le prohibió el alcohol y ella provocó un incendio en su patio trasero que afortunadamente solo acabó en una multa, y desde entonces compra el agua con gas más cara que se pueda permitir y la bebe con una rodaja de lima traída de Brasil.

—¿Un acercamiento significa que follaste con una empleada y ahora tienes miedo de que te denuncie por acoso? —pregunta, intrigada.

Juliette no había pensado en eso. Técnicamente fue Vivianne quien la besó, pero ella también lo hizo y, siendo su jefa, todo podría malinterpretarse. Sin embargo, algo muy en el fondo le dice que Vivianne Fox no es de las que van haciendo falsas acusaciones para joder al resto. Estuvo meses para entregar una lista de posibles empleados que serán despedidos como si, en vez de sacarlos de la empresa, fuera a ejecutarlos en un paredón y ella quisiera evitarlo. Está segura de que Vivianne es de las buenas.

—Ella me besó y yo le devolví el beso. No pasó nada más. Pude controlar la situación.

—Hay algo que no me estás diciendo —Elizabeth cruza una pierna con elegancia—. Porque un simple beso no te traería hasta mi casa.

Juliette vuelve a beber otro sorbo, esta vez uno más largo, porque de alguna manera quiere arrancarse el sabor de la saliva de Vivianne de los labios.

—Ese es el problema, que no sé qué me pasa —suspira y echa la cabeza hacia atrás—. Ya sabes cómo me pongo cuando vengo a Nueva York, pero desde que la vi todo se siente... no sé, diferente.

Elizabeth frunce los labios, pero no dice nada; la escucha sin interrumpirla.

—Me lleva la contraria, me ha contestado varias veces e incluso hoy me gritó que no la agobiara —Juliette sacude la cabeza—. Es irritante y...

—Te gusta —la corta Elizabeth con una sonrisa casi macabra—. Eso es lo que te pasa, que esa mujer te atrae de una forma diferente. ¿No es así? ¿Hace cuánto nadie contradice a la gran Juliette Baxter?

Hay un duelo de miradas entre las dos mujeres. Elizabeth la observa y le es inevitable no recordar a esa joven Juliette arrogante e indomable que juró no permitir que nadie más le pusiera un pie en el cuello. Esa que también cerró su corazón a cualquier mujer y que a las pocas que dejó entrar las acababa aburriendo porque terminaban haciendo lo que ella quería. Unas marionetas carentes de emoción, unas muñecas para calentar la cama, nada más.

—No me gusta —asegura Juliette—. Llevo mucho tiempo bajo presión, la empresa está haciendo recortes, además esta maldita ciudad...

—Juliette —vuelve a cortarla Elizabeth—. Nueva York es solo una ciudad y créeme, tú eres más grande que eso. Puedes estar en cualquier sitio; ese no es el problema.

—¿Y entonces qué es?

Elizabeth vuelve a sonreír, esta vez con un halo de misterio.

—No seré yo quien te lo diga, pero tienes cincuenta años, Jul —la llama por ese diminutivo que usaba cuando estaban juntas hace tres décadas—. Ese tipo de soledad no es buena; has entregado tu vida a una empresa que no es tuya, a una madre que no lo merece y a cuerpos que ni siquiera recuerdas. Creo que es momento de que empieces a madurar, ¿no lo crees?

Juliette levanta ambas cejas.

—¿Piensas que soy una inmadura? —pregunta y levanta el cuello como una cobra.

—En cierta manera, sí —afirma la mujer mayor—. Has dejado una parte de tu vida aparcada para completar otra que ya está más que lista desde hace mucho. Es momento de dejar de intentar demostrarle al mundo que estás hecha de acero y empezar a buscar el camino del que te desviaste hace tiempo.

La puerta se abre y Juliette gira la cabeza. Tina aparece en el comedor con una sonrisa radiante y entonces puede ver cómo a Elizabeth se le ilumina la mirada. Su amiga se pone de pie para besar a su mujer y ambas se quedan enganchadas durante unos segundos en un largo abrazo.

—Juliette, querida, tanto tiempo sin verte —ambas se acercan y se saludan con cariño—. Estás preciosa, como siempre.

Elizabeth le guiña el ojo y Juliette sonríe. A veces se lamenta no venir más a menudo a visitarlas cuando en ese sitio se siente tan bien.

—Vamos a la cocina; la cena está en el horno —dice Elizabeth, y las tres mujeres caminan en fila india.

La mente de Juliette se ha quedado en un estado que no sabría definir. Piensa en lo que ha experimentado desde que llegó a Nueva York, en Clarice, en Axis y en Vivianne Fox. En sus besos, en su respiración acelerada y esos ojos que dicen más de lo que seguramente ella estaría dispuesta a admitir, pero sobre todo en lo que le ha dicho Elizabeth y en todo ese tiempo que Juliette ha decidido mantener las distancias y cuidar ese corazón que tantas veces fue maltratado por su propia madre.

Se pregunta qué pasaría si dejara entrar a alguien, si dejara entrar a esa morena que ha puesto su cordura patas arriba en apenas unos días.

Capítulo 10

Vivianne está en el sofá del apartamento de Sloane; tiene un vaso de whisky —algo que está empezando a ser una costumbre que se repite demasiado— en una mano, y el móvil en la otra mientras observa la pantalla en negro con frustración. No sabe cómo gestionar el día que ha tenido: la resaca que ha arrastrado hasta después de comer, llegar tarde al trabajo, la discusión con Juliette y el beso. Nota un tirón en el estómago al recordarlo, y un pequeño jadeo de ansiedad se le escapa entre los labios. No entiende qué tipo de fuerza divina la ha empujado a hacerlo y lleva todo el día tratando de convencerse de que ha sido culpa de la resaca: su mente estaba nublada, eso seguro, y no podía pensar con claridad. Además, esa mujer no dejaba de regañarla; Vivianne estaba harta de escucharla y ha decidido cerrarle la boca de la peor manera que se le podía ocurrir.

Cuando ha salido de la oficina, quería ir al Billi's —era lo único que le apetecía—, sentarse en la barra como ayer y beber hasta caer redonda, o con suerte hablar un rato con Vicky Bob y contarle lo que había hecho. Vivianne no puede imaginarse la reacción de su amiga cuando sepa que ha besado a una mujer, por más que lo intenta; Vicky es tan impredecible que puede aplaudir y decir que por fin ha encontrado el camino correcto, o quedarse callada porque su cerebro cortocircuita cuando recibe información que no comprende.

Quería ir allí, pero tenía una cita programada para ver un apartamento bastante cerca de la oficina que, por las fotografías que ha visto, le interesa bastante. Ha venido a casa para ducharse y cambiarse porque la visita no era hasta las ocho, pero justo cuando acababa de salir de la ducha, el agente de la inmobiliaria la ha llamado para decirle que necesitaba aplazar la cita para el día siguiente. Vivianne estaba desnuda en ese momento y, por un instante, ha pensado en vestirse y salir para ir al Billi's, pero ha decidido que ya había tomado demasiadas decisiones malas por hoy y que lo mejor era quedarse en casa.

Se ha servido una copa —esto también es mala idea y lo sabe— pero necesita anestesiar ese cerebro suyo que no para de recordarle que ha besado a Juliette Baxter, a esa jefa impertinente e insoportable que además es una mujer.

Ha llamado a Vicky Bob porque necesitaba soltarlo, pero su amiga debe de estar en alguna reunión —una mujer la descarta porque Vicky no conecta con las asiáticas y está en modo celibato hasta que vuelva— y no le ha cogido el teléfono ni le ha devuelto la llamada. Así que sigue ahí, esperando a que vuelva su hermana mientras decide si le cuenta lo que ha hecho o no.

Escucha el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta y la risa contagiosa de Jenna. Vivianne mira su reloj y deduce que Jenna pasará la noche en casa y ella tendrá que ponerse tapones en los oídos —igual que su hermana todas las noches— porque no quiere escuchar nada que no debe, y menos ahora que ha besado a una mujer y su mente está tan confundida. Sin duda, necesita un jodido apartamento de una vez y salir de este donde reina el lesbianismo, algo que ahora no necesita.

—Hola, Viv —saluda Sloane, con los ojos clavados en su vaso de whisky mientras Jenna cierra la puerta y le dedica una sonrisa amable al girarse.

—¿Qué tal? —pregunta Vivianne, con las piernas recogidas sobre el sofá y la mirada clavada en el líquido ambarino de su vaso.

Sloane se queda quieta junto a la puerta, mirando a su hermana con el ceño fruncido. Está preocupada por ella; lleva un par de semanas muy irascible, visitando demasiado el bar de Bill y bebiendo cada tarde. Deja su bolso en el colgador y camina directamente hacia el sofá, sentándose a su lado izquierdo mientras Jenna se sienta en un sillón sin saber si debe quedarse o irse a la cocina a preparar la cena, porque ha visto la cara de Sloane y sabe que lo que viene es una conversación seria; pero como su chica no le ha pedido que estén a solas, se queda.

—Viv —empieza Sloane, girándose hacia ella.

—He besado a Juliette Baxter —suelta Vivianne antes de llevarse el vaso a los labios.

Sloane se siente como si acabara de darse de frente contra una pared. La confesión de su hermana la deja tan impactada que le pasa como a Vicky Bob: el cerebro se le funde y no sabe qué decir, así que Jenna decide intervenir.

—¿A Juliette Baxter, la directora ejecutiva de Axis? —pregunta con un deje de humor que no puede controlar.

—Sí.

—Vaya... —dice Jenna, entre impresionada y divertida.

—¿Por qué la has besado? —reacciona Sloane, aunque todavía no está centrada del todo.

—No lo sé.

—Pero... —Sloane se detiene unos segundos, se aprieta el puente de la nariz y cierra los ojos con fuerza. Cuando los abre, se siente más despejada—. ¿Tenéis algo? Es decir, ¿desde cuándo te gustan las mujeres? Estoy muy confundida ahora mismo, Viv.

—Pues imagínate yo.

—¿Qué me imagino? ¿Estás confundida? ¿Te gustan las mujeres? Es que...

—Sloane, creo que no estás ayudando —la interrumpe Jenna.

Sloane coge mucho aire y lo suelta despacio, girándose por completo hacia su hermana.

—Vale, empiezo otra vez...

—No hace falta que empieces nada, Sloane; yo te lo cuento —suelta Vivianne, que se siente sofocada y saturada al mismo tiempo—. No la soporto: es impertinente, maleducada, soberbia y no parece tener filtro para decir todo lo que piensa. No la soporto, me saca de quicio la mayor parte del tiempo que paso con ella, que en el trabajo es todo, porque ha ocupado mi despacho —Vivianne se detiene para dar el último trago, que paladea con deleite—. Me corrige y me dice lo que tengo que hacer, y no duda en señalar cada punto en el que considera que hago mal mi trabajo; hasta me ha amenazado con incluirme en la lista de despidos. En resumen, es odiosa, y es una mujer, y yo la he besado, y ahora me siento más perdida que nunca.

Vivianne exhala con fuerza y deja el vaso vacío a su lado en el sofá. Sloane lo coge y lo pone sobre la mesa.

—Vale —dice Sloane—. Podemos desgranar esto un poco a ver si sacamos algo en claro, pero la primera pregunta que me viene a la cabeza es: ¿por qué la has besado si no la soportas?

—No tengo ni idea. Estaba ahí, delante de mí, con esos ojos azules clavados en mí mientras me amenazaba. Necesitaba que cerrara la boca; me dolía la cabeza y estaba mareada, y no sé, de repente estaba ahí, recorriendo sus dientes con la lengua... Dios mío —Vivianne cierra los ojos y se frota las sienes.

—¿Ella te ha devuelto el beso? —pregunta Jenna.

—Sí —contesta sin abrir los ojos.

—¿Te gusta? —pregunta Sloane—. Quiero decir, ya has dejado muy claro que no la soportas —aclara cuando su hermana abre los ojos de golpe—, pero una cosa no es excluyente de la otra, ¿no?

—A mí no me gustan las mujeres, Sloane; jamás he sentido ningún tipo de atracción ni he mirado a ninguna como...

El aire se le escapa de los pulmones y la deja sin aliento.

—Supongo que ibas a decir «como la miras a ella» —trata de ayudar Sloane.

Vivianne parpadea.

—Puede que la mire un poco —admite—. Me llama la atención su forma de vestir. Los trajes le quedan odiosamente bien y, aunque parece masculina en algunos aspectos, es muy femenina en otros. ¿Por qué estoy hablando de esto? —pregunta irritada.

—Porque has besado a Juliette Baxter —le recuerda Jenna, divertida.

La jefa de Axis Nueva York se deja caer hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo mientras mira el techo del apartamento.

—¿Ella qué ha dicho al respecto? —pregunta Sloane.

—¿Al respecto de qué?

—Del beso, Viv —dice Sloane, con los ojos en blanco—. Algo habrá dicho, ¿no?

—*Me da igual que estés resacosa y que eso no te permita comportarte como una mujer adulta; aquí se viene a trabajar. No vuelvas a llegar tarde, no vuelvas a venir en ese estado y no vuelvas a besarme. ¿Lo has entendido?*

Vivianne recuerda sus palabras de golpe y la mandíbula se le tensa. ¿Quién se piensa esa mujer que es para decirle lo que tiene que hacer? O peor, para prohibirle cosas.

—Ha dicho que no volviera a hacerlo —susurra Vivianne.

Jenna ladea un poco la cabeza y se aparta algunos mechones de la cara que han caído de su desastroso recogido.

—No lo entiendo; dices que te ha devuelto el beso, ¿no?

Desde luego que se lo ha devuelto. Si se concentra, la presión de su lengua recorriendo su boca todavía está ahí, y la respiración forzada de Juliette pegada a sus labios como una ventosa. No parecía molesta en absoluto en ese momento, y a Vivianne le irrita de un modo inconcebible que después haya actuado como si no hubiera querido

ese beso. Juliette lo quería, y ella también, y el pensamiento hace que su entrepierna vibre y ella se sobresalte.

—Necesito ayuda; necesito saber qué mierda me pasa o me voy a volver loca.

—Podríamos ir a un bar de ambiente; a lo mejor... —empieza Jenna, pero Sloane la detiene negando con la cabeza.

—No necesito ningún bar, Jenna —dice Vivianne—. No me gustan las mujeres; me gusta...

Se vuelve a detener, aturdida.

—Te gusta ella —completa su hermana—. Y la odias, por supuesto —aclara jocosa.

Vivianne le dedica una mirada fulminante, pero no la rebate porque no encuentra ningún argumento para hacerlo. No la soporta y, al mismo tiempo, se siente atraída por ella de un modo que aún no puede explicar.

—¿Qué hago? ¿Cómo la miro a la cara mañana después de lo de hoy? —pregunta angustiada.

—Como si no hubiera sucedido —aconseja Jenna—. Es lo que está haciendo ella: te devuelve el beso y después dice que no vuelvas a hacerlo. Es contradictorio, pero parece que prefiere ignorar que ha pasado, así que haz tú lo mismo. Habla con ella como si el beso jamás hubiera existido.

—Salvo que quieras tener algo con ella, estoy de acuerdo con Jenna —dice Sloane—. Estás demasiado confundida ahora mismo como para hablar de ese tema con ella. Si no sabes lo que quieres ni eres capaz de determinar si te gusta o solo ha sido pura curiosidad, es mejor que pases del asunto hasta que ella tenga que volver a Chicago.

Vivianne asiente sin saber si se siente mejor o peor por haber confesado lo que ha hecho, porque ahora piensa en Chicago, en que Juliette Baxter solo está en Nueva York de paso, y el pensamiento la incomoda. Un hecho más que añadir a su lista de cosas que no entiende.

Capítulo 11

—Estoy harta de que te quejes por todo —dijo Vivianne con los dientes apretados y las manos cerradas en dos puños.

—No creo que tenga que repetirte que cuides la forma en la que me hablas —la respuesta sale de Juliette con una calma que hace pensar que está tan tranquila que ni siquiera tiene que levantarse para discutir—. Te recuerdo que puedo incluir tu...

Vivianne bufa, interrumpiéndola, y se pasa la mano por el cabello corto. Está cansada de la situación, pero más molesta está por sentir ese fuego entre sus piernas cada vez que las cosas entre Juliette y ella se le escapan de las manos.

Llevan todo el día entre exigencias descabelladas y malas contestaciones. Han tenido dos reuniones con el equipo de Recursos Humanos de Chicago y luego cada una ha estado concentrada en sus propias tareas. La tensión que se respira en el despacho es tan insoportable que Vivianne se ha levantado al menos diez veces de su silla para salir de ahí durante unos minutos y, al volver, ha tenido que escuchar el murmullo quejumbroso de su jefa porque asegura que lo único que hace en la oficina es estar fuera de ella y no cumplir con su trabajo.

—Sí, mi nombre en la lista, ya lo has dicho —dijo Vivianne levantando la barbilla—. Haz lo que te dé la gana, Baxter.

El pecho le retumba, porque esta mujer la está llevando a la locura más absoluta. Sigue pensando en lo mucho que detesta la ciudad de Nueva York, lo asqueada que está de experimentar tanta desesperación cuando está de visita, y ahora encima tiene que aguantar a la irritante mujer frente a ella. El problema, sin embargo, es que esta situación, lejos de asfixiarla, le está causando un cosquilleo que le está costando controlar.

Se pone de pie con ímpetu y, por norma general, las personas siempre retroceden cuando su rostro cincelado se agría más de lo habitual y su lenguaje corporal anuncia que no está nada contenta. No es ninguna sorpresa que Vivianne Fox ni siquiera se mueva.

—Tu actitud deja mucho que desear —dijo Juliette con la voz helada y los ojos fijos en Vivianne—, y que te quede claro que no voy a permitir más insubordinaciones por tu parte.

No lo hace con un motivo macabro, pero es que a Juliette se le ha secado la garganta de golpe al estar tan cerca de esa impresionante boca y tiene que lamerse los labios en busca de algo de humedad, al menos en la parte superior de su cuerpo, porque la inferior es un río turbulento.

—Bueno, al contrario que tú, yo soy educada y mis empleados no me temen —escupió Vivianne con el pecho hirviendo de rabia.

Hay un imperceptible movimiento de labios por parte de Juliette y Vivianne se da cuenta de que, lejos de herirla, a esa bruja le encanta que la gente le tenga miedo. Puede ver en su rostro el regocijo y eso le molesta más aún.

—¿Crees que realmente me...

—No tengo tiempo para esto —la corta Vivianne una vez más, revisando la hora en su reloj y percatándose de que llega tarde a la cita con Oliver en la inmobiliaria—. Tengo que irme.

Juliette aprieta la mandíbula y da un paso adelante.

—No hemos terminado aquí —escupió con un siseo afilado.

Vivianne no se detiene a escucharla. Se acerca a su mesa, bloquea el ordenador y luego coge sus cosas. Los ojos de Juliette son dos brasas que no dejan de mirarla y cuando la jefa de la oficina de Nueva York se está abotonando la chaqueta, el gesto hace que sus pechos se aprieten y sus muslos se le cierran de golpe.

—Aunque te parezca una locura, los horarios laborales se establecieron para algo —dijo Vivianne colocándose el bolso en su hombro—. Entre otras cosas, sirven para que nos podamos organizar con nuestra vida privada.

No vuelve a mirar a Juliette y sale de su despacho sin permitirle ni una palabra más.

El cerebro de Vivianne Fox es un carrusel dentro de un parque de terror: tiene demasiadas cosas en movimiento y, si no va controlando cada una de ellas, se volverá loca. Una de ellas es la búsqueda de apartamento, porque a pesar de que su hermana ni siquiera le ha preguntado cuándo piensa marcharse de su casa, Vivianne sabe que no es saludable seguir ahí, ni para la relación que mantiene con Jenna ni para ella misma, que no recuerda cuándo fue la última vez que tuvo su propio espacio.

Suelta un suspiro tranquilizador cuando entra al ascensor, pero de inmediato se le corta porque, antes de que se cierren las puertas, la custodia de las puertas del infierno —Juliette Baxter— entra con la mirada clavada en su teléfono móvil.

Vivianne exhala ruidosamente, pero la rubia hace oídos sordos. Las catorce plantas que tiene que descender la cabina de metal son los minutos más agobiantes que Vivianne experimenta ese día, porque el olor de Juliette, su respiración calmada y el calor de ese cuerpo entallado en un traje oscuro que le queda espectacular están haciendo que su entrepierna se estremezca con una fuerza imparable.

—Vivianne —una sonrisa que pretende ser coqueta se dibuja en la boca de Kevin Richardson, el gerente de una de las empresas de la planta dieciocho que no deja escapar ninguna oportunidad para invitarla a salir—. Cada vez más guapa.

Juliette aprieta con más fuerza de la necesaria el botón que lleva a la planta cero del edificio. Ese pinchazo molesto que le apuñala el pecho nada tiene que ver con el hombre que mira a Vivianne como si fuera el último trozo de pan caliente en todo el universo.

—Kevin —es el único saludo que sale de la boca de la morena. Está aturdida y enfadada, solo le faltaba encontrarse a este hombre en su camino.

—No has venido a la inauguración de nuestra nueva oficina —Kevin señala las puertas cerradas del ascensor—. Ahora también estaremos en la planta seis.

Vivianne sigue mirando al frente mientras asiente.

—No he podido —se cambia el bolso de hombro—. Demasiado trabajo.

Vivianne se tensa cuando un sonido parecido a una risa corta escapa de la mujer a su lado, como si se hubiera burlado de su comentario. No se gira, porque si clava su mirada en ese azul profundo, no podrá controlarse.

—Hay que disfrutar más y trabajar menos —Kevin intenta ser gracioso—. ¿Qué tal si a final de semana nos tomamos una copa al salir de aquí?

Las puertas del ascensor se abren y Vivianne camina a paso rápido, el mismo que lleva el bendito Kevin Richardson, porque sigue a su lado esperando una respuesta.

—Tengo que revisar mi agenda —le suelta para quitárselo de encima.

—Claro —sonríe el hombre celebrando anticipadamente lo que en realidad será un fracaso—. Me pondré en contacto contigo, entonces.

Vivianne sale a la calle mascullando un par de palabras que Kevin no logra comprender, pero que a él le parecen algo como «lo estoy deseando», y apresura el paso para perderlo de vista.

La inmobiliaria está apenas a un par de manzanas —la única decente de la zona, que eligió por la cercanía a la oficina— pero antes de que Oliver piense que no llegará a su cita, se detiene un segundo para sacar su teléfono. Para su sorpresa, los tacones que oye tras ella son los de Juliette; podría reconocer esas pisadas llenas de odio en cualquier lugar, y antes de que la alcance, reanuda sus pasos mientras manda un mensaje al agente inmobiliario.

Cinco minutos después llega al local comercial y, con el ceño fruncido, se gira hacia su acosadora.

—¿Me estás siguiendo? —brama Vivianne irritada, mirándola a la cara—. Porque pienso poner una queja en Axis por ese comportamiento.

Vivianne incluso la señala con el dedo y Juliette ni siquiera le dedica un segundo para responder: se adelanta un par de pasos y empuja la puerta para acceder a la agencia inmobiliaria.

La jefa de la oficina de Nueva York boquea como un pez y la cara le arde de vergüenza. Se enfurece, más de lo que ya está, porque ese tipo de reacciones que últimamente no puede dominar son culpa de Juliette. Solo de ella y de nadie más.

—Señora Fox —Oliver se acerca a ella con la misma amabilidad que ha demostrado en cada uno de sus encuentros—. Pase por aquí, por favor.

Vivianne intenta no mirar a la mesa que está a pocos metros a su izquierda, donde se ha sentado Juliette frente a una mujer de unos treinta años que sonríe cada dos segundos como si tuviera un tic nervioso.

Se concentra en lo que le dice Oliver: tiene tres pisos que considera ideales —Vivianne está segura de que son un mojón como los que le ha enseñado antes— y le propone días para visitarlos. Le habla de otras zonas, algunas bastante alejadas que ella no duda en rechazar. Sabe que son más accesibles en todos los sentidos menos

en el de pasar más de una hora por trayecto en ir y volver de la oficina.

—¿Le parece que veamos el primero pasado mañana? —pregunta el agente mientras teclea mirando la pantalla del ordenador.

Vivianne abre la boca para contestar, pero el sonido de una risa suave le hace girar el cuello como si acabara de ser poseída por un demonio. No le importa quedarse mirando de esa manera tan poco educada: Juliette Baxter, esa mujer odiosa que nunca ha visto ser amable con nadie, está riendo de algo que ha dicho la chica que la está atendiendo. La agente —Tracy, Tessa, qué más da— la mira con un coqueteo evidente. Se toca el pelo con gracia, inclina el torso un poco hacia adelante e intenta mostrar de forma muy poco disimulada parte de sus pechos.

—Entonces quedamos así —Vivianne vuelve a la realidad y gira la cabeza para ver a Oliver. El hombre sonríe complacido y ella no sabe qué ha aceptado.

—Mándalo a mi correo, Oliver, así no se me olvida —le pide Vivianne para enterarse de lo que han estado hablando mientras ella miraba el coqueteo entre la agente y su jefa.

—Considérelo hecho —Oliver estira la mano y Vivianne se la estrecha, intentando alargar el momento todo lo que puede.

Cuando sabe que no tiene nada más que hacer ahí, decide salir a la calle. Quedarse a espiar a Juliette es objetivamente lo más estúpido que puede decidir hacer, porque entre ellas no hay nada, solo ha pasado un beso —caliente y exquisito— que no va a ir a más, sobre todo porque la irritante rubia le ha dejado todo muy claro.

...y no vuelvas a besarme. ¿Lo has entendido?

Vivianne bufa y camina enfurruñada como si fuera una adolescente a punto de perder la compostura. No lo entiende; le cuesta asimilar todo lo que está experimentando desde la llegada de Juliette a Nueva York, sobre todo ese fuego que le está abrasando la garganta en ese momento, porque se da cuenta de que lo que está teniendo justo ahora no es otra cosa que un tonto ataque de celos.

—Joder.

Capítulo 12

Juliette camina por el pasillo de Axis haciendo resonar sus tacones con fuerza, pero conforme va llegando hacia la antesala del despacho de Vivianne —ahora también el suyo— afloja el ritmo hasta que se queda en la puerta bajo la atenta mirada de Amber, que no se atreve a preguntarle a la directora ejecutiva si necesita algo.

Con la mirada fija en la pared del fondo, Juliette recuerda la discusión de ayer con Vivianne. Ha venido todo el camino pensando en que iba a retomarla y a recordarle a esa mujer de ojos marrones y labios exquisitos que las discusiones solo se acaban cuando ella lo decide, pero ahora, parada ahí mientras observa el cartelito con el nombre de Vivianne Fox junto a la puerta, se recuerda que todavía le quedan unas semanas aquí, no sabe cuántas —espera que pocas— porque parece que hacer esa lista es la tarea más complicada a la que se ha enfrentado nunca, y ya le genera bastante ansiedad estar en Nueva York por motivos ajenos al trabajo como para estar todo el día tensa esperando el momento de abrir la boca para que todo estalle entre ellas.

Reanuda el paso y toma la decisión de tratar de ser cordial con ella, de intentar firmar alguna especie de tregua que les permita trabajar sin sentir ganas de lanzarse objetos —o de saltarle encima y devorarla— durante el tiempo que tenga que seguir en la ciudad hasta finalizar la dichosa lista.

Pone la mano en el pomo y se queda quieta unos segundos otra vez —para desconcierto de Amber, que ya no sabe qué pensar de esta mujer— porque Juliette no tiene la costumbre de rebajarse, y esto es lo que pretende hacer, levantar una bandera blanca como si se estuviera rindiendo, pero si no lo hace ella, tiene muy claro que Vivianne Fox no lo hará.

Gira el pomo y atraviesa el umbral. Para su sorpresa, Vivianne está ahí, ha llegado antes que ella; lo primero que le viene a la cabeza

es hacer un comentario mordaz al respecto, pero detiene su lengua a tiempo y se gira para cerrar la puerta.

—Buenos días —dice, y rodea su mesa para dejar sus cosas.

Vivianne levanta la mirada y abre la boca para responder, pero entonces ve que Juliette está de lado, quitándose la chaqueta para quedarse con otro de sus trajes entallados y una corbata color caoba de la que siente la tentación de tirar; lo que no sabe es si quiere asfixiarla con ella o simplemente dominarla para pegarla a su cuerpo y volver a tener acceso a su boca.

Juliette se gira al no obtener respuesta, irritada, pero se traga otro comentario cuando Vivianne al fin abre la boca.

—Hola.

La respuesta es seca y a Juliette le parece toda una provocación, justo lo que cualquier otro día le daría pie para recordarle cuál es la cadena de mando, pero se esfuerza y se traga sus pensamientos, y se sienta a encender el portátil.

—¿Qué tal la visita que hiciste ayer? —pregunta, y aprieta la mandíbula porque le ha costado una barbaridad hacer esto.

—Seguro que no fue tan interesante como la tuya con esa chica, ¿cómo se llamaba? ¿Tracy? ¿Tessa? ¿Te gustó todo lo que te enseñó?

Juliette necesita unos segundos para ubicarse, porque el comentario la ha dejado completamente descolocada. Cae en la cuenta de que se refiere a la chica que la atendió en la inmobiliaria y no entiende del todo a qué viene el dardo que acaba de lanzarle, pero le da igual, porque ella lo ha intentado y ha sido Vivianne la que ha decidido no aceptar la tregua, y Juliette ha hecho el esfuerzo de rebajarse una vez, pero no lo va a hacer dos.

—Vete —dice, con un tono congelado que hace bajar la temperatura del despacho un par de grados.

—¿Perdón? —pregunta Vivianne, que no sabe si Juliette no la ha entendido al hablar o si simplemente ha perdido la cabeza.

—Ya me has oído. Hoy no tengo ganas de aguantar tus impertinencias y tengo un par de reuniones con la oficina de Chicago que voy a realizar desde aquí, así que coge tu portátil y vete a trabajar a la sala de juntas o al baño, me es indiferente —dice sin mirarla.

Vivianne se echa hacia atrás en su silla, tratando de entender si le toma el pelo o solo quiere provocarla, pero Juliette parece hablar en serio: se ha cruzado de brazos mientras espera a que se mueva.

—No puedes echarme de mi despacho —dice indignada.

—Por supuesto que puedo. Puedo echarte de aquí y también del edificio, así que agradece que sea benevolente. Vete.

El pecho de Vivianne se eleva con un suspiro repentino que casi la hace atragantarse.

—No pienso irme.

La directora ejecutiva de Axis estira el brazo y coge el teléfono de su mesa —una línea que pidió por capricho y que todavía no ha utilizado— y se lo lleva a la oreja por primera vez.

—¿Cuál es la extensión de seguridad?

Vivianne la mira, perpleja.

—¿No me la dices? No pasa nada, tu asistente es muy eficiente cuando se lo propone, ella se encargará.

Juliette se levanta dispuesta a abrir la puerta y Vivianne, indignada y viendo que va en serio, también se pone de pie.

—Espera —dice, y cierra su portátil con un golpe seco, se lo coloca bajo el brazo y se acerca al colgador, de donde coge su bolso.

—Buena chica —murmura Juliette, mirándola con la barbilla levantada.

—Puede que esto me cueste el despido —dice Vivianne cuando Juliette le abre la puerta—, pero eres una perra —susurra muy quedo—, es importante que lo sepas para que busques un adiestrador que te eduque.

Juliette le corta el paso cerrando un poco la puerta antes de que la mujer pueda salir.

—Las perras tendemos a morder —susurra Juliette muy cerca de su oído—, así que ten cuidado.

Abre la puerta de golpe y se aparta, pero Vivianne necesita unos segundos para que la orden llegue desde su cerebro hasta sus piernas, porque ha sentido tal latigazo en pleno coño que no es capaz de pensar en nada coherente ahora mismo.

Al fin, da un par de pasos y la puerta se cierra de forma seca a su espalda, sobresaltándola.

—Esta mañana trabajaré desde la sala dos, necesito estar sola —dice para salvar su orgullo cuando Amber la mira con los ojos como platos.

—Claro, ¿te paso las llamadas allí entonces?

Vivianne aprieta la mandíbula y asiente antes de salir.

A las seis en punto de la tarde, Vivianne, que ha vuelto a su despacho después de comer con Sloane en un bar cercano y desahogarse con su hermana sobre lo zorra que es su jefa, se levanta de la silla y cierra su portátil.

—Tendremos que seguir con esto mañana —dice mirando su reloj —, tengo cosas que hacer.

Juliette decide no protestar, básicamente porque tiene programada la visita a un apartamento y así no llega tarde. Aunque si le dieran a elegir, preferiría cancelarla y seguir revisando nombres en la lista para acabar de una maldita vez, porque hoy solo han podido revisar uno de ellos.

Vivianne rodea la mesa de Juliette sin dedicarle una sola mirada. Desde que ha regresado, ha estado tensa todo el tiempo, respondiendo con monosílabos y aportando lo justo. En cualquier otro momento, Juliette la habría despedido por su falta de interés, pero ha disfrutado tanto castigándola hoy que ha decidido pasar por alto su rabieta de la tarde.

—Muy bien, mañana seguimos. Ven temprano, tengo una reunión a las diez y quisiera quitarme otro nombre de encima antes de esa hora.

—Vendré a mi hora —zanja Vivianne antes de salir y dejar la puerta abierta.

Juliette la observa caminar por la antesala y suelta el aire de golpe, porque han sido tantas las veces que ha contenido sus ganas de cogerla por el pelo y cerrarle esa boca con la lengua, que su corazón no ha latido a un ritmo normal en toda la tarde.

Vivianne sale del ascensor en la planta baja y prácticamente corre hasta la entrada porque necesita que le dé el aire. El guardia de seguridad la mira pasmado y murmura algo cuando ella pasa y se despide con un gesto. Una vez fuera, Vivianne respira con fuerza y cierra los ojos un segundo para intentar dejar atrás el día entre espantoso y humillante que ha tenido por culpa de esa mujer. Cuando abre los ojos tiene muy claro lo que va a hacer a continuación, que es ir directamente al Billi's y beber hasta perder el conocimiento. Se gira para ir a la parada de taxis, pero algo la hace detenerse: es una especie de destello rojo que avanza por la acera en su dirección. Vivianne parpadea: ese destello se convierte en una melena pelirroja que cae suelta por debajo de los hombros de su

dueña en capas desordenadas. Los mechones se mueven con el aire y se mezclan entre ellos mientras la mujer, vestida con su habitual estilo profesional pero sin la etiqueta de los trajes corporativos habituales, camina enfundada en una blusa clara con las mangas dobladas por debajo de los codos, un pantalón de tiro alto que la estiliza y unos tacones medios.

La jefa de la oficina de Axis da un paso adelante con el ceño fruncido, incrédula, y ve con el pulso acelerado cómo los ojos verdes de Vicky Bob la observan con esa mirada analítica que no tiene nada de ingenua, con esa expresión siempre despierta y un destello de diversión al ver la sorpresa que ha provocado en ella.

—¿Vicky? ¿Qué coño...? —Vivianne no termina la frase, porque cuando ve que realmente su amiga está a dos metros de ella, se lanza a sus brazos con tanto ímpetu que ambas están a punto de caerse.

—Me encanta provocar esta reacción en las mujeres —dice Vicky, apretándola con fuerza.

—Espero que no me estés confundiendo con uno de tus ligues y me toques el culo —murmura Vivianne.

Vicky se ríe y, de forma automática, baja ambas manos al culo de su amiga y lo aprieta con fuerza. Vivianne da un respingo y suelta una carcajada al mismo tiempo, con los ojos húmedos de la emoción de ver a su amiga en carne y hueso.

—Siempre he pensado que tienes un culo exquisito —dice Vicky Bob.

Vivianne se aparta, todavía sonriendo.

—Deja de meterme mano en la puerta del trabajo, ahora solo me falta que la gente comente que la jefa coquetea con mujeres en medio de la acera.

Vicky sonríe y levanta las manos, y ni ella —porque no la conoce— ni Vivianne se dan cuenta de que hay una persona que sí que las ha visto. Juliette acaba de salir por la puerta y lo primero que le han encontrado los ojos son las manos de una pelirroja en el trasero de Vivianne; se ha girado hacia el otro lado para caminar hacia la inmobiliaria mientras intenta alejar de su cuerpo esa sensación que le aprieta y le retuerce el estómago y la ha puesto de mal humor.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Vivianne, poniéndole las manos en los hombros para asegurarse de que su amiga es real.

—Invítame a una copa en el Billi's y te lo cuento —dice Vicky, levantando la mano para detener al taxi que llega en ese momento.

—A una... —murmura Vivianne con expresión frustrada—, pienso beberme una botella entera en cuanto entremos.

Vicky levanta una ceja y abre la puerta del taxi para cederle el paso a su amiga.

—Parece que llego en buen momento entonces.

Cuando entran al Billi's, Vivianne tiene que esperar cinco minutos a que el dueño del bar abraze a su amiga y le haga preguntas que ella todavía no ha podido hacer.

—Sentaos —dice Bill—, a la primera invita la casa.

El hombre vuelve a su sitio detrás de la barra y ellas se sientan en la primera mesa libre que encuentran.

—Echaba de menos este sitio de mala muerte —comenta Vicky en voz baja, haciendo sonreír a su amiga.

—Todavía no me creo que estés aquí —Vivianne extiende una mano por encima de la mesa y coge la de su amiga—. ¿Por qué no me has avisado?

—¿Y perderme tu cara de sorpresa cuando me has visto? Ni hablar.

—Vale, pero entonces, ¿estás de vacaciones?

—No, exactamente. Lo que fui a hacer a Tokio prácticamente está resuelto, no es necesario que yo siga allí y tampoco quiero quedarme ni un minuto más en una ciudad donde follar se ha convertido en todo un reto.

—¿Te quedas? —los ojos de Vivianne se desorbitan de pura emoción.

—Todavía no. He venido para gestionar mi vuelta. Estaré por aquí un mes o un poco más y después tengo que volver a Tokio para terminar de zanjarlo todo. Imagino que estaré allí un par de meses como mucho, y luego —Vicky sonríe con maldad—, seré toda tuya.

Vivianne quiere saltar de alegría, celebrar la vuelta de su amiga como se merece, pero se da cuenta de que hoy está sin energía y que lo único que puede hacer es beber para celebrarlo.

—Aquí tenéis —dice Bill con una sonrisa amable—, me alegra ver a mis dos chicas favoritas juntas otra vez.

—Gracias, Bill —responden ambas a la vez.

—Vale, cuéntame qué te pasa, porque pareces tan ansiosa por esa copa como yo por encontrar un coño.

—Joder, Vicky, ¿puedes ser menos soez? —pide Vivianne.

—¿Qué pasa? ¿Sabes el hambre que he pasado estando allí?

—Claro que lo sé, me lo recuerdas cada vez que hablamos por teléfono.

—Porque es importante, Viv. No tienes ni idea de las veces que he llegado a masturbarme. Hasta he tenido tendinitis en la muñeca una vez.

Vivianne se echa a reír. Sabe que su amiga no bromea ni exagera; a Vicky le gusta tanto el sexo que, si fuera por ella, estaría con una mujer diferente cada noche.

—Pero dejemos mi drama, que eso empezaré a resolverlo esta misma noche. ¿Qué pasa contigo? ¿Es por lo de Sloane y la jodida lista?

—Más o menos.

Vicky da un sorbo a su vaso y paladea el whisky con deleite.

—¿Eso qué significa?

—Significa que la mujer que ha puesto a Sloane en esa lista es una perra que se ha instalado en mi despacho y me amarga la existencia cada día.

—¿En tu despacho? ¿Puede hacer eso? —pregunta desconcertada.

—Puede hacer lo que le dé la gana, o casi.

—Vale, te llevas mal con ella —concluye Vicky—, pero no estará ahí para siempre, ¿no? Cuando resuelva lo que sea que ha venido a hacer se marchará, solo has de tener paciencia.

—La besé.

Vicky tiene el vaso en la mano y estaba a punto de llevárselo a los labios, pero lo deja a medio camino y sus ojos verdes se convierten en dos rendijas cuando mira a su amiga.

—¿He oído bien? ¿Has besado a una mujer?

—Sí.

—Serás pedazo de perra —se ríe Vicky—. Te dije que si alguna vez querías liarte con una mujer empezarías conmigo.

—¿Y comerme las babas de mi hermana? No, gracias —resopló Vivianne.

—Vale, sí, centrémonos en lo importante porque estoy un poco desconcertada. ¿Por qué la has besado? ¿Desde cuándo te acuestas con mujeres? Esta es una información que yo, como tu mejor amiga, debería tener actualizada.

—No me he acostado con ninguna mujer, Vicky, ni me gustan; es decir, ella a lo mejor me gusta un poco.

La sonrisa de Vicky se tuerce y Vivianne entiende ahora por qué resulta tan irresistible a las mujeres. Su expresión cambia, la hace parecer más joven de los cuarenta que tiene, y también provocadora y seductora.

—¿Cómo se llama? —pregunta Vicky Bob.

—Juliette, ¿por qué?

—Porque hay que hacerle un monumento a esa mujer por lograr en semanas lo que yo no he logrado en años.

—¿Y eso es?

—Mostrarte el camino correcto —aplaude Vicky.

Vivianne levanta una mano para pedir otra ronda, segura de que la necesita.

—Bueno, ahora en serio —dice Vicky—. ¿Qué te pasa con ella? Porque no puede gustarte y repelerte al mismo tiempo, Viv.

—Te aseguro que no la soporto, me pone de los nervios. A veces me desespera tanto que solo quiero tirarme del pelo.

—O follártela.

La boca de Vivianne se abre para decirle que deje de hablar así y que ella no quiere follar con Juliette Baxter, que antes se arrancaría la... Detiene sus propios pensamientos cuando descubre que lo único que se arrancaría sin dudar sería su propia ropa, porque sí que quiere follar con ella; lo piensa a todas horas, sobre todo en el despacho cuando Juliette suelta una de sus perlas y ella, además de estrangularla con sus propias manos, quiere devorarla por completo.

—Me estoy volviendo loca, te lo juro. No sé qué hacer.

Vicky le coge una mano.

—Tranquilízate, ¿vale? Es solo una mujer. ¿Por qué no hablas con ella? Trata de explicarle lo que te hace sentir y...

A Vivianne le sale una especie de suspiro raro que pretende ser una burla, pero que parece una pedorreta que hace detenerse a Vicky Bob.

—No pienso hablar con ella. ¿Sabes que hoy me ha echado de mi propio despacho? —explica, y suelta un resoplido.

Vicky no quiere reírse, de hecho, sabe que no debe, que Vivianne está confundida y enfadada y lo que necesita es que ella la escuche y la ayude a comprender lo que le pasa, pero cuando se imagina la escena, no puede contenerse y la carcajada le estalla en la boca con tanta fuerza que hasta Vivianne acaba riendo.

—Perdona, es que pagaría una fortuna por haber presenciado ese momento. Dios mío, Viv, necesito conocer a esa mujer.

Vivianne pone los ojos en blanco y Vicky se levanta y mueve su silla para sentarse a su lado.

—Tú sabes que del odio al amor hay un paso, ¿verdad? —pregunta muy en serio.

—No estoy enamorada de ella, Vicky, eso es imposible.

—No digo que lo estés, pero sí que pareces a punto de estarlo, por eso insisto en que necesitas una conversación con ella.

—Imposible, dejó muy claro que no quería que se repitiera.

—Oh —los ojos de Vicky se abren con sorpresa—. Vaya, lo siento. Entonces, seguiremos bebiendo —Vicky levanta la mano para pedir la tercera ronda, y Bill prepara otros dos vasos en una bandeja que les lleva Meryl, que ha terminado de organizar las cajas del reparto de la tarde y ya está disponible para ayudarlo con las mesas.

—Aquí tenéis.

—Gracias —dice Vivianne, y se gira hacia Vicky para reprocharle que no haya dicho nada, pero se la encuentra con la boca abierta y la mirada fija en Meryl mientras se aleja.

—¿Y ese bombón? —pregunta su amiga.

—Ese bombón es la nueva camarera de Bill, así que olvídate de ella.

—¿Que me olvide? ¿Tú las has visto? No creo que pueda olvidarla nunca.

Vivianne se ríe, porque Vicky siempre dice lo mismo de cada mujer que entra en su radar, pero una vez se las lleva a la cama, se olvida de ellas al día siguiente. La única excepción que conoce es su hermana Sloane, con la que Vicky no dudaba en repetir cuando ambas coincidían.

Capítulo 13

Juliette tiene que reunir todas sus fuerzas para no gritar como una maniaca y que la saquen de ahí con una camisa de fuerza apretando su cuerpo para no matar a todos los que se le crucen hoy en su camino.

Ha dormido mal, esa maldita casa le sigue trayendo recuerdos horribles de una madre que la manipuló desde que Juliette se gestaba en su vientre y que la convirtió en una joven insegura, incapaz de no pensar al menos tres veces cada cosa que hacía o cada decisión que tomaba. Además, no logra deshacerse de esa sensación entre celos absurdos y una excitación que parece haberse instalado en su cuerpo de forma permanente por culpa de Vivianne Fox. Si todo eso no era suficiente, a las siete de la mañana ha recibido una llamada del Evergreen Medical Residence donde está ingresada Clarice, porque la mujer ha decidido entrar en una huelga de hambre hasta que su hija tuviera la decencia de ir a verla. Juliette ha pedido un taxi y ha aparecido por allí, ha entrado a la habitación y su santa madre le ha dicho de todo menos guapa.

—¿No ves que estoy sufriendo? —ha gritado la mujer cerrando los ojos en una digna actuación que podría merecer un Óscar—. Tienes que cuidar de tu madre, no dejarla aquí recluida porque no estoy loca, Juliette Baxter.

Clarice ha llorado mientras se limpiaba los ojos torpemente con la única mano que aún le funciona. Juliette la ha mirado durante varios minutos hasta que ha dado media vuelta y ha salido de la habitación. Ahora está con uno de los responsables de la residencia, un hombre demasiado delgado para ser sano que tiene una mirada tan aguda como inquietante.

—Señora Baxter, entenderá que no podemos permitir que su madre rechace las comidas —el hombre se pasa un pañuelo gris por su sudorosa frente—. Lo primero que hacemos en estos casos es intentar cumplir las peticiones de nuestros pacientes, como hemos hecho al llamarla.

—Lo que yo entiendo es que estoy pagando casi diez mil dólares cada mes y lo último que espero es que se me llame para informarme de que mi madre se ha negado a comer y que vosotros, los responsables de su integridad, no seáis capaces de hacer nada al respecto más que llamarme para que yo haga vuestro trabajo —lo escupe con la voz blindada de acero y cristal.

El hombre se tensa y Juliette se aleja dando un paso hacia atrás: el tipo vomitará en cualquier momento.

—La comprendo, señora Baxter —Juliette mira la hora y clava los ojos azules en el hombre—, existen protocolos que aplicamos cuando un paciente...

—Hágalo —Juliette se cierra la chaqueta del traje y antes de girarse añade algunas palabras más—. Y si volvéis a llamarme por algo así, la cambiaré a otra residencia que estará encantada de hacer su trabajo por menos de lo que os pago.

Los tacones suenan como si estuvieran martillando el suelo y cuando Juliette atraviesa los pasillos de la Evergreen Residence, la gente va girando la cabeza para ver de quién se trata. Ella no mira a nadie, sus ojos están clavados en la puerta de salida y su mente esforzándose por no sucumbir ante el ataque de pánico que empieza a treparle por las piernas.

Cuando pone un pie en la acera levanta la mano ante una hilera de taxis amarillos. De inmediato se sube en uno de los coches y suspira porque de alguna manera el encierro lejos de Clarice la hace sentir más tranquila.

Casi una hora después, está atravesando la puerta del despacho que, por desgracia, tiene que compartir con Vivianne Fox. Hoy no tendrá que echarla porque la morena no está dentro; sabe que tiene reuniones toda la mañana y que por la tarde se verá con el directivo de una de las cuentas más importantes de Axis en Nueva York, por lo que apenas coincidirán en todo el día. Eso hace que Juliette experimente una cantidad de sentimientos contradictorios que le cuesta comprender: por un lado, está tranquila, sus hombros no estarán tensos ante una posible discusión entre ella y Vivianne de forma espontánea, pero a su vez no puede evitar sentir el ligero vacío que supone no verla en todo el día.

—Heather —dice Juliette tras sacudirse esas tonterías que estaba pensando y abrir el portátil—. Ponme al día con la agenda de hoy.

Su asistente empieza a recitarle todas las reuniones que tiene hoy, a recordarle el informe que tiene que entregar antes de las cuatro de la tarde y le pregunta si se ha decidido por alguno de los pisos que le ha ofrecido la inmobiliaria.

—Búscame un hotel —es lo que dice como toda respuesta. Heather la conoce bastante bien e intuirá que los pisos eran una porquería o los trámites eran demasiado engorrosos para el poco tiempo que estará en la ciudad—. Para esta misma noche.

Heather baja la mirada para hacer dos apuntes y luego vuelve los ojos hacia su jefa. La tensión en la línea de la mandíbula es evidente; sus ojos apenas se mueven. Le gustaría preguntarle cómo está o cómo la está tratando Nueva York, pero sabe que esas cuestiones son como una sonora bofetada para Juliette, que jamás se le ocurriría mezclar el trabajo con algo de tipo personal. Si Heather supiera.

—En un par de horas te mando la dirección con la reserva. ¿Necesitas algo más?

Por un momento el impulso es claro: decirle que sí, que lo que necesita es un jet privado o un teletransportador que la saque de allí y la devuelva a la seguridad de su casa en Chicago. Se muerde la lengua; ella no es así y ni pretende serlo.

—Activa los recordatorios para las reuniones de hoy —le pide y, cuando la chica asiente, Juliette suelta un escueto «hablamos» y cuelga.

El día es una auténtica locura, con reuniones, llamadas que no estaban planificadas y decisiones apresuradas sobre el recorte de personal de la oficina de Denver. A todo eso se le suma que Juliette tiene ese dolor que se le instala en la nuca y la deja casi sin poder moverla, una especie de carga que le hace tener los hombros tensos y la espalda demasiado recta. Sabe que es culpa de Clarice —como siempre—, que aunque no compartan el mismo espacio, siempre logra la forma de desestabilizarla de cualquier manera.

Son las ocho y media de la noche cuando Juliette vuelve al despacho completamente agotada y su mirada se engancha a la de Vivianne. Un escalofrío la recorre: verse ese día tan caótico era una necesidad absoluta para que ambas siguieran respirando. La directora ejecutiva de Axis odia sentirse así de vulnerable y entonces, cuando se da cuenta de que la morena se levanta de su silla y se pone la americana, no duda en levantar la voz.

—¿A dónde crees que vas? —ladra Juliette como una auténtica perra.

Vivianne no detiene sus movimientos; simplemente se inclina sobre su mesa para apagar el ordenador.

—En el caso de que estés perdiendo la noción del tiempo, te informo de que casi son las nueve de la noche.

Juliette da varios pasos hacia ella y sube la barbilla, pero su espalda se tensa visiblemente ante la mirada brillante de Vivianne, cargada de rabia y desafío.

—Tengo un reloj —levanta la muñeca izquierda y lo muestra como si hiciera falta—, por lo que soy perfectamente consciente de la hora, pero lo que creo que tú estás perdiendo es el sentido de responsabilidad que trae el cargo que ocupas.

—Te equivocas —Vivianne también avanza un par de pasos, cansada de las malas formas de su jefa—. Sé cuáles son mis obligaciones, pero lo que no voy a hacer es quedarme hasta más tarde solo porque a ti te apetece, como si Axis fuera un campo de esclavos.

Juliette quiere morderse la lengua porque sabe que Vivianne tiene razón. Ambas han pasado un día infernal justamente cumpliendo con sus obligaciones y ahora sería el momento perfecto para que ella pidiera un taxi que la llevara a recoger las maletas en la casa familiar e ir al aparentemente cómodo hotel que le reservó Heather, pero no puede. Hay algo que no la deja dar su brazo a torcer, decirle a la morena un «nos vemos mañana» o simplemente darse media vuelta para marcharse.

—Me es muy difícil adivinar quién fue el incauto que te nombró jefa de esta oficina —Juliette niega con la cabeza como si estuviera reprochándole esa decisión a alguien en su mente y luego empieza a palparse los bolsillos en busca de su móvil—. Porque desde donde yo lo veo, tuvo que ser un imbécil que ha pensado más con la polla que con la cabeza.

Es perfectamente consciente de que esta vez se ha pasado de la raya; lo sabe porque Vivianne es una mujer inteligente, capaz de mantener a flote una de las oficinas más importantes de Axis sin pedir ayuda externa, y también lo sabe porque la mujer frente a ella no está furiosa... está decepcionada.

Juliette necesita su móvil para poder huir de allí como una cobarde, pero no lo encuentra. Se acerca a su mesa, rebusca en los

cajones, en el maletín, y nada. Se detiene un segundo a pensar y recuerda que estuvo hace un rato atendiendo una llamada en el despacho de mala muerte en el que Vivianne Fox pensaba meterla. Camina hacia la puerta y solamente ha avanzado unos metros cuando siente unos pasos secos tras ella. No se detiene, entra al pequeño tugurio y localiza el aparato sobre el archivador.

—No te voy a permitir...

Comienza Vivianne, pero todo se detiene muy deprisa. Juliette se gira, sus cuerpos impactan porque una entraba como un vendaval y la otra intentaba salir como si la persiguiera un asesino en serie. La directora de la oficina de Nueva York trastabilla y Juliette no la coge por la cintura para estabilizarla, sino que le pone una mano en el pecho y con un ligero empujón la pega a la pared.

No hay palabras, solo está el silencio pesado y el fuego en la mirada de las dos. Juliette desliza con calma la mano que tiene en el pecho de Vivianne hasta que llega a su cuello y cierra los dedos sin ejercer demasiada presión. Es el gemido de la mujer contra la pared el que hace que la jefa Baxter lleve la mano libre al cinturón de Vivianne, pero se sorprende cuando es la misma Vivianne quien se desabotona el pantalón y deja que se deslice por sus piernas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Juliette se lo pregunta con la voz helada y los ojos clavados en la entrepierna de Vivianne.

Desde su posición puede ver una braga negra, delicada, que apenas le cubre el sexo y, antes de que pueda evitarlo, sus dedos empiezan a rozar la tela. Vivianne abre más las piernas —todo lo que le permite la tela del pantalón en sus tobillos— y cierra los ojos. Juliette Baxter tiene una forma muy concreta de acariciar: no es dulce, es directa e incluso brusca, pero a la morena parece que le encanta porque la humedad empieza a abrirse paso.

—¿Vas a follarme o pretendes quedarte ahí castigándome? —Vivianne lo dice con la voz ahogada por la excitación y por esa mano alrededor de su cuello que la está enloqueciendo.

Juliette no dice nada, al menos no con palabras; se limita a levantar la mirada y cuando el azul y la miel se funden, aparta la tela de la braga, moja los dedos en la incipiente humedad y la penetra.

—Mierda —Vivianne aúlla y de inmediato se lleva el puño a la boca.

Juliette es implacable: desde el segundo en que ha sentido el calor de ese apetitoso coño alrededor de sus dedos, ha empezado a

bombear dentro de ella sin detenerse. La ve retorcerse, jadear y, al cabo de unos minutos, empezar a temblar.

—Ni se te ocurra cerrar los ojos —las embestidas frenan de golpe como una amenaza física que hace que un escalofrío le recorra el cuerpo y los abra de par en par—. Así me gusta, obediente.

La furia que traspasa a Vivianne al escuchar esa última frase se ve eclipsada cuando Juliette le suelta el cuello, se pega más a ella y con la mano libre empieza a masturbarla. Los círculos intensos y generosos van al mismo ritmo de las embestidas, haciendo que su cabeza cortocircuite.

—Joder, joder —gime Vivianne antes de morderse los labios con fuerza y empezar a correrse.

Quizá para algunos este sea el típico polvo del que luego presumen entre amigos. No para Vivianne. No se puede quejar del sexo que ha tenido hasta ahora, pero que un par de movimientos hayan hecho que su coño se contrajera tan dolorosamente, se humedeciera como si estuviera en una jodida piscina y que con solo unos minutos de penetraciones profundas con algo de atención en su clitoris le hiciera experimentar el orgasmo más exquisito que recuerda en años, le deja la garganta seca y el cerebro en modo alerta.

Juliette sale de ella despacio, con cuidado de no hacerle daño. Luego se agacha y le sube el pantalón abrochándoselo como si la situación fuera de lo más normal.

Ninguna de las dos abre la boca: Vivianne porque no sabe qué viene a continuación y Juliette porque todo le da vueltas. Se ha follado a Vivianne Fox contra la pared de un minúsculo despacho roñoso de la planta catorce de un edificio —espera— casi vacío, y la sensación ha sido extraordinariamente buena, satisfactoria y desconcertante, porque su corazón dio varios vuelcos no solo al sentir a la mujer que tiene frente a ella, sino al verla mientras contraía el gesto y luego separaba los labios mientras el orgasmo la abrasaba.

Una vez que Vivianne se ha repuesto, sale del despacho sin decir ni una palabra porque sabe que no le saldrá ninguna. Ese maldito mutismo que se apodera de ella cuando el estrés la golpea ha aparecido justo ahora y, antes de que colapse mostrando su vulnerabilidad, se marcha.

Vivianne se queda allí unos minutos intentando comprender lo que ha pasado y, tras pasarse la mano por los pantalones arrugados,

sale del despacho con la convicción de que pasará mucho tiempo antes de que decida volver a acostarse con un hombre... si es que vuelve a hacerlo.

Capítulo 14

—Buenos días —dice Sloane cuando entra en la cocina.

A Vivianne, que estaba completamente absorta porque desde ayer por la tarde tiene la cabeza como un bombo, se le escapa la taza de café entre los dedos y se estrella contra el suelo, llena de trozos rotos de porcelana marrón y salpica de café su traje blanco.

En cualquier otro momento habría maldecido incluso en idiomas inventados, pero se queda mirando el suelo como si ahí pudiera encontrar algo que le dé una explicación lógica a lo que pasó ayer en ese despacho diminuto. Vivianne tiene temblores en las manos desde entonces, porque cada vez que piensa en lo que pasó —que son cincuenta y siete minutos de cada sesenta— un hormigueo le recorre el cuerpo de arriba abajo hasta llegar a su sexo, que se contrae en espasmos y la hace suspirar llena de ansiedad.

—Viv, ¿qué te pasa?

Sloane entra y aparta a su hermana hacia un lado para que no pise los trozos rotos. Vivianne levanta la mirada y no sabe qué decir; hace un momento tenía una taza de café entre las manos y ahora está destrozada contra el suelo, y ni siquiera sabe cuándo.

—Perdona, enseguida lo recojo.

—Yo lo hago —dice Sloane, cada vez más preocupada por su hermana mayor, que últimamente parece vivir en un mundo paralelo—. Ve a cambiarte de ropa, te has ensuciado el pantalón.

Vivianne suelta un resoplido por la nariz y sale de la cocina para ir hasta su habitación. Abre el armario y se queda mirando los trajes para elegir otro que ponerse, sin darse cuenta de que el tiempo ha vuelto a pasar y ella no ha hecho otra cosa que revivir a Juliette follándola en el despacho, en el orgasmo tan potente que casi la hace desmayarse y en cómo fue ella misma la que le pidió que lo hiciera. No entiende nada, está demasiado confundida y continuar así acabará con su cordura. Da igual lo que sea que le pasa con esa mujer, tiene que cortarlo porque si sigue así se va a volver loca. No puede seguir trabajando con tanta tensión, y después de lo que ha

pasado será mucho peor. Tiene que hacer algo, y lo más sensato que se le ocurre es alejarse de su jefa hasta que esta por fin se vuelva a Chicago.

—Joder, Viv, ¿qué haces?

Sloane está perpleja.

—Yo...

—¿Qué te pasa? —su hermana coge una de las perchas, elige un traje parecido al que su hermana lleva puesto y lo saca para que pueda vestirse—. Me estás preocupando, ¿te ha pasado algo?

—No es nada —reacciona al fin Vivianne, que empieza a desnudarse—. Solo tengo muchas cosas en la cabeza estos días, y trabajar con esa mujer todo el día en mi despacho es complicado; me cuesta concentrarme cuando ella habla por teléfono...

Vivianne deja de hablar porque si sigue acabará diciendo algo que ahora mismo no puede vocalizar.

—¿Cuánto tiempo falta para que se marche? —pregunta Sloane, recogiendo las prendas que Vivianne deja caer en el suelo conforme se las quita.

—No lo sé, espero que poco —miente, porque sabe que van muy retrasadas con la lista y calcula que, al ritmo que van, al menos estará por aquí otras tres o cuatro semanas.

—Pues intenta centrarte, porque pareces una zombie.

Sloane sale de la habitación para dejar la ropa sucia en el cubo, y Vivianne se siente mal por mentirle a su hermana, pero ahora mismo no puede decirle que ayer la follaron como nunca y que su mente trastornada está en un bucle donde solo ve una mano de Juliette Baxter en su garganta y la otra en su coño.

—Joder... —masculla angustiada, y sale de la habitación decidida a acabar con esto.

La jefa de oficina de Axis Nueva York atraviesa el pasillo hacia su despacho a paso rápido. Saluda de forma mecánica a todos los trabajadores con los que se cruza y no mira hacia ninguna parte que no sea donde pone los pies. No quiere que nada la distraiga, porque está decidida a hablar con Juliette y su mente está demasiado débil y dispersa como para meterse en cualquier conversación que la despiste.

—Buenos días, Amber —dice, pero no se detiene ni la mira.

Pone la mano en el pomo y abre, cerrando con un golpe un poco seco cuando entra. El corazón le da un vuelco cuando la ve. Juliette

está de pie junto a su silla porque acaba de llegar y apenas ha tenido tiempo de sacar el portátil del maletín de trabajo y colgar la chaqueta detrás de la silla. Hoy no lleva chaleco, solo una camisa entallada de color azul claro que hace juego con sus ojos y una corbata negra con un nudo perfecto que Vivianne se siente tentada de deshacer, pero sacude ese pensamiento de inmediato porque son precisamente este tipo de pensamientos los que no la están dejando vivir, y tiene que acabar con esto.

—Hola —saluda Juliette en tono bajo.

—Esto tiene que acabarse —empieza Vivianne sin responder a su saludo.

Deja su bolso sin mirar y, como empieza a ser costumbre, este cae al suelo.

—No lo soporto, no puedo venir a trabajar y tener ansiedad a todas horas, esto no es sano —sigue de carrerilla, hablando tan deprisa que a Juliette le cuesta unas cuantas frases adaptarse a su ritmo—. Me gustó besarte, eso lo admito, y lo de ayer —Vivianne se aclara la voz y se contiene para no abanicarse con la mano—. Bueno, no importa, da igual lo que sienta, lo que me gustara y lo que no. Te vas a ir en unas semanas, así que lo mejor es que cortemos lo que sea que es esto de una vez.

Juliette está quieta junto a su mesa, como si estuviera congelada, aunque no lo está porque su corazón late desbocado. Ella ha venido con una intención que al parecer es muy diferente a la de la mujer que tiene delante: quería hablar de lo que pasó de forma civilizada, invitarla a un café y aclarar las cosas entre ellas, pero Vivianne no parece estar por la labor, y Juliette no recuerda ninguna situación con una mujer que le afectara tanto como lo que está saliendo de la boca de la morena de ojos color avellana que tiene delante.

—Tú y yo no nos soportamos —Vivianne parece completamente ida, jadea y habla tan deprisa que alguna palabra se le traba—. Joder, no me caes bien, así que es imposible que me gustes. Esto que nos pasa está mal —señala entre ambas, y el movimiento de su mano es para Juliette como una bofetada, porque cada palabra que sale de la boca de Vivianne le duele más que la anterior—. ¿No dices nada?

Juliette ni siquiera parpadea, tampoco intenta abrir la boca porque todavía está procesando, y Vivianne, que está muy nerviosa y no soporta el silencio, decide dejar que su lengua siga lanzando todo lo que se le ocurre para justificar acabar con lo que pasa.

—Lo mejor es que no trabajemos juntas salvo para lo imprescindible. Entiendo que el despacho que te ofrecí es ridículamente pequeño y nada acogedor, así que yo lo ocuparé hasta que te marches; tú puedes quedarte con este. Por Dios, di algo —exige Vivianne—, ¿o tu lengua afilada solo sirve para decirme todo lo que hago mal?

Juliette se lleva la mano al cuello de la camisa. Le empieza a faltar el aire y necesita detener esto porque no quiere derrumbarse delante de Vivianne. Tira de la corbata con brusquedad y afloja el nudo hasta casi deshacerlo mientras su otra mano desabrocha los primeros botones de su camisa con torpeza, con los dedos temblorosos. Abre la boca para decirle a Vivianne que no hace falta, que se va ella, pero cuando intenta hablar no tiene voz: esa parálisis que la asalta cuando se pone muy nerviosa acaba de hacer acto de presencia. Ante esa incapacidad, su respiración se acelera y siente que todo se le nubla por los lados.

—¿Qué te pasa? —pregunta Vivianne, que no sabe si acercarse o quedarse donde está.

Juliette la mira solo un segundo antes de desviar los ojos y respirar con fuerza, intentando coger un aire que parece que no llega. Solo ha sido un momento el que sus ojos han estado enganchados, pero Vivianne ha tenido suficiente para ver el terror en los de Juliette, y ahora, cuando su jefa se dobla hacia delante jadeando y se agarra al borde de la mesa, le queda claro que está teniendo un ataque de ansiedad.

—Espera... —susurra Vivianne, que cruza el espacio en un momento y se coloca al lado de Juliette, girándola para que se apoye en la mesa.

Juliette está demasiado concentrada en intentar respirar como para no dejarse hacer, así que apoya el trasero en la mesa y permite que Vivianne le abra un par de botones más en la camisa y se la ahueque.

—Tranquila —murmura Vivianne en un tono calmado que no tiene nada que ver con el recital nervioso que estaba soltando unos segundos antes, como si su mente supiera que si ella no se muestra calmada, no logrará conseguir el mismo efecto en Juliette—. No intentes coger todo el aire de golpe, hazlo despacio.

Vivianne le coge una mano y la de Juliette se cierra sobre ella con fuerza mientras sigue jadeando. Si pudiera hablar, le pediría que la

deje en paz, le diría que no la necesita, que coja sus malditas cosas y se marche del despacho si es lo que tanto necesita; y por primera vez en su vida, la directora ejecutiva de Axis se alegra de sufrir esa parálisis, porque los ataques de ansiedad la angustian mucho, pero ahora, con Vivianne a su lado, no le parecen tan terroríficos.

—Más despacio —sigue susurrando Vivianne, que ahora ha colocado una mano de Juliette sobre su pecho para hacerle de guía—. Mírame, no te pasa nada, concéntrate en respirar conmigo.

Juliette exhala con fuerza y trata de hacer lo que le dice. Se esfuerza por no pensar en nada, sobre todo en esa grieta que ha sentido que se abría en su pecho conforme las palabras salían de la boca de Vivianne. Aunque no tienen nada que ver una con la otra, ha habido un momento en que le ha recordado a su madre, porque al escuchar a su empleada se ha sentido muy insegura. Es perfectamente consciente de que no se llevan bien, pero Juliette creía tener una justificación para esa animadversión que parecen tenerse. Ella estaba segura de que solo es consecuencia de ese deseo incontrolable que ha crecido entre ambas y que se niegan a admitir, pero cuando Vivianne le ha dicho que ni siquiera le cae bien, su teoría se ha desvanecido y se ha sentido completamente perdida, como todas las veces que su madre le decía que no servía para nada, que nadie iba a quererla con ese carácter raro que tiene y que tenía suerte de tenerla a ella.

—Vamos, Juliette, puedes hacerlo —dice Vivianne, que no se separa de ella.

La jefa siente un zumbido en los oídos y la invade otro tipo de angustia, porque Vivianne está aquí, tratando de cuidarla, cuando en la misma situación su madre la cogía de un brazo, la arrastraba a su habitación y le cerraba la puerta de un portazo, alejándose por el pasillo mientras le gritaba que además de rara era débil. Juliette tiene la mirada fija en el suelo, incapaz de levantarla y conectarla con la de Vivianne, porque si lo hace se romperá del todo, y no quiere que esta mujer vea más debilidad en ella, y menos cuando le acaba de dejar claro lo que piensa de ella.

—Así, muy bien. Respira otra vez —la anima la morena cuando el aire empieza a llegarle de una forma más natural.

Se pasan así un par de minutos, puede que algo más, hasta que poco a poco la respiración de Juliette se normaliza y Vivianne, que se ha dado cuenta de que no se atreve a mirarla, da unos cuantos pasos

hacia atrás para dejarle espacio. Juliette empieza a abrocharse los botones de la camisa, y le cuesta horrores porque las manos le tiemblan. Vivianne quiere acercarse y hacerlo ella, pero la expresión corporal de Juliette le deja claro que no debe hacerlo.

Se abrocha el último botón y se ajusta el nudo de la corbata antes de incorporarse. Ni recoge su portátil ni mira a Vivianne; solo coge su chaqueta y el bolso y sale del despacho sin decir una palabra, no porque todavía no pueda, sino porque está tan avergonzada de que Vivianne la haya visto así que no sabría qué decir.

Capítulo 15

Vivianne arrastra los pies por uno de los pasillos de la planta catorce como si volviera de una batalla campal con espadas y flechas que le han dejado el cuerpo exhausto. Son las nueve de la mañana; se ha permitido llegar a esa hora porque el día anterior se quedó hasta pasada la medianoche trabajando en esa lista infernal —la culpable de que Juliette Baxter esté en Nueva York y que ahora Vivianne no pueda dejar de pensar en sus dedos llenándola por completo— porque se dio cuenta de que, si quiere que su jefa regrese a Chicago lo antes posible, tiene que buscar la manera de avanzar lo más rápido que sus responsabilidades le permitan en los nombres de los empleados que irán fuera de Axis por el recorte. Ya no puede ni siquiera pensar en pasar horas junto a la directora ejecutiva debatiendo —por no decir matándose— mientras trabajan juntas. La distancia es lo más razonable y ayer, después de que la mujer sufriera ese horrible ataque de ansiedad, no quedó nada claro de lo que vaya a pasar de ahora en adelante, así que Vivianne, fiel a sus palabras, lo primero que hará esa mañana será trasladarse a ese pequeño despacho que inicialmente era para Juliette. Estará incómoda, lo sabe; estar ahí sin apenas luz y en un espacio tan reducido, pero está segura de que se sentirá infinitamente más tranquila sin ver esos ojos azules taladrándola ocho horas al día.

Todo eso se va al garete cuando empuja la puerta de su despacho —después de mascullar un escueto saludo a su asistente— y se lo encuentra vacío, sin la mesa frente a la suya ni rastros de Juliette Baxter.

—Amber —se gira Vivianne, y la chica se pone de pie para hablar de inmediato.

—La señora Baxter se ha mudado al despacho que usted le asignó al inicio —la chica señala con una mano la puerta cerrada—. Esta mañana se han hecho los cambios y está allí instalada.

Vivianne no sabe qué sentir y se odia por eso, porque el día anterior llegó a la oficina con una seguridad aplastante y le dijo a

Juliette que no podían respirar en el mismo espacio. Es imposible que dos personas que se caen mal puedan pasar mucho tiempo juntas, entonces ¿por qué su pecho se ha comprimido de esa forma y la respiración se le ha cortado al escuchar a Amber?

—¿Necesitas que haga algo? —Amber lo pregunta con el gesto contrariado porque su jefa se ha quedado como paralizada y le cuesta adivinar qué es lo que tiene que hacer ahora.

—No, ahora iré a hablar con ella —se gira y entra a su despacho para dejar sus cosas.

Antes de volver a verle la cara a Juliette, tiene que cerrar los ojos y hacer un ejercicio de respiración profundo. No tiene demasiado claro por qué va a ese zulo que le ha asignado como despacho a su jefa, pero ante todo es humana y lo de ayer no la ha dejado tranquila. Juliette no solo aparenta ser una mujer fuerte, es que Vivianne ha visto la persona de piedra que es, por lo que ese ataque de ansiedad muy mal controlado la ha dejado incómoda.

Sus pasos resuenan por el pasillo cuando camina hacia la puerta que la separa de su actual némesis y, cuando se siente lista, da varios toques a la madera. Nadie contesta desde dentro, así que llama dos veces más antes de abrir, porque por un momento ha sentido un miedo nada ligero y teme que Juliette esté desplomada en el suelo víctima de un nuevo ataque.

Vale, está exagerando, lo sabe. El despacho está vacío, pero el olor de Juliette está tan presente que podría estar justo a su lado.

—¿Sabes si...? —Vivianne no acaba la pregunta. Señala con el pulgar hacia atrás cuando llega a la mesa de Amber.

—Ha salido y entrado varias veces —informa la chica—, pero no sé dónde está ahora.

La morena asiente y decide que es mejor concentrarse en el trabajo que devanarse los sesos por saber dónde está Juliette o si está bien.

—No me pases llamadas que no sean urgentes, por favor —pide la mujer y se encierra en su despacho.

Vivianne logra concentrarse en lo que está haciendo; invierte varias horas en revisar la lista —sí, la maldita lista—, luego se centra en dos reuniones, una de presupuesto que le ha parecido agobiante y otra sobre los objetivos que tiene Axis para el siguiente año.

El día ha pasado tan rápido que ni siquiera se ha dado cuenta de que no ha comido, y solo el ardor en el estómago le avisa de su

olvido.

Toma la decisión de volver a ir al despacho de Juliette. Ahora se siente más tranquila y es capaz de izar una bandera blanca temporal con su jefa. No va a dar un discurso; tan solo se presentará allí y dirá que está libre para continuar la revisión que han dejado a medias.

—Hola —saluda Vivianne cuando encuentra la puerta entreabierta, y de inmediato se pone de mal humor porque se topa con la expresión de la rubia, que la mira como si quisiera fulminarla con esos impresionantes ojos azules.

Lo que ha sentido Juliette al ver a Vivianne no es algo que vaya a verbalizar, pero su corazón ha pegado un buen acelerón y su espalda ha empezado a sudar casi a la misma vez. Está tan avergonzada por la debilidad que mostró ayer delante de ella que no se siente capaz de comportarse como una persona normal —al fin y al cabo, Juliette nunca lo ha sido; además, ¿qué es exactamente ser normal?—, eso sin contar la vibración en su vientre, porque Vivianne Fox hoy está más preciosa que ningún otro día y ese ceño fruncido le queda muy bien.

—He acabado con lo que estaba haciendo, ¿nos ponemos con la lista? —Vivianne lo escupe como si cada una de esas palabras le pesara una tonelada.

Juliette levanta la barbilla y la mira un instante. Vivianne no puede ver nada más que frialdad y vacío.

—¿Ahora eres tú quien organiza mi agenda? —apenas mueve la boca; el siseo le sale a través de los labios como si fuera una bruja.

Vivianne aprieta la mandíbula y sus ojos color miel avellanado empiezan a oscurecerse con rapidez.

—No, no soy tu asistente para organi...

Vivianne se queda sin palabras cuando Juliette mueve su mano derecha como si estuviera intentando deshacerse de un perro molesto que viene a pedirle comida cuando ella está sentada a la mesa.

—No tengo tiempo —suelta Juliette—. Y te recomiendo que, en vez de intentar decidir cuándo tengo que trabajar en algo, te centres en organizarte. —Suelta un suspiro teatral—. Tus números este mes son un verdadero desastre.

Y con eso, Juliette mete el portátil en su maletín, se aferra al asa con fuerza y sale de la oficina pasando lo más lejos que ha podido de la morena.

Vivianne quiere girarse, cogerla de un brazo y enfrentarla directamente, pero no lo hace porque sabe que entre ellas tal cercanía no es buena. La última vez, ella acabó con espasmos alrededor de los dedos de Juliette, y eso no se va a repetir porque Vivianne no lo desea para nada.

—Espero que esa cara sea porque vienes a decirme que finalmente Clarice Baxter ha muerto.

Elizabeth Thompson abre la puerta de su casa con su habitual tono directo. Viste un sencillo pantalón de lino claro y una camisa vaporosa que la hacen parecer la mujer adinerada que es. Se hace a un lado para que Juliette entre y esta lo hace sin detenerse hasta llegar al salón y sentarse en el sofá con el mismo gesto contraído con el que ha llegado.

—Bueno, tomaré eso como un no, porque de lo contrario estarías celebrando —Elizabeth se sienta a su lado—, o eso espero.

—Mi madre está bien y sigue internada —Juliette se pasa una mano por la coleta.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa? Porque esta energía no parece nada buena.

Esta vez Juliette ni vacila ni se piensa siquiera en adornar las palabras. Le cuenta a su amiga lo que está pasando en su oficina después de ese beso con Vivianne Fox. Se guarda los detalles escabrosos —y deliciosos— porque no quiere ser tan precisa, pero sí le dice todo lo demás: las discusiones, los roces, las miradas y el ataque de ansiedad que la dejó en un estado casi catatónico, y cómo Vivianne se acercó a ella para calmarla.

—¿Hace cuánto has dejado de controlar estos ataques en público? —Elizabeth sabe de sus sufrimientos, pero también que Juliette es capaz de ejercer tal dominio sobre ellos que siempre ha podido pararlos cuando no está sola.

—No he dejado de controlarlos —Juliette endurece la voz—. Es esa jodida mujer, que hace cosas en mí. ¿Cómo me la quito?

—¿Cómo te quitas qué, Juliette?

—Esto —se pasa la mano por el pecho—, el que no pueda dominar lo que mi cuerpo siente cuando la tengo cerca.

El gesto de Elizabeth, siempre adusto, se suaviza en una sonrisa que hace que Juliette frunza el ceño.

—Esta mujer te gusta más de lo que pensaba —se lleva la mano a la barbilla, pensativa—. Quizá hasta te estés enamorando.

Juliette salta del sofá como si hubiera una jauría de ratas dentro.

—¿De qué coño hablas? —lo pregunta mientras se afloja la corbata, empezando a sentir la asfixia—. Es atractiva; negarlo sería una estupidez, pero ¿gustarme? ¿Enamorada? Estás desvariando.

—Cuidado con esa boca, Juliette Baxter —Elizabeth lo dice con calma y sonríe de medio lado cuando ve a su amiga estremecerse igual que cuando era apenas una joven perdida que no conocía el mundo—. En todos los años que llevo conociéndote, jamás te he visto así por nadie: hecha un manojo de nervios, sin ese control que en ocasiones resulta obsesivo, ni con las pupilas dilatadas mientras dices el nombre de una mujer.

Elizabeth hace una pausa mientras se acomoda en el sofá y se cruza de piernas.

—Seamos honestas: las mujeres para ti siempre han sido simples placeres —elige bien las palabras; no quiere ser vulgar—. Ninguna ha calado lo suficiente en ti como para que la nombraras siquiera una vez. Solo esa profesora de yoga se ganó el honor, y porque te enseñó técnicas de relajación que te han ayudado.

—Era de yoga, no de pilates —corrige tontamente Juliette como si eso tuviera importancia.

Elizabeth suelta un suspiro de hartazgo.

—El caso es que esa mujer de tu oficina ha logrado cosas —a Elizabeth le brillan los ojos como si se sintiera orgullosa de esa desconocida—. Y tú ahora tienes dos opciones: seguir siendo una vieja solterona y amargada, o enfrentar esto que estás sintiendo, hablarlo como una adulta y dar un paso adelante.

Juliette siente que se desmaya; puede que esté siendo algo dramática, pero es que para ella todo esto representa un gran problema. Se ha construido una vida donde sus manías, sus gustos e incluso su mal humor están perfectamente ordenados y coexisten de una manera que le permite respirar. También está el hecho de que no sabe nada de Vivianne: ¿y si está casada? ¿O tiene algún tipo de relación con esa mujer con la que la vio aquella noche fuera de la oficina? Aunque todo eso tiene fácil solución con una conversación, lo que sí le parece grave es que la morena viva en Nueva York, la ciudad que le da urticaria y que no desearía visitar jamás.

—¿Has tomado una decisión o es que simplemente te has quedado pasmada?

Elizabeth lo dice con el tono de siempre, pero esta vez parece haberle bajado un par de puntos al volumen, porque alzar la voz en ese momento no le serviría de nada con Juliette.

—No estoy amargada y no necesito a nadie en mi vida —Juliette evita mirarle la cara a su amiga y se sienta de nuevo—. Mucho menos alguien tan insoportable como Vivianne Fox.

Miente y ambas lo saben, pero ni Juliette va a abrir más su alma ni Elizabeth pretende empujarla a un sitio que no le corresponde.

—Bueno, ya que hemos zanjado ese tema que tanto te inquietaba, ¿por qué no me cuentas cuándo piensas quemar la horrible casa donde creciste?

Juliette suelta una carcajada y agradece que Elizabeth tenga esa habilidad para sacarla de su trance cuando más lo necesita.

Capítulo 16

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —pregunta Sloane, vestida con ropa deportiva, el pelo recogido en una coleta y el móvil en la mano.

Es sábado por la mañana y ha quedado con Jenna para ir a hacer una ruta, pero Vivianne está tumbada en el sofá, en pijama, despeinada y en estado casi catatónico.

—Estoy bien, Sloane; además, Vicky vendrá en un rato, he quedado con ella esta mañana.

Su hermana la mira de arriba abajo y arquea una ceja.

—¿Y qué harás? ¿Salir a la calle con esa pinta?

—No voy a salir, nos quedaremos aquí. Vete, anda —Vivianne hace un esfuerzo descomunal por levantarse, abrazar a su hermana y empujarla hasta la puerta—. No hagas esperar a Jenna, y pasadlo bien.

Sloane le besa la mejilla y sale de su propio apartamento a regañadientes, preocupada por su hermana.

Vicky Bob llega veinte minutos después y el timbre le da un susto de muerte a la jefa de la oficina de Axis en Nueva York: estaba tan absorta pensando en el ataque de ansiedad de Juliette que se sentía como si estuviera fuera de su cuerpo. Se levanta con una mano en el pecho, impactada por lo rápido que late ese músculo maldito, y abre la puerta.

Su amiga entra como un vendaval, dejando un halo rojo a su paso que Vivianne sigue con la mirada, todavía medio en trance.

—Odio el tráfico de esta ciudad —espeta Vicky Bob, dejando el bolso sobre la mesa antes de girarse cuando su amiga cierra la puerta—. ¿Qué coño...? ¿Ahora quieres pedir limosna en la entrada del supermercado? —pregunta, mirándola de arriba abajo.

—Cállate, estoy estresada —dice Vivianne, como si eso justificara su pinta desastrosa.

Se deja caer en el sofá con expresión derrotada y su amiga decide que, aunque sean poco más de las diez de la mañana, les hace falta

alcohol. Con la confianza que le otorga ser la mejor amiga de Vivianne y haberse acostado con Sloane en el pasado, abre el mueble bar y saca la botella de whisky con dos vasos.

—Toma —Vicky le entrega uno a su amiga y se sienta junto a ella en el sofá—. ¿Qué pasa?

—Me estoy volviendo loca —Vivianne deja el vaso sobre la mesa baja, sube las piernas al sofá y apoya los codos en las rodillas mientras hunde las manos en su pelo.

—Supongo que hablamos de tu jefa —deduce Vicky.

—Supones bien.

—¿Qué ha pasado ahora?

Vivianne levanta la mirada y hace una mueca extraña con los labios.

—¿Qué pasa, Viv? —insiste Vicky, intrigada.

—Digamos que tuvimos algo más que un beso.

La ceja perfectamente delineada de Vicky Bob se eleva como si quisiera pegarse a su pelo.

—¿Perdón?

—Follamos; bueno —Vivianne se corrige—, en realidad, fue ella la que me folló a mí.

Vicky quiere hacer palmas para celebrarlo, pero no quiere alterar a su amiga y que esta se enfade.

—De acuerdo. Te folló —le cuesta contener una sonrisa—. ¿Y qué es lo que sigue? ¿Lo hizo tan mal que ahora estás traumatizada y por eso pareces una pordiosera? ¿O lo hizo tan bien que no puedes parar de rezarle a todas las deidades para que vuelva a hacerlo?

—Es una mezcla de lo segundo con una irritación que no puedo controlar. No sé qué me pasa, Vicky. No la soporto, es verla y alterarme, y es muy complicado comunicarse con ella. El otro día —explica pensativa—, después de... bueno, después de lo que pasó, quise hablar con ella, explicarle que esto tenía que parar, que no podemos seguir compartiendo despacho porque no es sano que estemos discutiendo a todas horas.

Vicky está seria, escuchándola con atención.

—¿Qué dijo ella? —pregunta cuando Vivianne no continúa.

—Nada. Se quedó allí de pie, dejándome hablar mientras me miraba con esos ojos suyos. Reconozco que no supe expresarme muy bien, estaba nerviosa y tensa y dije algunas cosas que a lo mejor fueron duras.

—O lo fueron o no, Viv —opina Vicky.

—No puedo saberlo porque no dijo una palabra, pero cuando al fin terminé de decir lo que tenía que decir le dio una especie de ataque de ansiedad, o de pánico, no sabría decirte. No podía respirar, y tampoco hablaba; fue horrible.

—¿Qué hiciste tú? —pregunta su amiga.

—Lo que pude —Vivianne se encoge de hombros, intentando disimular la angustia que la invade cuando recuerda a su jefa en ese estado—. Intenté calmarla, la guié para que respirara como yo y al final se le acabó pasando.

—¿Y?

El gesto de Vivianne se endurece.

—Que se fue, joder. Se fue sin decir nada, ni siquiera me dio las gracias.

Vicky ladea la cabeza.

—¿Esperabas que te las diera después de decirle que no querías estar cerca de ella?

—Es una forma de hablar, Vicky.

Vivianne está frustrada.

—Después de eso se cambió de despacho al día siguiente, y debo ser una desquiciada que no sabe lo que quiere, porque cuando vi el despacho vacío creo que la eché de menos, y no lo entiendo, porque es...

—Para ya, Viv —la corta su amiga, poniéndole una mano en la pierna.

Vivianne la mira como si fuera la primera vez que la ve. Busca en ella una sonrisa o su típica expresión burlona, pero no encuentra nada que no sea una mirada entre seria y preocupada.

—Creo que necesitas sincerarte contigo misma de una vez y admitir que te estás enamorando de ella, eso si no lo estás ya.

Los ojos de Vivianne se desorbitan y se levanta del sofá como si de repente estuviera lleno de pinchos.

—¿Tú has oído algo de lo que te he contado?

Vicky bebe un sorbo de su vaso con parsimonia y asiente.

—De principio a fin.

—Pues no lo parece, Vicky. Te he dicho varias veces que no la soporto; no puedo estar enamorada de una mujer que ni siquiera me cae bien —rebate, y su razonamiento le parece incontestable hasta que Vicky se levanta.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que...?

—Vamos a ver, Vivianne. Te voy a dar unos cuantos datos que respaldan mi teoría. El primero y fundamental: te folló y quieres que repita. Segundo —enumera con dos dedos levantados—, casi se muere de un ataque de ansiedad y tú trataste de ayudarla en lugar de marcharte con tu drama.

—Soy humana, Vicky, ¿o piensas que soy un monstruo que la dejaría así sin ayudarla?

—No, claro que no, pero te preocupaste por ella y lo sigues haciendo, ¿o no?

Vivianne se queda callada. Quiere negarlo solo por llevarle la contraria, pero Vicky tiene razón: no ha dejado de pensar en lo que le pasó a Juliette y, si es sincera consigo misma de una vez, ha de admitir que le preocupa.

—Tu silencio me da la razón, así que nos queda solo el punto número tres: no te cae mal, Viv. Lo que creo que pasa es que esa mujer te gusta desde el primer día y tu manera de reaccionar ante algo que no te esperabas ha sido esta. Toda tu vida has salido con hombres, te has pasado casada con el capullo de Andrew... bueno, eso no importa. La cuestión es que te divorcias, asqueada de tu matrimonio y con la intención de darte un tiempo para ti antes de empezar a salir con otro hombre, pero entonces aparece la tal Juliette y el coño te mete un petardazo que te deja trastornada, irritable y en negación. Piénsalo, y si me equivoco no digo nada más.

Vicky coge su vaso y se acerca a la ventana, dejando a Vivianne en medio del salón con la cabeza a punto de explotarle. Piensa en todo lo que acaba de decir su amiga y se da cuenta de que tiene razón. Juliette Baxter le llamó la atención desde el primer día y ella trató de justificar los ratos que pasaba pensando en ella y en sus malditos trajes perfectos convenciéndose de que era porque su jefa era insoportable, y en parte lo es, pero también le resulta irresistible.

—Vale —dice al cabo de unos minutos—, quizá tienes razón.

Vicky se gira, torciendo una sonrisa.

—¿Quizá?

—Bueno, sí, es posible que me esté enamorando de ella —admite—. Dios mío, Vicky, ¿qué coño hago ahora? —pregunta angustiada.

—Hablar con ella. Dile lo que sientes y a ver qué te dice. Si estáis en el mismo punto, pues veis lo que hacéis, Viv, y si no...

—No puedo. Juliette vive en Chicago y su estancia aquí es temporal. Da igual lo que sienta por ella; en cuanto se marche se acaba, así que lo mejor es dejar las cosas como están.

Vicky la mira un momento antes de terminarse su vaso de whisky.

—Es decisión tuya, Viv; yo te apoyaré en lo que hagas, pero creo que te equivocas al no querer hablarlo: ambas tenéis derecho a saber lo que siente la otra.

Vivianne la observa con las cejas levantadas, preguntándose dónde está ese lado de su amiga que esperaba que le dijera que se la follara mientras pudiera y se olvidara de ella, porque eso es lo que suele hacer Vicky —estar con todas las que puede sin comprometerse con ninguna—, pero ella no es así y su mejor amiga lo sabe.

—Cómo me alegro de que estés aquí —dice Vivianne, abrazándose a ella.

Capítulo 17

Vivianne Fox sabe que va levantando miradas y girando cuellos mientras camina hacia la inmobiliaria para firmar —por fin— el contrato de un piso que acaba de visitar. Son apenas las ocho y media de la mañana, pero el bueno de Oliver le escribió ayer por la tarde y, después de disculparse por contactarla un domingo, le dijo que se había quedado libre un apartamento que era exactamente lo que ella buscaba. Vivianne se mantuvo escéptica; hasta ahora el agente inmobiliario solo le había enseñado pequeñas ratoneras que nada tenían que ver con sus exigencias. Aun así se dejó convencer, no sin antes decirle que el único hueco que tenía libre era a primera hora, muy temprano, y que era en ese momento o nunca. Entonces, hace una hora ha estado recorriendo un salón acogedor con ventanas grandes, admirando sus suelos oscuros y una cocina pequeña, aunque suficiente para ella. Hubo dos cosas que no le han gustado: el ascensor le ha parecido una trampa mortal y una mujer muy rara que cargaba un gato que llevaba puesto un vestido de muñeca bastante siniestro. El resto ha sido más que aceptable y no ha dudado en decir que sí.

Cuando cruza una de las calles, el escaparate de una tienda le devuelve la imagen de una mujer espectacular, vestida con un traje blanco de chaqueta y falda, unas gafas de sol preciosas que le cubren medio rostro y una seguridad que, desde luego, no siente por dentro, pero que por fuera la proyecta como una auténtica reina.

Ayer decidió dejar de comportarse como la víctima mal herida en esta historia. ¿Qué está enamorada de Juliette Baxter? Patrañas. A ella lo que le pasa es que una mujer increíblemente sexy le dio un orgasmo digno de aplausos y ovaciones después de haber estado tanto tiempo sexualmente medio muerta. Sí, le atrae, eso no va a negarlo, pero también le atrae ese tipo que da las noticias de las siete, ¿cómo es que se llama? Bueno, da igual; el hecho es que Vivianne es humana y no está ciega, además está en un periodo de vulnerabilidad insoportable que la hace pensar o sentir cosas confusas, y cuando

está en ese estado, se arregla, se pone guapa y se dice al espejo que no hay nada que ella no pueda controlar.

—Pase por aquí, señora Fox —le dice Oliver con su habitual cordialidad cuando ella entra a la inmobiliaria—. Ha hecho una excelente elección y, gracias a que se ha decidido hoy mismo, no ha perdido ese piso porque ya estaban llamando muchos interesados.

Vivianne sabe que esa es la artimaña de los que trabajan en ese sector. Recuerda cuando compró la propiedad junto a su exmarido: la agente le dijo que había una gran fila de compradores y que el que ofertara primero se quedaba con ella. Ese mismo día firmaron los documentos de reserva y semanas después se dieron cuenta de que habían pagado más de lo que valía, solo por una absurda trampa muy bien elaborada. En este caso le da igual; está desesperada por devolverle a Sloane la tranquilidad que le robó desde el momento en que se mudó con ella, además, el piso le ha gustado.

—¿Cuándo podéis entregarme las llaves? —Vivianne lo pregunta mientras va estampando su firma en varios folios.

—Mañana mismo si se hace efectiva la transferencia —la sonrisa de Oliver brilla—. Todo es más rápido porque teníamos toda su documentación y el historial crediticio, así que la aprobación ha sido casi automática.

Treinta minutos después, la jefa de Axis Nueva York camina por los pasillos de la planta catorce, con la barbilla levantada y el asa del maletín apretada en la mano. Sabe que llega tarde y se prepara para las miradas incendiarias de su jefa, aunque le importa una mierda lo que esa mujer piense.

—Buenos días, señora Fox —saluda Amber y sonríe amistosamente. A veces Vivianne detesta esa sonrisa y no sabe por qué. Es una tirana.

—Buenos días, Amber.

A pesar de que lo ha evitado, ha sonado un poco seca, pero intenta estirar los labios para disimular su estúpida actitud.

—He tenido que hacer unas modificaciones en su agenda y me gustaría comentarlas con usted.

Vivianne detiene sus pasos en seco y toma una respiración profunda para no matar a la mensajera. Sabe bien que este movimiento es obra de Juliette Baxter, porque nadie más se atrevería a cambiar algo sin su autorización.

—Ven a mi despacho —le dice, y sigue caminando hasta llegar a su mesa.

Vivianne se quita la chaqueta con calma porque si se deja llevar por toda la ebullición que está experimentando su cuerpo, se arrancará la prenda al estilo del personaje fantástico de color verde. Juliette, diciéndolo de una manera menos vulgar, es como la pestaña que se mete en el ojo en medio de una reunión importante. Escuece, pica, molesta y es muy difícil sacártela a la primera.

—¿Qué modificaciones has hecho?

Amber desbloquea la tableta que lleva en la mano y se sienta frente a su jefa.

—Sobre todo he despejado varias horas de hoy —la asistente toca la pantalla con destreza—. La reunión con el departamento jurídico la tendrás mañana a las cuatro. Todos estuvieron de acuerdo en cambiarla. La del nuevo cliente de industrias, de las once, se queda igual salvo la última media hora; tendrás que cortarla.

Amber recita cada cambio, los horarios nuevos y las anulaciones mientras Vivianne escucha. Lo dice todo de carrerilla, como si quisiera terminar de leer y escapar de ahí.

—¿Cuál es el motivo? —la jefa se lleva una mano a la barbilla y se da varios toquitos mientras espera la respuesta.

—La señora Baxter está en Chicago, no volverá a la ciudad hasta el miércoles y necesita reunirse con usted para avanzar con la lista.

Vivianne sabía la respuesta, o al menos la parte de quién era la culpable de esto; solo quería confirmarlo de boca de su asistente para después soltar cualquier maldición, pero las palabras se le han atascado en la garganta cuando ha escuchado que la rubia está fuera de Nueva York. No entiende lo que está sintiendo, porque lo que debería ser es alivio, un par de días sin ese estrés que se está pareciendo mucho a una tortura; entonces, ¿por qué se siente perdida? Juliette Baxter ha roto el esquema que Vivianne había configurado en su cabeza: venir a la oficina cada día irresistiblemente guapa con la barbilla levantada, cumplir con su trabajo y marcharse sin darle el placer a su jefa de amargarle la existencia ni seguir alimentando esa tontería de que está coladita por ella.

—¿Quiere que haga algún cambio más? —Amber la mira con curiosidad; Vivianne debe de tener en la cara una mueca ilegible.

—No —carraspea—. Gracias, Amber.

La chica asiente y se levanta para salir del despacho.

Cuando la puerta se cierra, Vivianne hunde la cara entre sus manos. No comprende nada; le cuesta descifrar lo que Juliette le hace sentir. Es como entrar a un parque de atracciones donde hay juegos y diversión, pero también casas del terror y una montaña rusa gigante.

Varias horas después, Vivianne aprieta y suelta una pelota de goma que ha comprado hace un rato en una tienda online que se la ha entregado en tiempo récord. Lleva cinco minutos en espera frente a su portátil en una videollamada a la que su jefa aún no se ha conectado. El día está siendo horrible; apenas ha comido porque tiene el estómago cerrado, además de haber parado para descansar entre reuniones no más de diez minutos.

—Buenas tardes —Vivianne se sobresalta al escuchar la voz, pero lo disimula como puede.

Juliette Baxter aparece abarcando toda la pantalla, con su mirada azul penetrante que se detiene un segundo en los ojos de Vivianne, su perfecto traje gris marengo con la corbata burdeos y el siempre despejado rostro gracias a la coleta bien hecha. No se disculpa por llegar tarde, aunque la morena ni se molesta en esperarla.

—Buenas tardes —contesta Vivianne, y se remueve en su asiento. La pelota en su mano hace un sonido extraño, pero ella sigue apretando y soltando.

—Vamos con el siguiente nombre —anuncia Juliette sin mirar directamente a la cámara, porque está abriendo una carpeta marrón que tiene en la mano—. Sloane Price.

La voz de su jefa es la habitual, pero en el oído de Vivianne suena como un chillido. Se supone que su hermana era de las últimas en esa lista; ella misma se aseguró de ello cuando una de las tareas que le asignó su jefa era ordenarla para trabajar por bloques. No está preparada para esto, no ahora. Necesita argumentos sólidos porque Juliette es meticulosa, lo ha demostrado cuando han estado revisando los otros nombres, y un simple «es una buena trabajadora y me la quedo» no le bastará.

—Vivianne —la llama Juliette, y el nombre en sus labios suena exquisito.

—Lleva cinco años en la compañía y es una de las mejores profesionales que hemos tenido —es la respuesta de la directora de la oficina de Nueva York—. Sus entregables son óptimos, cumple con

los plazos a rajatabla, ha salvado el proyecto de Crest Bank gracias a sus conocimientos y...

—Tiene un sueldo astronómico para alguien de su categoría —la corta Juliette, con los ojos pegados a la carpeta que sigue teniendo en la mano.

La pelota en la mano de Vivianne empieza a resentirse.

—Cobra lo que vale su conocimiento —espetea la morena, irritada—. Tiene formaciones que nadie en esta oficina tiene, sin hablar de... todo lo demás.

Vivianne tiene que cambiar al final su respuesta porque Juliette ahora la está mirando con una ceja levantada.

—Parece que conoces muy bien a la señorita Price —Juliette lo dice con ese tono glacial y detestable que suele usar.

—Lo que parece es que quien hizo esa lista no tiene ni la menor idea de la gente que trabaja en Axis —contraataca Vivianne—. Yo conozco a mis empleados, sé quién hace bien su trabajo y quién no.

Juliette no contesta de inmediato, solo para regocijarse en el espectacular sonrojo que a Vivianne Fox le produce enfadarse. Tiene los labios fruncidos, la mirada brillante y las cejas ligeramente juntas. Preciosa.

—La señorita Pri...

—¿Por qué ella? —Vivianne no puede frenar su lengua a tiempo—. Estaríamos perdiendo a alguien muy bueno en lo que hace.

Juliette cierra la carpeta con un movimiento brusco. La tal Sloane ya le está tocando bastante el coño porque Vivianne se empeña en defenderla y, aunque ha hecho lo mismo con los otros empleados, ni de cerca con tal intensidad.

—Es una cuestión de números, punto —Juliette lo dice como si estuviera aburrida—. Por muy perfecta que sea según tu apreciación, le pagamos demasiado; los proyectos en los que ha participado han sido de los que menos beneficios hemos obtenido, y cuando metes todos esos datos en un ordenador, te dice que esa empleada no es rentable.

La morena separa los labios en un gesto de asombro.

—Un ordenador... —susurra Vivianne, a quien todavía le impresiona la frialdad de las altas esferas al tomar ciertas decisiones.

—Sí, exacto, ordenadores con programas especiales capaces de calcular variables muy precisas —la directora ejecutiva ladea una sonrisa falsa y vuelve a abrir la boca—. Si no sabes cómo funciona, te

aconsejo que te formes en el tema; una persona en tu cargo tiene que tener esos conocimientos. Puedes preguntarle a Sloane Price dónde aprendió todo lo que sabe; quizá pueda aconsejarte.

—Que te jodan, Juliette —Vivianne acompaña sus palabras cerrando la tapa del portátil con una mano y lanzando la maldita pelota antiestrés contra la pared.

Se levanta con la respiración acelerada y mete sus cosas en el maletín con los dedos temblorosos. Tal vez tenga que empezar a buscar un nuevo empleo por no saber controlar su boca, pero es, como poco, la respuesta que se merecía su jefa. Por lo pronto, va a tomar un taxi hasta el Billi's; necesita al menos una docena de copas de whisky para calmarse.

Capítulo 18

Vivianne está inquieta de una manera que no comprende. No la ha visto, pero sabe que Juliette está en su despacho, porque hoy es miércoles —al fin— y la ejecutiva ya está en la oficina de Nueva York. Vivianne no recuerda una jornada más larga que la de ayer, en la que no solo no la vio sino que tampoco tuvieron ninguna videollamada ni hablaron por teléfono. Esperaba que al llegar esa mañana, Amber le dijera que pasara por el despacho de su jefa porque la rubia de trajes a medida había dado esa orden, pero su asistente solo la ha saludado, le ha dado un par de datos que le ha pedido y nada más.

Se ha pasado todo el día expectante, esperando que en cualquier momento la puerta de su despacho se abriera y esa mujer de mirada penetrante entrara con esa rigidez que la caracteriza y su halo de aire helado, pero es la hora de irse y Juliette no ha venido, y eso que lo último que Vivianne hizo fue dejarla con la palabra en la boca tras la discusión sobre Sloane.

Mira el reloj y se levanta. Tiene que marcharse antes y eso incluye pasar por el despacho ridículamente pequeño de su jefa para avisarla. Un aleteo en el estómago en cuanto piensa en verla, acompañado de un pellizco un poco más abajo que empuja hacia algún rincón apartado de su mente para no prestarle la atención que merece.

—Hasta mañana, Amber —dice al salir de su despacho.

Vivianne sale al pasillo, camina unos cuantos pasos y se detiene frente a la puerta cerrada del despacho de Juliette, llama un par de veces y abre la puerta sin esperar respuesta.

—Hola —dice Vivianne, cerrando la puerta al entrar.

Otro cosquilleo repentino le vibra por el vientre cuando su jefa levanta la mirada y la clava en sus ojos marrones.

—Hola.

—Solo vengo para decirte que me marchó ya; en una hora me viene el camión de la mudanza y...

—Son las cinco de la tarde, estás en tu horario laboral, así que busca a alguien que se ocupe o llama a la empresa y cambia el día.

—¿Perdón?

Juliette se levanta y rodea su pequeña mesa, apoyándose al otro lado.

—¿Crees que puedes dejarme con la palabra en la boca en medio de una reunión y después venir aquí a pedirme algo? —pregunta Juliette, con los ojos convertidos en dos misiles que podrían atravesar a Vivianne en cualquier momento.

—No te lo estoy pidiendo, solo te estoy avisando.

Juliette expulsa el aire por la nariz y una sonrisa sarcástica se dibuja en su boca. Se incorpora y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—No sé quién te crees que eres, pero te he permitido demasiado. Cancela esa maldita cita o te juro que...

Juliette no puede completar su amenaza porque de repente tiene encima a Vivianne, que tiene las dos manos en su cuello y acaba de meterle la lengua en la boca con una desesperación que la ejecutiva no ha visto venir. Las piernas le tiemblan y se humedece de inmediato, pero por mucho que desea seguir con esto, se ve obligada a detenerlo y apartar esos labios exquisitos de los suyos.

—¿A qué coño juegas? —espeta furiosa.

Vivianne tarda en reaccionar, todavía aturdida por su falta de control y por lo vacía que se siente sin esa boca caliente.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes quince años y funcionas a base de calentones? Lárgate de mi puto despacho ahora mismo —la furia de Juliette asustaría a cualquiera, pero eso no funciona con Vivianne, que sabe que la mujer tiene razón y aún así no puede detenerse.

Recupera la distancia que ha perdido y vuelve a estrellarse contra su boca. Juliette sabe que debe apartarla, pero la primera vez ya le ha costado demasiado como para intentarlo de nuevo, así que se permite disfrutar del beso y los jadeos de su subordinada unos segundos antes de lograr reunir fuerzas de nuevo.

Le pone una mano en el pecho y la empuja hacia atrás, despacio, mientras la mira con la sensación de que negarse el cuerpo de esta mujer es una de las cosas más difíciles que ha hecho nunca, pero tiene grabado a fuego todo lo que Vivianne le dijo en el otro despacho, y no piensa consentir que la morena que la mira con la respiración entrecortada juegue con ella.

—Lárgate ahora mismo o llamo a seguridad.

Vivianne se gira hacia la puerta, pero cuando está a punto de coger el pomo se da la vuelta y vuelve hasta Juliette, quedándose frente a ella mientras siente su mirada inquisitiva. No sabe qué decir ni cómo explicar su comportamiento inmaduro, pero hay una fuerza imparable que la empuja hacia ella, y necesita sentir de nuevo todo lo que su jefa le hizo experimentar.

—Por favor —susurra de repente, y Juliette aprieta la mandíbula.

La morena la mira con el corazón desbocado, segura de que va a echarla del despacho de forma definitiva y ella tendrá que marcharse humillada y muy cachonda, pero tras un resoplido, Juliette se gira, cierra su portátil y coge su bolso.

—Aquí no; vamos a mi hotel.

Juliette apaga la luz y abre la puerta, girándose hacia Vivianne, que se ha quedado petrificada en medio del despacho mientras su mente asimila lo que va a suceder, algo que desea muchísimo.

Se da la vuelta y ambas salen juntas del despacho, y no es hasta que se meten en el ascensor cuando Vivianne logra reaccionar y recordar por qué se iba.

—Voy a llamar a mi hermana para que se ocupe de la mudanza —susurra, sacando su teléfono.

—Parece que al final sí que había alguien que podía hacerlo por ti.

El comentario mordaz de Juliette es como munición para la excitación de Vivianne, que tiene que apretar las piernas para detener el calambrazo que ha sentido entre ellas.

—Hola, Sloane, necesito que me hagas un favor —dice, justo cuando están saliendo del ascensor.

Juliette levanta la mirada de su trasero, donde se estaba deleitando, y frunce el ceño al oír el nombre de la hermana.

Vivianne le explica a Sloane, que sabe que hoy tiene la tarde libre, lo que necesita mientras Juliette detiene al primer taxi que pasa. Ambas se suben y, durante un par de minutos, Vivianne parece completamente ajena a todo y se muestra relajada mientras habla con su hermana.

—Si ves que no tienes tiempo no pasa nada, se lo digo a Vicky.

Juliette arquea una ceja; a falta de una persona, tiene dos a las que recurrir.

—Gracias, Sloane —dice antes de colgar.

—¿Resuelto? —pregunta Juliette, mirándola de reojo.

—Sí, mi hermana se ocupa —responde tensa, con las manos temblando.

La ejecutiva decide darle tregua y no alimentar lo que sabe que acabará en pelea si saca el tema de la mudanza, así que no abre la boca y recorren los cinco minutos de trayecto en silencio.

Vivianne la sigue por el pasillo del hotel y no duda ni un momento en entrar a la habitación de Juliette cuando esta abre la puerta.

—Si te arrepientes, este es el momento de que... —de nuevo, Juliette no puede terminar de hablar porque los labios ansiosos de Vivianne están sobre los suyos.

Se quita la chaqueta como puede y es la propia Vivianne la que afloja el nudo de su corbata y le desabrocha todos los botones de la camisa hasta dejarla completamente abierta, con la corbata colgando entre sus pechos.

—No sé qué me pasa contigo —susurra la jefa de la oficina de Axis en Nueva York, bajando la cremallera de su falda con torpeza hasta que consigue que la prenda caiga a sus pies.

Juliette decide que no va a preguntar lo que quiere decir con eso. Está muy harta de la inseguridad de esta mujer y de sus cambios de humor repentinos, pero sí piensa disfrutar de esto aunque solo sea esta vez.

Se acerca a ella, le quita la blusa y le desabrocha el sujetador mientras Vivianne hace lo mismo con su pantalón.

—Eres preciosa —susurra Juliette sin permiso de su cerebro.

La piel de Vivianne se eriza cuando le pasa la punta de los dedos desde los hombros hasta las muñecas, y jadea con brusquedad cuando la besa y la guía hasta la cama. Se deja caer cuando Juliette la empuja y solo levanta la cabeza para ver —con desesperación y un deseo que la está consumiendo por completo— cómo la mujer desliza sus bragas por sus piernas y se arrodilla en el suelo.

—Dios mío —solloza Vivianne, temblando de arriba abajo cuando Juliette desliza un dedo por su abertura con los ojos fijos en su sexo.

No recuerda que nadie la haya mirado así jamás, como si lo que puede ofrecer fuera un manjar exquisito que no se puede probar todos los días.

—Por favor —suplica desesperada—, hazlo ya.

El temblor de su abdomen y sus muslos tienen a Juliette extasiada y su entrepierna empapada. Se inclina y hunde la lengua entre sus pliegues, saboreándola con una calma que no tiene nada que ver con

la imagen que proyecta. Vivianne quiere llorar de pura satisfacción; se siente transportada al cielo o a algún lugar donde existe este placer que jamás había sentido, mientras Juliette se deleita entre sus piernas.

—Joder —jadea Vivianne, que no deja de temblar contra su boca ni de apretarla contra su sexo. No sabe en qué momento ha colocado sus manos en la cabeza de su jefa y presionado para sentirla por completo, pero Juliette no se queja y, cuando de pronto la penetra con dos dedos y su lengua sigue presionando sobre su clítoris, Vivianne se derrama en su boca con un orgasmo largo y potente que le llena los ojos de lágrimas cuando acaba.

Se siente incómoda por un momento, porque Juliette se ha incorporado y se está tumbando sobre ella, y Vivianne no quiere que vea que no puede controlar sus emociones —sería mostrarle una debilidad con la que una mujer tan soberbia como Juliette Baxter podría regocijarse—, pero su jefa no hace nada de eso cuando ve su cara mojada; solo la mira durante unos segundos, seria, como si tratara de entender lo que sucede, y después pasa la mano derecha por su mejilla para arrastrar las lágrimas antes de besarla.

Es la primera vez que Vivianne se saborea en la boca de alguien de ese modo. Su marido no practicaba sexo oral y antes que él apenas guarda recuerdos con otros hombres, pero lo de ahora, su sabor en los labios y la lengua de esta mujer, es una de las cosas más placenteras que ha vivido.

—No tendré la misma destreza que tú —susurra, colocándose encima de Juliette—, pero te prometo que me esforzaré; necesito... —Vivianne no sabe cómo decir en voz alta que está loca por devorar un coño por primera vez en su vida, pero su jefa le facilita las cosas y se abre de piernas para permitirle hacer lo que quiera.

Y la morena lo hace. La primera vez que pasa la lengua se detiene, pero no por rechazo, sino porque se siente extasiada y una especie de corriente le recorre todo el cuerpo cuando traga.

—Eres deliciosa, joder —murmura antes de ponerse de lleno con su tarea.

Juliette cierra los ojos, estira las manos por encima de su cabeza y las apoya en la pared mientras se retuerce de placer bajo la lengua inexperta de Vivianne, preguntándose si podría soportar esto cuando la mujer tenga más práctica.

La ejecutiva se corre cuando Vivianne tiene su clítoris entre los labios, trazando círculos potentes con la lengua mientras sus fluidos le empapan la barbilla. Juliette tiembla como una hoja y le cuesta respirar; se siente febril y al borde del desmayo con los últimos coletazos del orgasmo. Ha follado con muchas mujeres a lo largo de su vida, pero solo con una sintió este tipo de conexión y ese nivel de placer, aumentado por los sentimientos que tenía por Elizabeth Thompson, la única mujer de la que se ha enamorado, o tal vez ya no es la única.

Cuando el cuerpo de su jefa se relaja, Vivianne se queda ahí, mirando desde abajo cómo su torso sube y baja y la corbata —lo único que tiene puesto— se desplaza hacia un lado. Se arrastra hacia arriba y la besa, y no tarda nada en correrse cuando Juliette mete una mano entre sus cuerpos y la masturba.

—Joder —dice aturdida, y ahoga un gemido gutural cuando Juliette la penetra y la deja sin aliento—. Dios mío, no voy a poder con otro, Jul... —su voz se corta de golpe, porque su jefa empieza a follarla y Vivianne descubre que sí que puede, y que cuanto menos tiempo deja entre ellos, más rápido se corre.

Acaba bocabajo, con la cabeza aplastada contra el colchón mientras Juliette se frota en su trasero y se corre jadeando sobre su oído. Vivianne está exhausta, satisfecha y feliz.

—¿Quieres agua? —pregunta Juliette, que se ha levantado para sacar una botella de la pequeña nevera de la habitación.

Vivianne se incorpora y extiende la mano para cogerla y beber mientras observa el cuerpo desnudo de su jefa frente a ella.

—Gracias —dice devolviéndosela.

Juliette se termina lo que queda, la tira a la basura y se sienta a su lado.

—¿Sloane Price es tu hermana? —pregunta sin poder aguantar la curiosidad.

Vivianne frunce el ceño; su mente está demasiado dispersa ahora mismo para entender de dónde viene la pregunta.

—No, Sloane...

—No me mientas, y mucho menos cuando estoy desnuda —espetea Juliette—. Has llamado Sloane a tu hermana, y me parece demasiado casual que la defiendas como lo haces como para que no exista esta conexión.

La mueca en los labios de Vivianne confirma sus sospechas.

—No la defiende porque sea mi hermana, aunque sí me joda que su nombre esté en la lista más que el de cualquier otro empleado, pero es buena, es muy buena en lo que hace, joder.

—Vale —Juliette levanta la mano—. Solo quería saberlo. Ahora puedes decidir lo que hacemos, porque o seguimos o nos ponemos a discutir, que es lo que pasará si continuamos con el tema. Elige.

Vivianne elige follarla sobre la moqueta.

Capítulo 19

—Sí, sigue así —la voz le sale en un susurro, y no está segura de que Juliette siquiera la haya escuchado.

A las tres de la madrugada cayeron exhaustas en la cama. A las siete de la mañana, Vivianne tenía la lengua en la abertura húmeda de Juliette y ahora la directora ejecutiva de Axis la tiene bajo el chorro de agua en la ducha, con la mejilla aplastada contra los azulejos mientras la folla con tres dedos, con una fuerza que hace que a la morena le tiemble el vientre.

—Si sigues conteniéndote llegaremos tarde —Juliette aumenta la velocidad de las embestidas—, y si llegamos tarde a la oficina, me enfadaré.

Es lo único que le hace falta a Vivianne para correrse, porque imaginarse a su jefa con la mandíbula apretada y las cejas juntas hace que se apriete por dentro y el éxtasis se la lleve por delante.

La mujer de los ojos fríos se pega a su espalda y la jefa de la oficina de Nueva York exhala con satisfacción. Juliette la sostiene mientras recupera el aliento y reparte besos por su cuello que le erizan la piel.

—Para —Vivianne levanta la barbilla para darle más acceso.

—Esa petición es nueva.

Sí, su jefa no miente; de hecho, la morena experimenta una vergüenza poco habitual en ella. Se recuerda pidiendo más, casi rogando un orgasmo tras otro. El sexo que ha tenido antes no tiene comparación con el que ha vivido esta noche con Juliette. Ha sido apasionado, sensual, íntimo y, sobre todo, muy satisfactorio.

—Eres tú quien no quiere llegar tarde a la oficina —la respuesta a eso es Juliette mordiéndole el hombro con firmeza, dejándole los dientes dibujados como un recuerdo reconfortante.

Salen de la ducha y, como si fuera una rutina entre ellas, Juliette le deja una de sus camisas y unas bragas nuevas que la maravillosa Heather se ocupó de comprar el día que llegó al hotel, para que no se preocupara por recordar que tenía que mandar a lavar la ropa que iba ensuciando. A Vivianne la camisa le aprieta un poco porque sus

pechos son más generosos que los de Juliette, pero puede decir que le queda bastante bien.

—Con respecto a lo de Sloane, creo...

—En la oficina —la corta Juliette—, no tengo ganas de discutir tan temprano.

Lo dice como un hecho que va a ocurrir así Vivianne se esfuerce por no caer en el bucle que hasta ahora las ha definido.

La morena no dice nada, saca el pequeño estuche que siempre lleva en su bolso con algo de maquillaje y empieza a aplicarse un poco de color en el rostro. De reojo mira a Juliette, que empieza a hacerse el nudo de la corbata, y no puede evitar que una corriente le invada el cuerpo. No se trata de algo meramente sexual, es algo más. Una especie de conexión que la ha hecho sentir muy a gusto en todo momento, además de comprendida ante su inexperiencia. Le gusta Juliette, no solo le parece atractiva sino una mujer interesante y con la que piensa que puede compartir muchas cosas más allá del sexo.

—Mierda —Juliette chasquea la lengua con las manos aún en la corbata y la mirada clavada en su móvil, que está sobre la mesa y suena con una melodía bastante siniestra.

La rubia estira una mano y contesta, pero no se lleva el móvil al oído, sino que conecta el altavoz como si hubiera olvidado que no está sola.

—¿Señora Baxter? —pregunta una voz femenina.

—Sí.

—La llamamos del Evergreen Medical Residence; su madre está bien —Juliette detiene sus movimientos—, pero hace dos horas tuvo un amago de infarto. Está controlado, los sanitarios la asistieron y la hemos trasladado al hospital general para que le hagan todas las pruebas pertinentes. No puede ir a verla porque le estarán evaluando, pero si tiene alguna duda y quiere acercarse hasta aquí, estamos encantados de ayudarla.

Vivianne se queda paralizada, pero sobre todo cuando repara en el gesto de Juliette. Su jefa ha dejado caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y mira el móvil como si fuera un explosivo a punto de detonar. Ha perdido el poco color que suele tener en su rostro y apenas pestañea.

—¿Señora Baxter? —la mujer al otro lado de la línea parece impaciente—. ¿Sigue ahí?

Juliette abre la boca, pero no consigue que ninguna palabra salga. La corbata que ha estado anudándose se le ha apretado de golpe y la asfixia hasta dejarla sin oxígeno. Intenta respirar, pero el aire no entra, y se lleva las manos a la camisa para abrísela como sea. Entonces levanta los ojos y encuentra la mirada conmocionada de Vivianne, perdida, sin saber qué hacer.

—¿Me escucha? —insiste la mujer.

Entonces Vivianne reacciona y da varias zancadas hasta coger el móvil.

—Sí, lo siento, la señora Baxter ahora no puede ponerse, pero de inmediato le doy su mensaje —Vivianne espera con paciencia a que la mujer le explique un par de cosas más—. Sí, gracias. Allí estaremos.

Cuando cuelga la llamada, su jefa está en un estado preocupante, como si ya no fuera de carne y hueso, sino de piedra.

—Juliette —le susurra para llamar su atención, pero sigue sin moverse.

La morena cree que es normal lo que le está pasando; ha recibido una mala noticia de su madre, le ha afectado demasiado. No sabe que no puede estar más equivocada. Lo que le pasa a Juliette Baxter es que esperaba que le dijeran que Clarice había emprendido otra vez su ronda de exigencias absurdas y, cuando ha escuchado que se trataba de un infarto, una parte de ella se ha alegrado. Eso ha hecho que su cerebro haya entrado en un estado de conmoción al darse cuenta de que había estado a punto de celebrar la muerte de su propia madre y, aunque Clarice lo mínimo que se merece es eso, ella no quiere ser esa clase de persona.

Las manos de Vivianne se mueven con rapidez, la corbata desaparece y en cuestión de segundos tiene la camisa abierta. Sus dedos fríos le aprietan la nuca y de alguna manera logra que su mirada se centre.

—Tranquila, posiblemente sea un ataque de ansiedad, pero no dejaré que te pase nada.

A Juliette se le aprieta el corazón porque Vivianne lo dice con una naturalidad que la asusta. Y ella, que hace tanto tiempo no experimenta ese calor reconfortante de otra mujer, empieza a sentirse muy pequeña por dentro, tanto que quiere llorar.

—Eso es, respira, inténtalo con calma —ahora la jefa de la oficina de Nueva York tiene una mano en el pecho de su jefa y la mueve lentamente, haciéndole un masaje con el puño cerrado.

Unos minutos después, Juliette da una bocanada como si por fin saliera del agua tras una inmersión demasiado larga.

—Estoy... —traga saliva y Vivianne se mueve hasta la nevera para buscar una botella de agua—. Mejor. Me siento mejor.

Juliette da varios tragos cortos y se sienta en el borde de la cama con las piernas abiertas y el dorso inclinado hacia adelante.

Vivianne coge su móvil y teclea furiosamente mientras manda un mensaje. Luego busca en su agenda el número de su despacho y se lleva el aparato a la oreja.

—Amber —la chica la saluda y le pregunta en qué puede ayudarla—. La señora Baxter y yo trabajaremos fuera de la oficina hoy, pásame solo llamadas importantes, despeja mi agenda y comunícate con su asistente para que haga lo mismo.

A pesar del mal momento que acaba de pasar, Juliette tiene que morderse la lengua para no soltarle a Vivianne un «sí que eres eficiente cuando te lo propones», porque le parece un comentario de mal gusto después de que la mujer se haya tomado la molestia de gestionar una crisis que no es profesional, y de haberla despertado esa mañana con la mejor comida de coño de la historia teniendo en cuenta que era su tercera vez.

La morena se agacha frente a ella y Juliette piensa en lo guapa que se ve en ese preciso instante.

—Voy a pedir un coche —le dice con un susurro—, ¿adónde tenemos que ir?

—No tienes que venir, no es tu...

—¿Responsabilidad? ¿Problema? —Vivianne no cambia el tono de voz, pero se pone de pie—. Lo sé, pero no quiero dejarte sola en este momento a no ser que tú quieras lo contrario.

Juliette no responde y Vivianne entiende que una mujer como ella no es de las que dejan entrar a su vida a cualquiera de un momento a otro, pero antes de que pueda sentir tristeza, su jefa también se levanta.

—Evergreen Medical Residence —le dice—. Nunca sé la dirección; si pones el nombre en la aplicación de taxis, te aparecerá.

Bueno, parece que esa es la forma de la señora Baxter para aceptar la ayuda desinteresada.

Vivianne pide el transporte y no es hasta pasada una hora que llegan a la residencia. El tráfico de Nueva York es la peor pesadilla

que existe para los que no quieren usar el atestado metro lleno de ratas.

Cuando entran en la residencia, parece que ya las estaban esperando, porque ese hombre delgado y extraño con el que habló Juliette la última vez está de pie junto a la entrada con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Señora Baxter —el tipo extiende la mano y Juliette siente una repulsión inmediata.

Vivianne nota el gesto: su jefa pretende dejar al sudoroso hombre con el brazo levantado, así que ella se adelanta y le estrecha la mano.

El tipo sonríe, amable.

—Soy August Bretton, el responsable del Evergreen —se presenta ante la morena.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —la pregunta de Juliette se desliza por el aire como un cuchillo.

A August se le corta la sonrisa y mira hacia los lados, desconcertado.

—Si me acompañan a mi oficina, puedo ofre...

—Me gustaría saberlo ahora, señor Bretton, porque si no necesita nada de mí, entonces no voy a perder más tiempo yendo a su oficina para que me diga lo mismo que puede explicar ahora.

Vivianne podría no sorprenderse porque conoce el carácter de su jefa, pero lo hace porque esto no es una lista que depurar, se trata de su madre.

—Sí, bueno... —August tartamudea—. La señora Clarice Baxter ha sufrido una angina de pecho. Desde anoche la hemos tenido en observación porque presentaba dolor en los brazos, pero no fue hasta esta mañana que ha empezado con opresión, dolor de pecho y falta de aire. Está controlado y desde el hospital nos han confirmado que no ha llegado a ser un infarto.

—¿Algo más? —pregunta Juliette, sin apenas mover la boca.

El hombre abre los ojos, temeroso, porque no comprende bien la pregunta.

—Eh, no, creo que eso es todo.

Juliette da media vuelta y deja al hombre más confundido todavía. Vivianne gira el cuello y se encuentra con la espalda de su jefa abandonando el edificio.

—Gracias, señor Bretton —le dice, y empieza a caminar para seguirla.

Cuando pone un pie en la calle, la ve con el móvil en la mano y el ceño fruncido.

—Malditos coches —farfulla cuando Vivianne llega hasta ella—. Tendremos que esperar a que uno libre pase por aquí; en la aplicación no hay nada.

Vivianne levanta la mirada y detrás de Juliette, a unos metros, hay una cafetería con un logo gigante de color rosa. Eso servirá al menos para que Juliette se calme antes de seguir con lo que sea que quiera hacer.

—Te vendría bien una tila —sugiere Vivianne cuando entran, pero Juliette la fulmina con la mirada.

—Quiero un café, solo.

Vivianne hace el pedido y luego va con las bebidas hasta la mesa que ha elegido su jefa. Le entrega el vaso con el líquido oscuro y durante unos minutos no dicen nada.

—No tenemos una buena relación —Vivianne levanta la mirada y arruga las cejas—. Me refiero a mi madre y a mí; no nos llevamos bien.

La morena asiente sin saber qué decir; ella tampoco tiene una relación demasiado estrecha con la suya, pero sospecha que lo de Juliette es mucho más profundo.

—Es narcisista, egoísta y manipuladora —Juliette lo dice mirando el vaso entre sus manos—. No recuerdo otra imagen de ella que no sea esa. Desde que era una niña me responsabilizó por todo y se metió en mi cabeza para que siempre estuviera a su lado e hiciera lo que ella quería.

Vivianne extiende una mano sin pensarlo y le coge una a la rubia.

—Lo siento —es lo único que la jefa de la oficina de Nueva York logra decir.

—No tienes por qué, no es tu culpa —Juliette lo dice como si fuera algo lógico—. El punto es que me marché de esta ciudad hace muchos años, lejos de ella, pero de alguna manera siempre se ha mantenido aquí —se señala la cabeza con el dedo índice mientras sigue anclada a la mano de Vivianne—. Luego enfermó e hice todo lo posible para que estuviera bien cuidada, hasta que tuve que internarla: su movilidad pasó de un 70 a un 10 % en cuestión de meses. Me culpó de eso también.

Juliette suelta una carcajada, incrédula, porque decirlo en voz alta es peor todavía. No sabe por qué le está contando todo esto a

Vivianne, pero lo cierto es que lo necesita y su cerebro no parece oponerse.

—Aquí vive de lujo y aún así se queja —Juliette se muerde los labios—. Cuando he recibido la llamada pensé que era otro de sus juegos y al escuchar lo del infarto sentí alivio —no le cuesta decirlo—, ¿eso en qué me convierte?

—¿En humana? —Vivianne pregunta, pero no espera respuesta—. No te culpes por algo que tu madre ha sembrado en ti. Yo tampoco tengo una buena relación con la mía; prácticamente nos abandonó a Sloane y a mí por un tipo del que se enamoró, y solo gracias a papá pudimos salir de esa casa. Mientras duró su idilio de amor, jamás pensó en nosotras y ahora que está sola pretende que mi hermana y yo nos ocupemos de ella.

—¿Y no lo hacéis? —pregunta Juliette con curiosidad.

—No —la respuesta de Vivianne es firme y seca—. Yo no lo pasé tan mal, pero Sloane sufrió mucho y eso jamás podré perdonárselo. Hablamos alguna vez, pero me he negado en rotundo a ir a verla o a aceptar visitas. Por eso te entiendo, Juliette, porque nuestros padres nos traen al mundo para protegernos, no para fastidiarnos con sus problemas y luego pretender que los queramos.

Juliette se lleva el vaso de café a los labios mientras asiente, incapaz de agradecerle a Vivianne sus palabras: Clarice Baxter también se ocupó de meterle en la cabeza que ser agradecida es una debilidad.

—¿Vamos? —dice Juliette, poniéndose de pie.

—¿Quieres ir a la oficina? —la morena empieza a caminar a su lado.

Juliette empuja la puerta de la cafetería y la deja salir.

—Trabajemos desde el hotel; si no tenemos interrupciones, podremos avanzar con la lista —mientras lo dice levanta la mano cuando ve pasar un taxi. El coche frena y ellas se suben—. El restaurante del hotel es muy bueno, podemos comer ahí.

Vivianne sonríe y le pone una mano sobre la pierna.

Juliette no le ha dicho gracias expresamente, pero quiere al menos agradecersele invitándola a comer. Le cuesta mucho todo esto y Vivianne es consciente de que al menos lo intenta.

Capítulo 20

Vivianne está frente a la puerta del despacho de Juliette. Acaba de llegar a la oficina, ha pasado por el suyo, dejado sus cosas y salido de nuevo —ante la mirada sorprendida de Amber— para venir hasta aquí.

Apenas ha pegado ojo esta noche; se marchó del hotel de su jefa después de cenar con ella. Se pasaron el día trabajando —más o menos— porque follaron dos veces por la tarde y estuvieron tonteando la mayor parte del tiempo. No todo fue en vano, porque lograron ocuparse de dos nombres más en la dichosa lista y acordaron dejar el de Sloane para hablarlo en la oficina y evitar una discusión.

Ahora está ahí, tiene la entrepierna algo dolorida porque, después de tantos meses sin sexo, la maratón de ayer la cogió desprevenida. Tiene el pulso acelerado y le cuesta un poco concentrarse: Vicky tenía razón —al menos en parte—; no puede asegurar que se haya enamorado de Juliette, pero está en ello. La mujer le gusta mucho y admitírselo a sí misma la dejó descolocada porque, después de semanas pensando que la odiaba, ha descubierto que no es cierto: no odia a Juliette Baxter, sino que está loca por ella.

Golpea la puerta y abre sin esperar. Su jefa levanta la mirada de la pantalla y se recuesta en la silla mientras la observa. Vivianne no puede leer su expresión; no sabe si la mujer frente a ella está a punto de vomitar algún improperio, de echarle una bronca por llegar un poco tarde o si solo la mira así porque recuerda todo lo que pasó ayer. Es una de las cosas que más disfruta de ella, la incertidumbre de no saber por dónde va a salir.

—¿Cómo estás? —pregunta Vivianne tras cerrar la puerta.

Se queda de pie justo donde está, sin saber si debe acercarse o si es apropiado que rodee la mesa y la bese, que es lo que le apetece.

—Bien, ¿y tú?

La morena resopla y se acerca a la mesa.

—No evites la pregunta, Juliette. Sabes a qué me refiero.

Juliette aprieta los labios hasta convertirlos en una línea recta. La pregunta es por lo que pasó ayer tras la llamada del centro donde está internada su madre. Sigue sin gustarle que la vean en ese estado, pero la mujer frente a ella la mira de un modo tan sincero que está segura de que puede acostumbrarse a mostrarse vulnerable con ella.

—Estoy bien —asegura—. Fue el impacto del momento, pero ya está.

Vivianne acepta la respuesta porque, teniendo en cuenta lo que le cuesta abrirse a Juliette, es suficiente.

—¿Me vas a decir qué haces aquí o te vas a quedar ahí de pie, callada y poniéndome nerviosa? —pregunta Juliette.

La jefa de la oficina de Nueva York se humedece los labios y se toca la nuca, nerviosa. Sabe que está ahí como un pasmarote y que, si no reacciona, su jefa perderá la paciencia y le soltará algún exabrupto que la hará enfadar.

—Me gustas mucho —suelta de repente, armándose de valor para reconocerlo al fin en voz alta.

Las cejas de Juliette se levantan y se queda callada unos segundos, mirándola fijamente.

—Tienes la fea costumbre de decir ciertas cosas en los sitios equivocados.

—Sí, lo sé —reconoce Vivianne, nerviosa—, pero necesitaba decírtelo, aclararte que no me caes mal, que la otra mañana solo estaba asustada y dije cosas que no tenía que decir, y te pido disculpas.

—Siéntate —Juliette le señala la silla frente a ella con ese tono seco y autoritario que hace que el vientre de Vivianne se contraiga.

—No espero que digas nada —Vivianne se deja caer en la silla y se cruza de brazos, escondiendo las manos bajo las axilas para dejar de moverlas de forma absurda—. Solo quiero que lo sepas.

—Te agradezco tu sinceridad —Juliette se inclina hacia delante—, pero este no es el sitio ni el momento.

—Lo sé.

Vivianne parece aturdida y Juliette eleva levemente la comisura izquierda, disfrutando de esta versión nerviosa de la mujer que la vuelve loca con sus reacciones explosivas.

—¿Te parece si quedamos al salir de la oficina en mi hotel y retomamos esta conversación?

El pulso de Vivianne se acelera.

—¿Te importa si quedamos en mi nuevo piso? Hace dos días que lo tengo y todavía no lo he visto con luz natural.

Juliette se ríe y asiente.

—De acuerdo.

—Bien —Vivianne se levanta y se gira.

—¿Adónde crees que vas?

El tono impertinente de Juliette aparece y Vivianne sonríe para sí antes de girarse.

—Siéntate, vamos a aclarar de una vez el tema de Sloane.

La sonrisa desaparece del rostro de la morena, que vuelve a sentarse, acerca la silla y apoya los brazos en la mesa mientras Juliette abre un archivo en su portátil.

—Voy a ser directa: no puedo frenar lo de tu hermana, por muy buena que sea —y no lo pongo en duda—, para Chicago es una cuestión de números, como ya te dije.

La expresión de Vivianne se endurece y su cuerpo se pone rígido, pero hace un esfuerzo y se controla para no saltar, porque al final es consciente de que Juliette solo es un brazo ejecutor para una orden que viene de más arriba.

—Está bien —susurra Vivianne.

—No puedo frenar su despido en esta oficina, pero sí puedo ofrecerle una salida.

La mirada de la hermana de Sloane se levanta.

—¿Qué salida?

—En la oficina de Baltimore hemos tenido una baja inesperada; el jefe que la dirigía ha anunciado que se marcha dentro de un mes. Sería darle a Sloane un puesto como el tuyo aquí en Nueva York, mantendríamos su sueldo actual durante lo que queda de año y, para el siguiente, si se ha adaptado, podríamos elevarlo al propio de ese cargo.

—Baltimore está a cuatro horas de aquí.

—Lo sé, pero es todo lo que puedo hacer; es eso o el despido.

Vivianne se pasa la mano por el pelo, agobiada.

—No la has conocido, ¿verdad? —pregunta, y se echa hacia atrás, derrotada.

—Solo de verla por aquí; no he tratado con ella —responde Juliette.

—A mi hermana le cuesta bastante relacionarse con las personas más allá de lo laboral. Es una maniática del orden y los espacios

nuevos la ponen nerviosa.

Vivianne se levanta, porque no se trata solo de eso; la salida que le ofrece Juliette alejaría a su hermana de ella, pero también es consciente del favor que le está haciendo: la directora ejecutiva no tiene por qué ayudarla y, sin embargo, lo está haciendo.

—Sé que es mucho pedir, pero ¿existe la opción de que, si Sloane acepta el cambio, se le ofrezca un puesto en esa oficina a Jenna?

—¿A quién?

—Jenna Callahan, es programadora en esta oficina. Llevan un tiempo saliendo juntas y...

—Joder, Vivianne —Juliette niega con la cabeza y después se afloja el nudo de la corbata.

—Tienes razón, lo siento; ya has hecho suficiente y no...

—Puedo hacerlo. Los puestos de los programadores son fáciles de manejar. No sería inmediato, pero si hay una vacante en Baltimore para ese puesto, puedo ponerla la primera en la lista.

Los ojos de Vivianne se abren mucho y su sonrisa aparece, acelerando el pulso de Juliette.

—Ahora te besaría —dice la morena, mordiéndose el labio.

—Llevas semanas con una serie de comportamientos inadecuados en el trabajo; no veo en qué podría perjudicarnos uno más.

Vivianne tarda unos segundos en entenderla y después se levanta de golpe, rodea la mesa y se inclina sobre su jefa para besarla.

—Si no te importa, voy a hablar con Sloane ahora —susurra al incorporarse.

—¿Quieres que se lo diga yo? Imagino que será duro para ti hacer esto —se ofrece Juliette.

—Gracias, pero prefiero hacerlo yo.

—Adelante.

Vivianne le pide a Amber que haga llamar a la señorita Price y, diez minutos después, su hermana entra en su despacho y ella siente que se le cierra la garganta.

—No tengo mucho tiempo, Viv, ¿qué pasa? —dice Sloane, sentándose frente a ella mientras termina de escribir algo en su teléfono.

Cuando levanta la mirada ve la cara desencajada de su hermana y frunce el ceño. Vivianne está roja, retorciendo el puño de su camisa mientras mira a todas partes menos a ella. Demasiados años

conociéndose como para que Sloane no sepa que Vivianne está histérica.

—Tengo que contarte una cosa, Sloane —empieza la mayor de las dos—. Dios mío, no sé cómo hacer esto —se frota las sienes, arrepentida de no haber aceptado la propuesta de Juliette.

—Si es por lo de mi nombre en la lista, no te preocupes; ya lo sé —dice Sloane.

Vivianne la mira, perpleja.

—¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo si yo no...?

—Me lo contó Vicky.

Las cejas de Vivianne se elevan hasta juntarse con su pelo.

—¿Y por qué coño hizo eso?

—Porque llevas semanas rarísima y estoy preocupada. El día que me fui de ruta con Jenna y te quedaste en casa tirada en el sofá, estaba muy inquieta, así que cuando salí llamé. Es tu mejor amiga, así que le rogué que si sabía algo me lo dijera, y como me notó preocupada, acabó contándome lo del despido.

Vivianne quiere matar a su amiga, pero en el fondo le agradece que le allanara el terreno.

—Sloane, he intentado...

—No pasa nada, Viv; no es culpa tuya. Vicky me ha ofrecido un puesto en su empresa y lo estoy valorando, así que no te preocupes.

—Yo también he conseguido algo; bueno, en realidad ha sido Juliette. No es tan bueno como lo de Vicky, pero si te gusta trabajar en Axis, puede ofrecerte una vacante en Baltimore para ser jefa de oficina. Se encargaría de poner a Jenna la primera de la lista si surge un puesto de programadora. No quiero que te vayas de aquí, Sloane, y mucho menos de Nueva York —a Vivianne se le han humedecido los ojos—, pero háblalo con Jenna y valora lo que te convenga más.

Sloane se levanta, rodea la mesa y se inclina sobre su hermana para abrazarla.

—No te preocupes por mí —le susurra y le da un beso en la cabeza antes de incorporarse—. Hablaré con Jenna esta noche y veremos qué hacemos. ¿Cuánto tiempo tengo?

—No lo sé. Imagino que cuando terminemos de cerrar la lista se notificará a los afectados y, a partir de ahí, serán un par de semanas o tal vez hasta acabar el mes. Un escalofrío incómodo la atraviesa, pero cuando su hermana le sonríe con calidez desde la puerta, se siente más tranquila.

—De acuerdo. Ahora te dejo, que tengo una reunión.

Capítulo 21

Vivianne se mueve por su apartamento de un rincón a otro, revisando que todo esté tan perfecto como lo ha dejado hace unos minutos y, tras confirmar tres veces que sigue impoluto, camina hacia la cocina. Allí hace lo mismo: las dos copas alineadas sobre la encimera, una servilleta de tela blanca y el sacacorchos justo al lado. Su hermana Sloane estaría muy orgullosa de ella, eso seguro.

Intenta relajarse por un momento, pero no puede porque el telefonillo emite un sonido metálico que por poco la hace trastabillar y tiene que sujetarse con fuerza a la puerta de la nevera.

—Sube —le dice al aparato sin siquiera preguntar de quién se trata, porque ella lo sabe muy bien—.

Cinco minutos después, Juliette Baxter sale de la pequeña caja mortal que supone el ascensor y camina hacia ella con el mismo gesto adusto con el que se pasea por la oficina, pero esta noche hay algo diferente que a Vivianne le deja la boca seca. Su jefa lleva el cabello rubio suelto, que le baila rozándole los hombros, viste un pantalón blanco de corte ancho, unos mocasines negros a juego con un cinturón fino y una camisa de manga larga con varios botones sin cerrar que dejan ver esa piel tersa del pecho en la que Vivianne ha puesto su lengua en varias ocasiones.

—Hola —la saluda Juliette con un tono de voz modulado para no parecerse a la perra rabiosa que habitualmente es—.

—Hola —Vivianne empuja hacia otro lado sus pensamientos lascivos—. Pasa, por favor.

La rubia entra al apartamento y mueve los ojos durante unos segundos mientras lo registra todo. Es un espacio bonito y sencillo, con una ventana a la izquierda que da hacia la calle y que, de día, deja entrar la luz. El sofá es grande, parece de esos que se abren y se convierten en cama, y por alguna razón ese sofá no combina con Vivianne.

La morena hace un gesto con la mano para que la siga y le hace un corto recorrido que dura apenas un par de minutos; el tamaño del apartamento no da para más.

—¿Vino? —le pregunta la anfitriona cuando llegan a la cocina—.

La respuesta de Juliette es cogerla por la cintura y pegarla a la encimera. No lo hace con fuerza, es un movimiento más bien calculado, y de inmediato el calor del cuerpo de la jefa de la oficina de Nueva York la envuelve.

—Primero dime por qué estás tan nerviosa —Juliette pega la nariz a su cuello y la arrastra lentamente hasta la clavícula. Deja un beso ahí y levanta la cabeza—. No es la primera vez que estamos a solas fuera de la oficina—.

Vivianne la besa porque esa mujer la vuelve loca y, una vez más, confirma que realmente empieza a sentir mucho por ella.

—¿Dónde has dejado tu chulería? —Vivianne cierra los ojos al escuchar la pregunta porque Juliette ha adelantado su cadera y el estallido de placer que ha sentido la ha desestabilizado—.

Intenta recobrar el control de su cuerpo y, aunque le cuesta al principio, lo logra; entonces le muerde el labio inferior a Juliette y luego le pone una mano en el pecho para alejarla de ella.

—No sé a qué chulería te refieres —le dice con muchísima chulería—. Déjame servir el vino y nos sentamos en el salón—.

Juliette estira los labios y Vivianne le da la espalda para buscar la botella. Las manos le tiemblan ligeramente, parece que sea la primera vez que está en una cita o a solas con la persona que le gusta.

Cuando llegan al salón y ambas se sientan en el sofá, Juliette es la primera en tomar un sorbo de su copa y aprobarlo con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno, ¿me vas a contar qué te pasa? —levanta una ceja cuando ve en el rostro de la morena la intención de contradecirla—. Y no me digas que nada, porque si me mientes me enfadaré. Algo te pasa y, si me incumbe, quiero saberlo. Y si no tiene nada que ver conmigo, pero igual quieres contármelo, voy a escucharte—.

Si Juliette supiera que solo con esa frase acaba de ganar miles de números en la rifa que ha decidido organizar su corazón, sería más comedida con sus palabras.

—Eres la primera mujer con la que... —Vivianne no sabe cómo continuar la frase porque decir «besar» le parece poco y «follar» le

parece vulgar. Qué hipócrita: hace un momento estaba deseando que Juliette se lo hiciera sobre la encimera—, me involucro—.

Le ha quedado bien, decide.

Juliette toma otro sorbo de su copa, aunque mantiene la mirada en los ojos marrones que la miran con intensidad.

—¿Eso es lo que te tiene así de nerviosa? —la pregunta descoloca a Vivianne—. Porque, aunque sea tu primera vez con una mujer, se nota que lo disfrutas mucho.

La cara le arde con una vergüenza que le cuesta medir, pero Juliette no miente: se ha deleitado como nunca.

—No se trata de eso —la corrige la morena—. A mi edad no me esperaba que me pasara esto, y en cuanto he llegado a mi apartamento sabiendo que venías después, los nervios me han atacado porque me he dado cuenta de que, tras el divorcio, la única persona que me ha gustado de verdad eres tú. Una mujer que, además, es mi jefa.

El corazón de Juliette se acelera, porque una cosa es la evidente atracción que hay entre las dos y otra muy distinta que Vivianne le confiese que le gusta estar con ella, al parecer no solo como una mera aventura sexual.

—¿Te divorciaste hace mucho? —Juliette elige tomar el camino fácil—.

—Hace menos de lo que me gustaría —suspira Vivianne y se bebe casi todo el contenido de su copa de vino—. Mi matrimonio llevaba mal mucho tiempo y yo no era consciente, ya sabes, todas las relaciones pasan por malos momentos, bla, bla, bla, pero la realidad es que Andrew siempre fue un marido de mierda, un egoísta que solo pensaba en él y limitaba mis gustos en todos los sentidos. Solo fui capaz de abrir los ojos cuando las ofensas eran demasiado evidentes: «te has convertido en una vieja, Vivianne», «esa camisa te queda horrible», «tienes las tetas caídas»—.

La vena del cuello de Juliette se le marca tanto que escuchar esos comentarios la está consumiendo por dentro.

—Al final, tras el divorcio, me pidió perdón por todo, pero ya era demasiado tarde porque habían hecho mella en mí. Me mudé con Sloane y decidí cerrarle las puertas a las citas... hasta que llegaste tú —.

La directora ejecutiva ni siquiera vacila cuando abre la boca:

—Tú también me gustas —Juliette quiere decírselo porque, además de ser verdad, Vivianne Fox es una mujer preciosa por dentro y por fuera. Ese tal Andrew es un imbécil que merece quedarse sin huevos, si es que alguna vez los tuvo—. Tu exmarido no tiene ni idea de mujeres—.

Vivianne suelta una carcajada entre nerviosa y agradecida porque el comentario ha logrado relajarla al menos un poco. Escuchar que lo que hay entre ellas es recíproco también hace que su cuerpo se destense, porque leer a Juliette Baxter es tan difícil como entender un texto en arameo, y que haya tenido la deferencia de ser directa es de agradecer.

—¿Tú has estado casada?—.

Juliette por poco se ahoga con el último sorbo de vino. Niega con la cabeza.

—Solo he tenido una relación en mi vida y fue hace muchos años, al comienzo de mi veintena. Luego entendí que compartir mi vida con alguien no era algo que se me diera muy bien—.

Vivianne levanta las cejas.

—¿Fue tan mala la experiencia?—.

—No, la verdad es que no; Elizabeth es ahora casi mi única amiga, lo ha sido siempre. Yo era demasiado joven, ella ya tenía experiencia, había hecho suficiente dinero y nuestros objetivos no estaban al mismo nivel. Yo necesitaba salir de Nueva York, conocer mundo, y ella me ayudó a hacerlo. Fue duro para las dos, pero nos ha ido bien —.

Juliette sonríe porque a Elizabeth le ha ido mucho mejor en eso del amor, pero ella no puede quejarse: ha logrado muchas de las cosas que se ha propuesto, aunque la soledad le haya taladrando el cráneo de vez en cuando.

El silencio cae entre las dos. Es entre cómodo y raro porque hay una conversación pendiente —después de las palabras que acaban de compartir— que a ninguna de las dos le es fácil abordar. Juliette no es de las que habla de estas cosas, no sabe cómo hacerlo, y Vivianne no quiere ser demasiado intensa y asustarla.

—Tenemos que ser conscientes de que tú vives aquí y yo en Chicago —para sorpresa de ambas, es Juliette la primera en hablar—. Que en unas semanas yo volveré a mi ciudad y tú seguirás en la tuya —.

A Vivianne no le gusta el camino que está tomando la conversación.

—¿Y qué propones? —pregunta con la molestia en la punta de la lengua—. ¿O solo vas a comentar lo negativo?—.

—Cuidado con el tono, Vivianne —los ojos azules le brillan con una chispa de maldad—. Tienes muy poco control en esa boca—.

De nuevo el pinchazo en el vientre la deja sin palabras. Maldita Juliette Baxter.

—Solo digo que disfrutemos el tiempo que me queda en Nueva York —hace una pausa breve—. Si eres capaz de no hacerme enfadar, podremos conocernos un poco mejor. No soy experta en relaciones, eso ya lo sabes, pero el sentido común me dice que para saber adónde nos lleva esto, tendremos que saber más la una de la otra—.

Vivianne no sabe si se siente cómoda con la propuesta. No es que le parezca mal aprovechar todo el tiempo que Juliette esté en Nueva York para descubrir hacia dónde va lo que están sintiendo, pero es muy consciente de que la mayor parte del día lo pasan encerradas en la planta catorce de un edificio de oficinas, de que cabe la posibilidad de que la rubia, por su cargo, tenga que viajar a alguna otra ciudad en esos días, y el resultado es que todo se reducirá a encuentros de unas pocas horas a la semana, además de las noches que decidan dormir juntas. Sin embargo, no cree que pueda poner algún tipo de objeción: está loca por los huesos de esa mujer y cualquier momento que pueda pasar a su lado lo va a aprovechar.

—Y si nos va bien, ¿qué pasará después? —Vivianne no puede evitar hacer la pregunta—.

Juliette lo piensa por unos segundos.

—Supongo que seguir viéndonos —se pasa la mano por la melena suelta y Vivianne se da cuenta de que también está nerviosa—. Ya sabes que mi madre está aquí y vengo más de lo que me gustaría, pero contigo en la ciudad podré viajar más a menudo para verte. Tú también podrás hacer lo mismo en Chicago—.

La inseguridad de Vivianne aflora como una mano negra y se engancha a su cuello. Su fracaso matrimonial fue un duro golpe para ella; Andrew supo imprimir algo a lo que ella no logra ponerle nombre, pero la hizo desconfiada y no puede evitar tener dudas sobre el plan de Juliette. No logra verse echándola de menos durante días, viéndola apenas los fines de semana, atrapada en una relación que vive entre aviones.

La cabeza le da vueltas; hay un ronroneo que está ahí molestándola, pero a la vez, desde el hombro donde se posa el diablillo, ese ser imaginario le dice que disfrute, que no todos los días te encuentras a una mujer como Juliette, de manos inquietas, lengua caliente y labios que te llevan al mismo cielo, pero sobre todo, alguien con quien tener conversaciones amenas, momentos irrepetibles y reconciliaciones que te hacen querer discutir una y otra vez.

—Vale —claudica Vivianne, y Juliette estira la comisura izquierda—.

—Tenemos un plan, entonces —contesta la rubia poniéndole una mano en el muslo—. Por cierto, no te he dicho lo guapa que estás—.

Vivianne se aprieta por dentro porque, de un momento a otro, la mirada de Juliette se ha oscurecido, y eso significa que mañana, cada vez que dé un paso, se acordará de lo que le hicieron en el sofá de su piso nuevo.

Capítulo 22

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpa Vivianne, entrando agitada al Billi's, donde saluda al dueño alzando la mano mientras camina hacia la mesa donde ya la esperan sentadas Sloane, Jenna y Vicky Bob, con las que ha quedado para tomar una copa después de que su hermana propusiera reunirse aquí a las siete de la tarde.

—Tranquila, solo llegas quince minutos tarde —dice Vicky Bob con cierto tono mordaz.

Vivianne deja el bolso y se sienta ignorando el comentario.

—Gracias, Bill —dice cuando el hombre le deja un vaso de whisky delante.

—¿Dónde estabas? —pregunta Sloane.

Los hombros de su hermana se tensan porque, aunque lo ha intentado mientras venía de camino, no ha logrado dar con una excusa convincente para no decir que hace apenas una hora estaba follando con Juliette en su hotel. No ha podido porque lo único que hay en su cabeza es el cuerpo de esa mujer y todo lo que le ha hecho con la lengua.

—Se me ha echado el tiempo encima ordenando cosas en casa —dice de repente, orgullosa de haber sabido responder bajo presión—. Bueno, ¿qué hacemos aquí? —pregunta, intentando que el tema no se centre en ella.

—No voy a aceptar la oferta de Axis —suelta Sloane a bocajarro.

El pulso de Vivianne se acelera mientras alterna la mirada entre su hermana y Jenna.

—Joder, qué alivio —dice sin poder evitarlo, porque la idea de que su hermana se alejara de ella la tenía muy inquieta.

Sloane sonríe.

—He aceptado la oferta de Vicky —explica señalándola con la cabeza, y Vicky Bob levanta los dedos con gesto de victoria, haciendo reír a Vivianne.

—Me alegro, Sloane, pero ¿te lo has pensado bien? —necesita asegurarse de que su hermana toma la decisión por los motivos

correctos y no por ego.

—Sí. Jenna y yo lo hemos hablado y ninguna queremos marcharnos de Nueva York. Además, si me echan me darán una buena indemnización —levanta las cejas y sonríe, orgullosa.

—¿Solo lo haces por dinero? —Vivianne no sabe si todavía tiene el cerebro fundido por los dos orgasmos de esta tarde o si simplemente no está entendiendo a su hermana.

—Si me dejas terminar...

—Vale, lo siento.

Sloane coge la mano de Jenna.

—Hemos decidido irnos a vivir juntas, y para que cada una tenga su espacio lo mejor es que trabajemos separadas.

—Dios mío —Vivianne se emociona—, eso es genial, Sloane, me alegro mucho por vosotras.

Vicky Bob levanta su copa y todas brindan por la noticia.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Piensas hablarnos de lo que sea que tienes con Juliette? —pregunta Sloane, que últimamente no ha podido hablar con su hermana más que algunos minutos en el trabajo, porque desde que Vivianne se mudó —incluso antes— la jefa de la oficina de Axis en Nueva York apenas se deja ver.

—No sé qué explicar exactamente —dice Vivianne con un suspiro.

—Te ayudo —se ofrece Vicky—. ¿Estáis solo follando o es algo más serio?

A Jenna le hace gracia ver a su cuñada sofocarse de repente.

—No lo sé —su expresión se transforma, y pasa de estar ruborizada a pensativa.

—¿Cómo que no lo sabes? —Sloane frunce el ceño—. ¿No habéis hablado?

—Sí, hablamos sobre el tema hace un par de días, y Juliette tiene razón: no podemos precipitarnos, ella vive en Chicago y yo aquí, se irá en unas semanas y lo único que podemos hacer es disfrutar lo que tenemos por ahora.

Vivianne trata de sonar tranquila y convincente, pero Vicky le lanza una mirada que le deja claro que a ella no la ha convencido.

—Entonces, ¿lo vais a dejar en eso? ¿En un rollo entre jefa y empleada que pasan de odiarse a follar como posesas y después no pasa nada? —pregunta Jenna, sorprendida.

—No, no es eso —Vivianne coge una servilleta de papel, la rompe en varios trozos y hace bolitas con ellos.

—Estas semanas servirán para conocernos, es lo que propuso Juliette y me parece bien, es lo lógico. Si la cosa va bien entre nosotras, nos compaginaremos para viajar, ella vendrá a verme a Nueva York y yo a Chicago. Además, tiene a su madre aquí, así que a lo mejor puede escaparse más.

Vivianne omite que su madre no es precisamente un motivo que haga que Juliette quiera viajar, pero se convence de que lo hará y así se verán más, igual que también intenta convencerse de que eso es lo que quiere, de que puede conformarse con ver a esa mujer unos días al mes.

—Si viviera aquí, ¿crees que el plan que tenéis sería el mismo? —pregunta Vicky, que conoce muy bien a su amiga y sabe que debajo de esa fachada de mujer inquebrantable se esconde alguien que lo da todo en las relaciones y no concibe la distancia, porque necesita ese afecto físico que solo te da poder ver a tu pareja aunque sea unos minutos cada dos días.

—Imagino que no, la cosa sería diferente. Obviamente lo hemos establecido así por la distancia; hemos de asumir que ella tiene su vida allí y yo la mía aquí.

De repente, recuerda que la mejor amiga de Juliette también vive en Nueva York, y eso hace que su pecho se afloje un poco, porque ese es otro motivo que Juliette puede tener para venir a la ciudad y, cuantos más tenga...

Vivianne se está agobiando y no sabe qué pensar. Está de acuerdo en lo que hablaron, lo entiende y sabe que es lo correcto y, aun así, le cuesta respirar cuando piensa en que sus días al lado de Juliette tienen fecha de caducidad. Que su jefa se irá a Chicago y ella seguirá en Nueva York, y después solo le quedará esperar a que sus agendas cuadren para verse.

—¿Queréis otra ronda? Voy a pedir a la barra, necesito estirar las piernas después de todo el día sentada.

La excusa es tan mala que Vicky se levanta tras ella y la sigue, apoyando los codos en la madera mientras esperan a que Bill pueda atenderlas.

—No te gusta ese plan —dice Vicky.

—Es lo correcto.

—No te estoy preguntando si es correcto, porque que lo sea no significa que tenga que gustarte.

Vivianne traga saliva y asiente.

—No me convence, no. Me ha costado admitirlo, pero estoy enamorada de ella y la idea de separarnos así, no sé, me da miedo que la distancia haga que no funcione.

—Lo hará si las dos lo queréis, Viv; céntrate en eso. En una cosa le doy la razón: no habéis tenido tiempo de conoceros y su propuesta es la correcta. Creo que ese espacio os vendrá bien, esos días sin veros; así sabrás si la echas de menos y ella a ti. Al principio todo es follar y volverse loca, pero también está lo demás, que es lo más importante.

—Dice la mujer que nunca ha tenido una relación estable.

Vicky hace una mueca como si le hubiera dolido.

—Que no la haya tenido no quiere decir que no sepa cómo funciona. De hecho, lo sé mejor que nadie porque lo que a mí me aterra es el compromiso; por eso sé lo que es la intensidad del principio y lo importante que es lo demás, porque ninguna mujer que me haya gustado ha aceptado nunca tener solo lo primero sin que yo me comprometa con lo segundo.

La morena agradece las palabras de Vicky, entiende lo que le quiere decir y que solo trata de darle motivos para que no se agobie, pero sin saberlo, la pelirroja la ha puesto más nerviosa: Juliette tampoco ha tenido una relación seria en su vida, y eso mete mierda en la cabeza de Vivianne, que ahora empieza a temer que eso, sumado a la distancia, sea una razón por la que Juliette no quiera implicarse más una vez se separen.

—Oye —dice Vicky, que no puede adivinar lo que piensa su amiga, pero sí sabe leer su expresión preocupada—. Tú le gustas a Juliette, ¿no?

—Sí —los labios de Vivianne se curvan en una sonrisa tonta.

—Pues céntrate en eso. Las dos os gustáis, y para empezar solo necesitáis eso. Además, si es una mujer inteligente como la describes, no te dejará escapar, porque es muy difícil encontrar a una mujer resuelta como tú, atractiva y con un corazón enorme. Deja de darle vueltas, Viv, y dedícate a seguir enamorándote de tu jefa y a hacer que ella se enamore de ti mientras la tengas cerca. Cuando se marche solo estará pensando en cuándo volver para verte, estoy segura.

—Gracias, Vicky.

—¿Qué os pongo?

Las dos se giran hacia la barra al oír la voz de la mujer. Meryl está frente a ellas, con una coleta despeinada y las mejillas

completamente rojas. Vivianne está a punto de hacer el pedido, pero la cara embobada de Vicky la detiene.

—¿Qué queremos, Vicky? —pregunta divertida.

Vicky Bob parpadea, se inclina sobre la barra apoyando los codos como si quisiera hablarle a la camarera en voz baja, y esta, como si estuviera hipnotizada, también se acerca para escuchar a Vicky Bob.

—Querría tu número de teléfono, pero mientras decides si me lo das, puedes poner otra ronda con lo mismo de antes.

Vivianne, que la ha escuchado perfectamente, se queda perpleja ante el descaro de su amiga, pero su rostro congelado no es nada comparado con el de la camarera: si antes estaba roja, ahora parece a punto de estallar, y tartamudea una respuesta que ninguna entiende antes de girarse para coger una bandeja y preparar el pedido con las manos temblando.

—Joder —dice Vivianne, tirando de Vicky hacia la mesa—. ¿Quieres que Bill la despida o qué? La has puesto tan nerviosa que...

Un estruendo de cristales contra el suelo las hace girarse para ver a Meryl mirando a sus pies con la boca medio abierta, como si no pudiera comprender el motivo por el que sus manos son tan torpes.

—Dios mío, es preciosa —murmura Vicky, con los ojos fijos en la chica mientras Bill suelta un bufido de resignación.

Capítulo 23

Tres semanas después.

A Juliette la despierta la luz cegadora de un relámpago que atraviesa la ventana e ilumina toda la habitación. Abre los ojos de golpe a pesar del sueño, y lo que más la sorprende, cuando consigue ser consciente de dónde ha venido la luz que se ha colado a través de sus párpados, es que haya sido ese fogonazo y no el ruido potente de la tormenta contra los cristales lo que la haya despertado.

Es domingo y está amaneciendo, aunque la luz que entra en la habitación es más oscura de lo que debería porque el cielo está muy encapotado, pero eso no impide que vea con nitidez la figura de Vivianne a su lado.

La jefa de la oficina de Nueva York duerme bocabajo y la sábana la cubre hasta los hombros. Están en su piso y Juliette suspira con fuerza para intentar calmar los latidos que se aceleran en su pecho.

Han sido semanas densas en las que se han dedicado a lo que propusieron: conocerse. Casi todos los días después del trabajo, han hecho cosas como ir al cine, al teatro o simplemente disfrutar de una cena en un buen restaurante.

Juliette ha descubierto que Vivianne Fox no solo es una mujer atractiva y temperamental que explota cuando las situaciones la sobrepasan y no sabe cómo gestionarlas, ahora sabe que también es una persona muy cercana, cálida y sorprendentemente cariñosa que la ha mimado cada día.

Las dos veces que Juliette ha tenido que ir a ver a su madre en estas semanas, Vivianne se ha ofrecido a acompañarla.

—Te espero fuera, pero no quiero que vayas sola.

Eso fue lo que le dijo la primera vez y Juliette, acostumbrada a no necesitar a nadie y resolver todos sus problemas ella sola, estuvo a punto de negarse por inercia, pero tras unos segundos reflexionando aceptó, porque la vez que Vivianne la acompañó cuando la llamaron tras el amago de infarto todo había sido más fácil que cuando iba

sola. Se sintió apoyada, con la sensación de que si se caía, Vivianne iba a sostenerla.

Hace dos noches cenaron de manera improvisada con Sloane y Jenna tras encontrarse con ellas cuando salían de una exposición, y Juliette no solo no se sintió incómoda en compañía de las mujeres, sino que descubrió el amor infinito que se tienen las hermanas y eso la hizo comprender el malestar que provocó en la mujer que duerme a su lado el hecho de que Sloane Price estuviera en la lista.

Ahora están ahí y lo único que le apetece es despertarla para hacerle el amor y aprovechar el tiempo que les queda, porque Juliette regresa a Chicago el próximo miércoles y todavía le cuesta entender lo rápido que le ha pasado el tiempo al lado de Vivianne. Está tan cómoda con ella que hasta se estuvo planteando presentarle a su amiga Elizabeth Thompson, pero desistió porque Vivianne lleva tres días comportándose de forma extraña, y eso tiene a Juliette bastante inquieta y algo molesta. Cuando le pregunta si le pasa algo, la morena asegura que está bien, que son cosas suyas, pero Juliette está segura de que le miente: aunque no tenga experiencia en relaciones, sí la tiene con las mujeres en general, y ese comportamiento entre esquivo y ausente ya lo ha visto otras veces.

Decide levantarse y, al moverse, la mano de Vivianne se cierra sobre su brazo.

—¿Qué hora es? —pregunta sin abrir los ojos.

—Temprano, sigue durmiendo —responde Juliette, pero Vivianne no la suelta y, tras un bostezo, se da la vuelta y abre los ojos.

—¿Por qué sales de la cama tan temprano? Es domingo y está lloviendo, no hay un sitio mejor que este.

Juliette sonríe porque esta parte perezosa de Vivianne es algo que le sorprende y le fascina a partes iguales. La primera vez que quiso vagar en la cama, le pareció chocante teniendo en cuenta el tipo de mujer nerviosa que es, pero son estos contrastes los que más le gustan a la directora ejecutiva de Axis.

—Tengo hambre. Voy a ducharme y a hacer algo de desayuno. ¿Quieres que te lo traiga a la cama?

Ahora es Vivianne la que sonríe, y al mismo tiempo que lo hace siente una ligera opresión en el pecho, la misma que lleva días experimentando porque ella también ha descubierto cosas con su jefa: cuando está relajada, Juliette está muy lejos de ser esa ejecutiva estirada con una vara atada a la espalda. Es espontánea, divertida y

amante de la improvisación cuando están fuera del trabajo, y tiene un sentido del humor un poco sarcástico que hace que Vivianne se lo pase muy bien a su lado, y cada cosa que descubre de ella es una más que le atraviesa el pecho cuando piensa en que Juliette se irá en unos días y la dejará huérfana de su presencia; Vivianne se ha acostumbrado tanto a estar con ella que no puede soportar la idea de no verla.

—Me levanto y voy contigo a la ducha si no te importa —responde la morena, estirándose perezosa mientras mira de reojo por la ventana y después a Juliette, que se inclina sobre ella y la besa antes de levantarse.

—Me parece una idea genial.

Media hora después, las dos están en la cocina, duchadas y satisfechas, y mientras Juliette termina de preparar el desayuno porque ha insistido en hacerlo ella, Vivianne está inclinada sobre la isla central, con los brazos cruzados sobre el mármol y la mirada clavada en la ventana, completamente absorta.

Este es parte del comportamiento que tiene inquieta a Juliette, porque su amante tiene demasiados momentos como este desde hace días y eso vuelve muy incómodas para ella las situaciones que deberían ser normales.

—¿Vas a decirme qué te pasa de una vez? —explota de repente, apagando el fuego y dejando los huevos en la sartén.

Vivianne se incorpora y se gira hacia ella, sorprendida por el tono molesto y exigente.

—Ya te he dicho que no me pasa nada...

—Joder, Vivianne —Juliette se muerde los labios unos segundos y se pasa la mano por el cuello—, deja de mentirme a la cara. Llevas días muy rara, te quedas pasmada cada dos por tres y a veces tengo la sensación de que ni siquiera me escuchas cuando hablamos, tienes la cabeza en otra parte y, si tiene que ver conmigo, quiero saberlo.

—Vale —cede Vivianne al fin, apartándose un mechón que le molesta de la frente—. Es que no tengo muy claro que tu plan vaya a funcionar.

—¿De qué plan hablas? —pregunta descolocada.

—De nosotras, de la distancia, no sé si funcionará, Juliette, yo...

—¿Ahora no lo sabes? —la corta su jefa, a la que el nivel de irritación se le ha multiplicado porque una parte de ella siente que Vivianne ha jugado con ella—. Llevo días preguntándote si te pasa

algo y tú negándolo cuando tenías muy claro que no estabas segura de esto. Me has tenido nerviosa e inquieta, preocupándome e imaginando de todo, y ahora que faltan tres días para que me marche me dices que no estás segura.

Vivianne resopla, empezando a ponerse nerviosa porque no sabe cómo explicarse y encuentra exagerada la reacción de la ejecutiva.

—No digo que no esté segura de lo que siento, lo que digo es que...

—No funcionará —la interrumpe de nuevo—, lo has dicho muy claro. No crees que funcione a distancia, pero hace tres semanas, cuando lo propuse, te pareció perfecto, o puede que no y decidiste no decirme nada en ese momento.

Juliette está tan exaltada que le cuesta respirar. No sabe cómo se gestionan estas cosas, no las ha vivido y, por un momento, todo le da vueltas, pero enseguida sale esa parte de ella que la convierte en esa mujer que se autoprotege cuando tiene miedo.

—Pues esto es lo que hay; si esperabas otra cosa, yo no puedo dártela —no se ha expresado bien y lo sabe, y su tono prepotente tampoco está ayudando porque la mirada de Vivianne se ha endurecido.

—No te he pedido nada, tú me has preguntado qué me pasa y te lo estoy intentando explicar. ¿Es que no puedes tener una conversación adulta normal?

Juliette parpadea; el corazón se le desboca. Puede tener una conversación, de eso está segura, pero no ahora mismo porque su cabeza se ha convertido en un hervidero de pensamientos cruzados que es incapaz de ordenar o entender. Le gusta esta mujer, pero ¿qué les espera si Vivianne no está segura de que puedan avanzar? Le encantaría encontrar las palabras para explicarle que ella sí que cree en esto, que está segura de que pueden conseguirlo si las dos quieren lo mismo, pero está tan ofendida —o asustada— por esa falta de confianza de Vivianne, que las palabras desaparecen de su boca y es incapaz de pronunciar ninguna cuando lo intenta.

La jefa de la oficina de Axis en Nueva York ve el ligero temblor en su labio y la furia mezclada con miedo en sus ojos. Quiere acercarse y decirle que no pasa nada, que lo pueden hablar más tarde, pero Juliette, ante ese temor de mostrarse vulnerable, decide que no quiere estar aquí, que no necesita la compasión de esta mujer ni que la mire como si fuera un animal herido.

—No creo que haya que decir nada más —Juliette se sorprende al escuchar su voz, le sale en un tono bajo y ronco, pero las palabras han aparecido aunque no eran las que ella quería decir.

Se gira y sale de la cocina para ir a la habitación a coger su móvil y después al salón a por su bolso. Vivianne se queda en la cocina, congelada, incapaz de impedir que se vaya porque las últimas palabras de la ejecutiva la han golpeado como un martillo en el centro de la frente.

Capítulo 24

Vivianne lleva cinco minutos con la mirada perdida mientras su mente trabaja como una locomotora a máxima velocidad. Se siente rara, como vacía, y eso, por supuesto, tiene nombre y apellido. Juliette Baxter puede ser una mujer extraordinaria, hermosa y con la capacidad de realizar proezas con esas manos que ni siquiera un cirujano experto lograría, pero también posee el poder de romper un alma con unas pocas palabras y la expresión correcta. Es por ese motivo que la jefa de la oficina de Nueva York apenas pudo dormir anoche y el resultado es que hoy es mitad zombi, mitad zorra sin escrúpulos.

—Te he dicho que no me pases llamadas —escupe cuando el sonido de su teléfono sobre la mesa la hace saltar.

—Lo siento, señora Fox, no es para pasarle una llamada, es para recordarle que en treinta minutos tiene la videollamada con Chicago.

Vivianne cuelga comportándose como una maleducada, pero en ese momento tiene la mente tan nublada que no puede evitar actuar como alguien que no ha aprendido modales jamás. La maldita llamada con la sede central es otro de los motivos por los que su cuerpo se mantiene rígido como una tabla y con los nervios a flor de piel.

La lista que llevó a Juliette a tener que estar todo este tiempo en la ciudad finalmente se ha cerrado; de hecho, el último nombre fue añadido hace más de siete días, pero, al parecer, el presidente de la compañía, el señor Long, está manteniendo reuniones con los jefes de oficina una vez se ha tomado la decisión final de los recortes.

Para ella, tener que ver a Juliette tiene dos lecturas: la primera es que podrá verla, hablar con ella y que le deje explicarse el comentario de ayer, que evidentemente malinterpretó. La segunda es tener que aguantar su posible mal humor —peor que el de la propia Vivianne— y que acaben como al principio, chocando.

Suspira con hastío y se pone de pie. Hoy es uno de esos días en los que Vivianne Fox se viste para matar, para que la gente gire el cuello

cuando la ve pasar. Lo hace porque lo necesita; se siente vulnerable cuando una discusión socava su seguridad, y uno de los bálsamos que suelen ayudar es verse en el espejo y confirmar que siempre puede conseguir lo que se propone.

Camina hacia la sala que tiene reservada para hacer la reunión y, cuando pasa junto a la mesa de la pobre Amber, la chica finge estar demasiado ocupada para no tener que cruzar miradas con la malfollada de su jefa.

—Hola —saluda Vivianne cuando llega hasta la puerta de la sala y coincide con Juliette. La mujer debió de hacer lo mismo: apurar hasta el último minuto para no tener que pasar por un momento incómodo demasiado largo.

—Hola —sí Juliette Baxter fuera una perra de cuatro patas, sin duda sería un rottweiler que ladraría justo como ahora en vez de hablar.

Ambas ocupan un puesto en la mesa, distantes, pero de una manera que de algún modo las hace quedar en la visión periférica de las dos. Se entretienen abriendo sus portátiles y Juliette se conecta a la red para que la videollamada pueda proyectarse en el televisor que tienen al frente. Por suerte, el señor Long es puntual y al cabo de unos segundos empieza la reunión.

—Habéis hecho un buen trabajo —las elogia el hombre después de los saludos—. Sé que no es fácil tomar este tipo de decisiones, pero Axis Integration Group va a indemnizar como corresponde a todos los trabajadores que...

Vivianne está bastante segura de que el presidente de la empresa ha memorizado ese discurso corporativo y absurdo para repetirlo en cada una de esas llamadas. El hombre hace movimientos ensayados, ladea un poco la cabeza, sonrío ligeramente y se toca la corbata en un gesto que parece descuidado pero que sin duda no lo es.

La tortura dura más de media hora, en la que hacen un repaso breve sobre los nombres de la lista, y tras dos nuevas felicitaciones la llamada llega a su fin.

Juliette ha actuado como siempre, directa y sin un ápice de simpatía. Ha llevado su propio resumen y ha contestado con firmeza cada pregunta que ha hecho Long, todo esto sin mirar ni una sola vez a Vivianne. Cuando la rubia se levanta y coge el portátil para salir de la sala, la jefa de la oficina de Nueva York la imita e intenta hablar con ella.

—Lo de ayer... —comienza Vivianne, y unos ojos muy azules la atraviesan.

Juliette no escucha otra cosa desde ayer que ruido. Para ella lo que estaba teniendo con la morena era un acuerdo satisfactorio para ambas partes, o al menos eso era lo que pensaba hasta que Vivianne por fin le soltó lo que llevaba atravesado en el pecho desde hacía días. Toda esa organización que había logrado compartimentar en su mente se derrumbó en el mismo momento en que escuchó ese «no tengo muy claro que tu plan vaya a funcionar» y su cerebro no entendió otra cosa que «no eres suficientemente interesante como para estar contigo después de que te vayas de Nueva York». Sí, sabe que está exagerando, pero es algo que no puede evitar; así funciona ella tras haber pasado tantos años bajo el yugo narcisista de su madre, algo que, después de décadas, aún le sigue afectando.

—¿No tienes trabajo que hacer? —la interrumpe Juliette con la voz helada.

Vivianne la mira y le gustaría zarandearla, pero suaviza la voz para que Juliette entienda que no busca una confrontación, sino aclarar un malentendido.

—Me gustaría aclarar lo de ayer; creo que...

—No estoy para gilipolleces, Vivianne —golpea el suelo con su zapato de tacón—. No sé con quién estás acostumbrada a tratar, pero conmigo no se juega.

Da media vuelta y sale de la sala dejándola con la palabra en los labios.

Se apresura a entrar en ese agujero que tiene que llamar despacho, recoge sus cosas con rapidez y sale directa a los ascensores. Juliette no puede estar un minuto más en ese edificio: la corbata le aprieta demasiado y, por más que tire del nudo, el oxígeno no le circula bien. Cuando pone un pie en la calle no siente ningún alivio; todo lo contrario: la ansiedad empieza a golpearla. Se sube a un taxi que se detiene en la acera en cuanto ella levanta la mano y le escupe la dirección al taxista.

Se abre los botones del chaleco y cierra los ojos mientras intenta calmar la respiración. Jodida Vivianne Fox, que además hoy parecía que había salido de un desfile de moda, con ese traje color vino y los tacones tan altos como elegantes.

—Vaya, sí que has tenido que meter la pata hasta el fondo —Elizabeth Thompson se hace a un lado y la deja pasar. Juliette le besa

la mejilla y camina hasta el salón—. Tienes una suerte tremenda; Tina no volverá hasta dentro de dos horas, por lo que podré escuchar con calma lo que has hecho.

—¿Y por qué piensas que he hecho algo? —ladra la rubia mientras la fulmina con la mirada.

Elizabeth camina con la misma elegancia de siempre y se sienta en su butaca favorita.

—El tono, Juliette, el tono —la mujer cruza la pierna con tranquilidad—. Cuídalo frente a mí.

La directora ejecutiva se deja caer en el sofá con un resoplido de frustración.

—Vamos a dejar a un lado este teatro infantil y empieza a contarme qué ha pasado con esa mujer que tanto te gusta —Elizabeth sonríe de medio lado cuando Juliette levanta las cejas—. Cariño, ninguna otra cosa te haría aparecer por mi casa sin avisar.

Juliette se remueve incómoda; a veces detesta lo mucho que la conoce su amiga.

—Teníamos un plan. Vivianne y yo —comienza diciendo—. Seguiríamos conociéndonos y, cuando yo tuviera que volver a Chicago, ambas haríamos lo necesario para vernos. Ella estuvo de acuerdo, pero a la vez empezó a comportarse diferente; no sé, se quedaba ausente como si estuviera pensando en algo todo el rato.

—¿Otra persona? —inquire Elizabeth, y frunce el ceño.

—No, no hay nadie más. Es que ahora no cree que vaya a funcionar —se toca el cabello y desliza su palma hasta la coleta ajustada—. Quizá es que no le merece la pena el esfuerzo.

La mayor de las dos deja que los segundos caigan entre ellas para que el silencio haga su parte. Después clava los ojos en Juliette, igual que hace décadas cuando la joven entraba en un bucle autocompasivo por cosas que solo estaban en su cabeza.

—¿Te lo dijo expresamente?

—¿El qué? —pregunta la rubia.

—Eso de que no merece la pena el esfuerzo.

Niega, aunque lo hace con rabia porque sabe qué dirección van a tomar las palabras de Elizabeth.

—Según lo que me has explicado, Vivianne nunca ha estado con una mujer; incluso me hablaste de un divorcio reciente —Juliette asiente—. Tienes que entender, Juliette, que las mujeres no somos tan prácticas ni tan descorazonadas como los hombres. Nosotras

tenemos la necesidad imperiosa de sentirnos seguras, de que la persona a la que queremos también nos quiera, y tener una relación a distancia es un gran paso, sobre todo siendo adultas con pasados amorosos poco estables.

Elizabeth suspira, con los inicios con Tina flotando en algún lugar de su mirada.

—¿No te has fijado en la cantidad de lesbianas que atraviesan un país, incluso en transporte público, para ver a la mujer que les gusta?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que pasa entre Vivianne y yo?

Elizabeth chasquea la lengua como si estuviera hablando con una persona de inteligencia limitada.

—Que somos pasionales, Juliette, y una mujer como Vivianne, que viene de estar con un hombre —arruga la nariz y mueve los hombros fingiendo un escalofrío—, necesita que esa pasión que está sintiendo sea recíproca; que, si decide subirse a un avión para verte cada fin de semana, exista la certeza de que lo vuestro de verdad puede funcionar. Dime una cosa: ¿la has hecho sentir segura en ese aspecto?

Juliette no contesta, porque no sabe qué decir. Ella perdió práctica en esto de las relaciones hace años; de hecho, lo que tuvo con la mujer sentada frente a ella fue fácil porque Elizabeth se encargó de llevar las riendas.

—Además, vuestro comienzo no fue precisamente un camino de rosas. Estarás de acuerdo conmigo en que eres una zorra insoportable cuando te lo propones, y con esa mujer te lo propusiste. Mucho.

Ahora es el turno de Juliette de chasquear la lengua y negar.

—Pudo haber dicho algo al respecto cuando le hice la propuesta —se defiende Juliette—, no después de mentirme durante días asegurando que no le pasaba nada para después soltarme que lo nuestro no funcionaría.

Elizabeth entrecierra los ojos.

—Imagino que tus habilidades en la cama siguen siendo tan buenas como antes, porque es la única razón que encuentro por la que esa mujer te haya soportado todo este tiempo —Juliette pone los ojos en blanco—. No voy a ganar esta discusión, pero sé que te voy a hacer meditar en ello. Te veías bien, cariño; esa fiera dentro de ti parecía adormilada. Piensa en eso, en lo bien que te hacía sentir estar con Vivianne, y en si de verdad merece la pena seguir siendo tan

terca como para no plantarte frente a ella y hablar como dos adultas de lo que va a pasar entre vosotras.

Juliette levanta la barbilla.

—Ya no hay nada más de que hablar.

Elizabeth hace un ruido con la boca y se pone de pie.

—Bueno, me aseguraré de mudarme pronto para no tener que ver tu anciano culo arrastrándose hasta aquí llorando por haber tomado las decisiones equivocadas —le hace un gesto con la mano para que la siga—. Vamos a la cocina a preparar la cena antes de que llegue Tina. Yo sí quiero conservar a mi mujer, y para eso hay que hacer esfuerzos.

Elizabeth le guiña un ojo y Juliette aprieta la mandíbula.

Capítulo 25

Juliette mira la hora y se afloja un poco el nudo de la corbata antes de levantarse de su mesa. Ha dejado pasar todo el día antes de intentar hablar con Vivianne, porque de haberlo hecho por la mañana como le hubiera gustado, el riesgo de que hubieran acabado con otra discusión que no resolviera nada era muy elevado y la habría dejado de mal humor el resto del día.

Se acerca a la puerta, la abre y va directamente al despacho de Vivianne, saludando con un gesto de cabeza a la pobre Amber, que ha tenido que soportar el mal humor de las dos mujeres desde que Juliette llegó a Nueva York.

Entra sin llamar, no porque quiera provocarla, o sí, porque a Juliette le pone mucho que Vivianne Fox la atraviere con sus miradas enfurecidas. Y ahora se lleva una de estas porque la jefa de la oficina de Nueva York está al teléfono cuando ella entra, y le molesta mucho la interrupción.

—Mejor seguimos mañana, ahora tengo una reunión —miente Vivianne, y cuelga el teléfono con un golpe seco.

—Descarada y mentirosa —murmura la ejecutiva, como si estuviera orgullosa de ella.

—¿Qué quieres, Juliette?

Vivianne se cruza de brazos a la defensiva, lo que no sabe es que el gesto le abre un poco la camisa por encima del escote, donde se clavan los ojos de la rubia.

—Hablar contigo.

—Te quedan dos minutos de mi horario laboral —dice Vivianne tras comprobar la hora—, úsalos bien.

—No es sobre trabajo, es sobre nosotras.

Juliette se acerca a la mesa, pero Vivianne levanta una mano para que se detenga mientras se levanta.

—Tienes la fea costumbre de pedir cosas en el sitio menos adecuado.

Juliette parpadeó, y su sonrisa se curvó ligeramente: lo que Vivianne acababa de decir era una versión adaptada a la situación de lo que ella le dijo cuando la morena quería acostarse con ella en su despacho.

—Sí, supongo que en eso he aprendido de la mejor. ¿Podemos hablar entonces?

—¿Ahora quieres hablar? ¿Ahora no vas a ser una perra maleducada como ayer? ¿O es que las cosas solo se hacen cuando tú las dices?

—Cuidado con el tono, Vivianne —la señala y después se muerde el labio—, pero dicho esto, sí fui una perra, y con una basta, así que no lo seas tú también.

Vivianne no tiene claro si quiere reírse o tirársela aquí mismo, pero se queda quieta, imperturbable.

—No vamos a hablar aquí de esto —dice al fin.

—Me parece bien —concede Juliette—. ¿Tu piso o mi hotel?

—Ni uno ni otro, quiero un sitio neutro donde no exista el peligro de que acabemos en la cama antes de hablar. Estoy harta de esto, necesito que aclaremos las cosas de una vez antes de que te marches.

—¿Y qué propones?

Vivianne coge su bolso y le hace un gesto para que la siga, y media hora después un taxi las deja frente a la puerta del Billi's.

Juliette miró la entrada intentando no mostrar su descontento, y se impresionó aún más cuando entraron al local, pequeño, ruidoso, donde iba cualquier tipo de persona menos una oficinista.

—Hola, Viv —saluda Bill desde el otro lado de la barra, mientras atiende a un cliente—. Veo que vienes acompañada, ¿lo mismo para las dos?

Vivianne se gira hacia Juliette.

—¿Quieres whisky?

Ella levanta las cejas, todavía intentando asimilar que de verdad van a tomar algo aquí.

—Sí, creo que lo necesitaré.

La morena le hace un gesto a Bill y ambas se sientan en una mesa vacía.

—Este sitio no te pega, ¿en serio vienes aquí?

—Varias veces por semana desde hace no sé cuántos años —responde Vivianne—. Y puede que no me pegue, pero me siento

cómoda. Bill es un buen tipo y estoy segura de que te caerá bien cuando lo conozcas.

—Eres una jodida caja de sorpresas, Vivianne Fox.

—Sí, supongo que sí —murmura ella—. Gracias, Meryl —dice cuando la chica deja sus vasos en la mesa.

—He estado pensando un poco en mi comportamiento del otro día —empieza Juliette—. En realidad, mi amiga me ha abierto los ojos. Creo que me pasé, que no reaccioné bien.

—No, no lo hiciste, te quedaste con lo primero que dije y entraste en bucle —reprocha la morena.

—Sí, y lo siento, así que —Juliette carraspea, porque estas cosas le cuestan mucho—, por favor, di lo que querías decir.

—En realidad yo también he de pedir disculpas —la sorpresa atraviesa la expresión de Juliette cuando la escucha, y Vivianne sonríe—. Tú tenías razón desde el principio. Estos dos días he pensado mucho en ello y la única manera de que esto funcione es haciendo lo que propusiste. Ni tú puedes dejar tu vida en Chicago ni yo la mía aquí. Hemos de ser pacientes y esforzarnos, pero reconozco que estaba muy asustada con eso. Con la idea de la distancia, de no verte todos los días y...

—¿Y qué? —insiste Juliette.

—No sé, también un poco de miedo por si conoces a alguien —admite sonrojada.

Juliette suelta una carcajada repentina y después se inclina hacia delante.

—Nena, mírame, ¿crees que tengo ese tipo de habilidades sociales? Lo mío siempre ha sido quedar con mujeres para... Bueno, ya me entiendes. Tengo cincuenta años, Vivianne, y tú eres la primera mujer que me ha hecho sentir algo diferente, algo que no quiero que se acabe por muchos malditos kilómetros que nos separen.

Terminó de hablar en seco: Vivianne la miraba con una sonrisa estúpida.

—¿De qué te ríes?

—Vuelve a llamarme nena, por favor, no sabes cómo me he puesto.

Juliette se queda estupefacta primero, pero después se inclina un poco hacia delante y Vivianne la imita, pensando que va a darle lo que quiere.

—Lo haré cuando te lo ganes, y eso no volverá a ser aquí.

La mueca exagerada de Vivianne la hace reír, y eso logra que la poca tensión que quedaba entre ellas desaparezca del todo.

—Estoy de acuerdo en que tenía razón —Juliette hace una pausa y bebe—, pero eso no justifica mi reacción. Debí escucharte en lugar de cabrearme, pero me asusté, di por hecho que para ti se terminaba cuando me vaya mañana, que no estabas dispuesta a intentarlo y que habías estado jugando conmigo todos estos días.

—Supongo que no eres tan segura como aparentas —comenta Vivianne.

—No, para esto no. Ni tengo seguridad ni experiencia, pero espero poder mejorar en todo eso practicando contigo.

Juliette no se ríe ni lo dice de forma provocadora, para ella es una realidad, quiere hacer esto. La mujer que tiene delante la vuelve completamente loca y por nada del mundo quiere irse de la ciudad sin estar en paz con ella ni tener claro que las dos quieren ir en la misma dirección.

—¿Qué te parece si cuando ya estés instalada de nuevo en Chicago, soy yo la que va a verte el primer fin de semana? —propone Vivianne—. Después puedes venir tú y...

—¿Sabes cuál es una de las ventajas que tiene ser la directora ejecutiva de Axis? —la interrumpe Juliette.

—No, ¿cuál es?

—Que puedo permitirme trabajar desde casa algunos días, y tú también. Eso nos permite alargar un poco el fin de semana y no reducirlo solo a dos días. Podrías venir el viernes, o el jueves, y marcharte el lunes o el martes. Trabajamos desde mi casa y así pasamos más tiempo juntas, y lo mismo podemos hacer cuando yo venga aquí.

La sonrisa de Vivianne empieza a estirarse en sus labios muy despacio mientras su mirada avellanada permanece fija en la mujer que tiene delante. Juliette procesó ese momento como algo que se le grababa en la retina y que quería repetir más veces, y se dijo que a partir de ahora se esforzaría por arrancarle más sonrisas como esa a la morena.

—Esa idea me gusta bastante —murmura Vivianne.

—Sí, a mí también.

—Se te podría haber ocurrido antes —le reprocha.

—Primero tenía que asegurarme de que no iba a cansarme de ti en pocos días, ya sabes, por ese carácter explosivo que tienes —bromea.

—Ya veo, ¿y qué has concluido?

—Que separarme de ti mañana me va a joder más de lo que esperaba, y que se me harán muy largos los días hasta que vengas a verme.

Vivianne asiente y la sonrisa lenta vuelve a aparecer en su expresión.

—Creo que ahora sí es un buen momento para que nos vayamos a mi piso —opina la jefa de la oficina de Nueva York, y Juliette no tarda ni un segundo en dejar un billete sobre la mesa antes de levantarse, sin siquiera haberse terminado la copa.

Epílogo

Los dedos de los pies de Vivianne se curvan por completo cuando la siguiente embestida toca un punto dentro de ella que la mata de placer.

—Nena, si haces que lleguemos tarde... —Juliette da dos golpes de cadera y Vivianne gimotea—, voy a castigarte y no de la manera que te gusta.

La amenaza —de alguna manera— hace que la directora de la oficina de Nueva York sienta una pulsión que se instala en su vientre mientras el orgasmo empieza a formarse tan rápido que, sin estar preparada, explota llevándose por delante su cordura y la fuerza en sus brazos que, aparte de las rodillas, eran lo único que la sostenía sobre el colchón, por lo que cae desmadejada con el cuerpo tembloroso.

A los pocos segundos, Juliette se tumba sobre su espalda con cuidado, pero sin sacar el falo de goma con el que hasta ese momento la estaba follando. La lengua caliente de su chica recorre el sudor de su cuello y deja varios besos por su piel húmeda.

—No sabes lo mucho que disfruto follarte así —Juliette mueve la cintura y el consolador se clava más hondo—. Me vuelve completamente loca.

La respuesta de Vivianne es tirar su brazo hacia atrás y empujar el cuerpo de Juliette más hacia ella.

—Ni se te ocurra —Juliette se levanta, saliendo de su chica despacio—. Vamos a perder la reserva si no es que antes me matas. Tengo cincuenta años, nena, puedo morir de un infarto si seguimos. Venga, a la ducha.

Vivianne aún está demasiado mareada como para siquiera reírse, pero si de ella dependiera, no saldría de esa cama en horas.

La relación con Juliette ha resultado una sorpresa que superó las expectativas que la morena había creado en su mente. Llevan casi cuatro semanas pasando los fines de semana juntas, y esta es la

segunda vez que Vivianne visita Chicago para disfrutar de unos días junto a su chica.

Su vuelo aterrizó hace unas horas, y la directora ejecutiva la estaba esperando frente a la puerta de llegadas con un pequeño ramo de flores. No había rastro de una sonrisa, pero a Juliette le brillaron los ojos cuando por fin estuvieron frente a frente.

Se fueron a casa con la intención de ducharse y cambiarse para ir a cenar a un sitio en el que es casi imposible conseguir una reserva para cualquier mortal, pero que la rubia con sus contactos pudo conseguir para esa noche. Vivianne estuvo fascinada con la idea desde que se lo dijo, pero en cuanto tocó los labios de Juliette al llegar a la habitación, el resto del mundo dejó de importar. Ella la necesitaba dentro, llevaba días deseándolo porque, durante la última semana, su jefa no paró de provocarla con mensajes que parecían inocentes y fotos que mostraban lo justo.

—Te ves preciosa —Vivianne se muerde el labio inferior cuando observa a Juliette terminar de abotonarse la camisa blanca.

Esa es otra faceta que ha conocido en estas cuatro semanas: Juliette Baxter dejando los trajes únicamente para ir a trabajar a Axis mientras varía entre conjuntos seductores, pero con ese estilo que tanto la caracteriza. Pantalones de corte recto con camisas de manga larga que se ciñen a ese cuerpo que tanto le gusta. Vivianne también la ha notado más relajada, sobre todo cuando trabajan desde alguna de las casas en Nueva York o Chicago; de hecho, en la última reunión que tuvieron por videollamada con todos los jefes de oficina de la compañía, la morena estaba con ella —en espacios separados— y Juliette iba vestida de cintura para arriba, con bragas debajo y zapatillas cómodas.

—Es imposible que me digas eso —Juliette alarga un brazo y Vivianne le coge la mano. La rubia se coloca detrás de ella frente al espejo—. Mírate, eres exquisita.

Vivianne se ríe y la piel le brilla. Qué diferente es estar con una mujer... qué diferente es estar con ella. Cuando llegan al restaurante, ambas están impresionadas. Es un salón grande, pero con las mesas ubicadas de tal manera que los comensales tienen bastante intimidad. Los techos son altos, las luces tenues y el sonido de las conversaciones apenas un murmullo. Los camareros parecen deslizarse por los pasillos con confianza y desaparecer con la misma rapidez con la que dejan los platos sobre las mesas.

—Aquí tenéis la carta —una mujer más o menos de la edad de Vivianne les entrega un elegante cartón blanco—. El menú es cerrado, una degustación creada por nuestro chef François Rembrant. El maridaje está incluido y en breve empezaremos a servirlos. Buen provecho, y si tenéis alguna duda, estamos para resolverla.

La camarera se aleja de la mesa y en un segundo, la pierden de vista.

—Vaya, esto es muy bonito —Vivianne recorre el salón con la mirada, fijándose en cada detalle.

—Espero que la comida sea igual de impresionante —contesta Juliette—. Me han dicho que lo es, pero prefiero decidirlo por mí misma.

Si alguien viera desde fuera el gesto de Juliette, pensaría que está teniendo una cita horrible, porque a pesar de que ha ido relajándose con el paso del tiempo junto a Vivianne, deshacerse de décadas de malas caras no es fácil.

Vivianne le toca los dedos por encima de la madera y la rubia levanta la comisura de los labios.

—Estoy feliz de haber venido —Vivianne lo menciona porque un cambio de planes inesperado iba a hacer que Juliette viajara a Nueva York a pesar de que no le tocaba hacerlo.

—No puede seguir controlando mi vida —Juliette apretó la mandíbula mientras hablaba con Vivianne por teléfono varias noches atrás—. Querías venir a este sitio, me tomó dos semanas lograr que alguien nos consiguiera esta reserva. No quiero cancelarlo.

Hace cuatro días, Juliette recibió una llamada del Evergreen Medical Residence, en la que le notificaban que Clarice Baxter había iniciado —otra vez— una huelga de hambre para manifestar su incomodidad en el centro y exigir que su hija la llevara a vivir con ella. De forma automática y sin poder frenarlo en ese momento, Juliette accedió a ir a Nueva York a hablar con su madre, pero justo una hora después y como enviada por el mismísimo Jesucristo, Elizabeth Thompson la llamó para hacerle una consulta y ella acabó contándole lo del aviso de la clínica.

—Maldita vieja bruja —bramó Elizabeth—. Óyeme bien, Juliette, esto tiene que parar. Clarice está perfectamente atendida, y ya pagas una fortuna por ese lugar.

—Lo sé, es que...

—No —la cortó su amiga—. Esa zorra del infierno intentará manipularte hasta después de muerta. Cielo, hace décadas no te veía feliz y nadie, salvo tú misma haciendo una estupidez, puede estropear lo que tanto te ha costado conseguir.

No hizo falta otro impulso que ese y pensar en la sonrisa de Vivianne cuando le dijo que cenarían el viernes en el restaurante que quería conocer, así que Juliette llamó a August Bretton y lanzó su última amenaza.

—No solo sacaré a mi madre de vuestra residencia, es que pienso demandaros por incompetencia, incumplimiento de protocolos sanitarios y falta de adaptación de la dieta a necesidades médicas especiales —Juliette lo dijo con un sonido que parecía el de una cascabel—. No me haga ir a Nueva York a decírselo en persona.

Cuando colgó el teléfono, se sintió ligera y supo que había hecho lo que su mente necesitaba. Elizabeth tenía razón, a Juliette le había costado estar bien y no iba a permitir que su madre lo estropeará una vez más.

—Esto está buenísimo —suelta Juliette cuando se lleva el bocado de pato añejado con remolacha asada a la boca.

—Joder, sí —Vivianne cierra los ojos mientras mastica—. Tenemos que encontrar un sitio así en Nueva York.

Juliette asiente, aún perdida en los sabores.

—Si te apetece, puedes invitar a Sloane a nuestra próxima cena —lo dice con un tono nervioso y repentino que a Vivianne le hace fruncir el ceño—. Si estamos... ya sabes, juntas, debería conocerla un poco más, ¿no?

Vivianne sonríe y la directora ejecutiva de Axis sabe que ha elegido bien.

—Me apetece, sí, y así celebramos su nuevo puesto.

Sloane Price lleva unos días trabajando con Victoria Bob y parece realmente encantada.

—¿Qué tal lo lleva? —se interesa Juliette.

—A pesar de que siempre le cuesta adaptarse, Vicky ha tomado precauciones que la han hecho sentir bien. Ha tomado el control del proyecto central y yo la veo entusiasmada.

La conversación se extiende entre porciones ridículas de comida carísima y sorbos de vino exquisito mientras las dos mujeres hacen lo que se está volviendo costumbre: hablar de todo, contar anécdotas

que las van conociendo más, y planear una corta escapada a San Francisco.

Cuando salen, el aire fresco de la noche las hace suspirar y, como es habitual, miran calle arriba y abajo para dar un paseo, pero Vivianne detiene los pasos de Juliette sujetándola por la mano. Se coloca frente a ella y pasa las yemas de los dedos por su cuello mientras la mira directamente a los ojos.

—Has perdido —susurra Vivianne mientras levanta las comisuras en una sonrisa arrogante.

Juliette frunce el ceño.

—¿Cómo dices?

—Un día me dijiste que si te desafiaba, perdería —Juliette ahora eleva una de sus cejas—. Intenté no hacerlo, incluso me prohibí mirarte de cierta manera, pero al final te desafié, y no perdí.

La rubia pone sus manos en la cintura de su chica.

—Yo tampoco —la besa suavemente—. He ganado y no sabes cuánto agradezco que me dieras aquel despacho de mierda que me hizo enloquecer... enloquecer por ti.
